EL BANDOLERISMO

TOMO V

ESTUDIO SOCIAL Y MEMORIAS HISTÓRICAS

POR

EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

DON JULIAN DE ZUGASTI

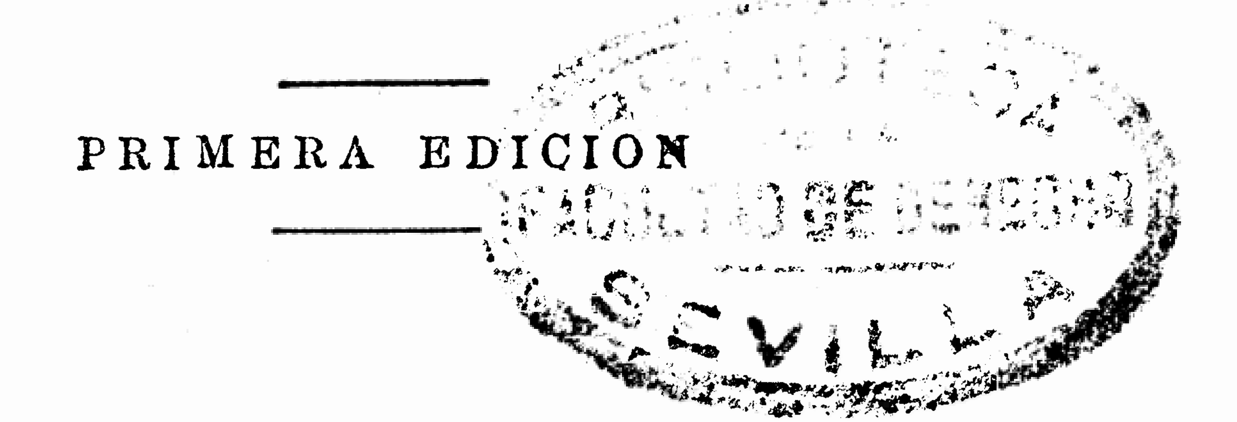
ex-Diputado á Córtes, ex-Director de Propiedades y Derechos del Estado
y ex-Gobernador de Córdoba.

PARTE PRIMERA

ORÍGENES DEL BANDOLERISMO

TOMO II

PRIMERA EDICION



MADRID

IMPRENTA DE T. FORTANET

29 — CALLE DE LA LIBERTAD — 29

1877

PARTE PRIMERA.

ORÍGENES DEL BANDOLERISMO.

CAPÍTULO XVII.

LAS TRASFORMÀCIONES.

La ley de la vida es la sucesion en el tiempo y en el espacio; y esta sucesion de séres y fenómenos se verifica mediante una série indefinida de mudanzas ó trasformaciones.

En esta perpétua evolucion, que arrastra en su corriente al universo, como el mar á un grano de arena, consiste la ley del progreso y la realizacion del destino de todos los séres.

Pero concretando los límites de esta cuestion importantísima al órden de las sociedades humanas, debo decir, que en éllas la ley de trasformacion puede reducirse á dos clasificaciones fundamentales, á saber: una, que se refiere á todas las evoluciones internas de la conciencia, en virtud del inevitable impulso dialéctico y progresivo de la actividad del espíritu por su propia espontaneidad; y otra, que necesariamente se relaciona con las *circum-stantia*, es decir, con las cosas que exte-

riormente circundan ó rodean al hombre, en virtud de las cuales, determina su accion y conducta.

En resúmen; así en los individuos como en las colectividades, las causas y móviles de la trasformacion de las ideas, de la produccion de los hechos y de los cambios de procedimiento, se verifican forzosamente á consecuencia de libres resoluciones de la voluntad, ilustrada por el entendimiento ó por motivos externos y circunstanciales que con razon suficiente la solicitan y mueven.

La trascendencia de este órden de ideas, me parece que sin demostracion más detenida, se comprenderá desde luégo, así como tambien el que las precedentes premisas encierran, no sólo una de las grandes leyes de la filosofía de la historia, sino tambien el concepto principal de los coeficientes necesarios, que contribuyen á producir ó cambiar los inapelables fallos de esa gran reina del mundo moderno, que se llama la opinion pública, la cual no es otra cosa que la afirmacion y el éco de la conciencia general de las naciones.

En efecto, las ideas y las facultades humanas permanecen siempre las mismas en su esencia; pero esa prodigiosa variedad de formas con que se revisten leyes, instituciones, ciencias, artes, literaturas, industrias y descubrimientos, constituyen la produccion histórica de la humanidad en su marcha triunfal al través del tiempo y del espacio, que incesantemente se acerca al grandioso

cumplimiento de su ideal sublime y providenciales destinos sobre la tierra.

Quédese para una obra de otra índole, el determinar minuciosamente los caractéres y atributos que distinguen *la ley de trasformacion*, bajo todos sus aspectos y manifestaciones en la historia del género humano; pues que al presente me alejaria mucho de mi particular objeto, si emprendiese aquella taréa, tan difícil como interesante.

Basta á mi propósito consignar, que la citada ley de trasformacion contiene y abarca en su dilatadísima esfera, todas las mudanzas posibles en las manifestaciones de la actividad humana, así en el sentido más progresivo y moral, como en la desviacion más completa de aquella finalidad fecunda y plausible.

Las trasformaciones, pues, se pueden referir igualmente al bien que al mal, y por lo tanto, se comprenderá desde luégo, que despues de las generalidades expuestas, pase inmediatamente á ocuparme de las que bien merecen llamarse trasformaciones históricas del Bandolerismo.

Aplicando, pues, el criterio de la mencionada ley á mi especial asunto, debo decir, que las *circunstancias* en que se encontraron los malhechores de toda laya, despues de la represion enérgica de los reyes católicos y de la bien entendida reorganizacion de la Santa Hermandad, contribuyeron muy directamente á que los bandidos cambiasen de conducta y procedimiento.

El valor y la fuerza eran ántes las primeras condiciones de los bandoleros de toda especie, que se atrevian á desafiar á la sociedad entera; pero tan luégo como el poder público adquirió poderosos medios de represion y resistencia, comprendieron que ya ni el temerario arrojo, ni la fuerza de las armas eran suficientes para sustraerse á la persecucion y castigo de la autoridad, y que, por lo tanto, para burlar su accion y eficacia, necesitaban recurrir al disimulado espionaje, á la complicidad numerosa, á la prevision y astucia, mediante las cuales, se dificultase en gran manera la averiguacion de los delitos y de los delincuentes.

Así, pues, al valor añadióse la estratégia; á la fuerza la astúcia; y á la violencia aislada del bandido, el auxilio invisible de ocultos valedores, que eran otros tantos cómplices del delito y copartícipes en la ganancia.

En suma diré, que á la poderosa organizacion de los medios represivos por parte de la sociedad, los malhechores opusieron otra organizacion en sentido inverso, para prevenirse todo lo posible contra la vigilancia, actividad y destreza de sus incansables perseguidores, echando así los cimientos de aquellas singulares asociaciones, que más tarde se llamaron Túnia, Germanía, Bohémia, Galiléa y Hampa.

Entre estos cómplices del crímen contábanse principalmente aquellos malhechores que por su edad avanzada, ó por sus lesiones producidas en los

combates, estaban habituados á vivir anchamente gastando y triunfando á costa de bolsas ajenas, y que imposibilitados luégo por su estado físico de saltear y combatir, contribuian, sin embargo, de mil diferentes modos á la perpetracion de los delitos, así en los campos como en las ciudades, ya sirviendo de espías, introduciéndose en las casas y establecimientos con capa de mendigos; ya desorientando con falsos informes á los que iban en persecucion de los delincuentes; ó ya dando aviso á los bandidos, de los caminantes que salian de los pueblos y ventas, de la ruta que llevaban y de su calidad, número, armas, y todas las demás circunstancias útiles á su intento.

En una palabra, esta legion de malhechores inválidos para la pelea, formaba parte integrante de las bandas activas, con las cuales compartian, cada uno á su modo, el trabajo y los beneficios; y hé aquí cómo se fué verificando gradualmente la transicion del bandido al pícaro.

Pero á la muerte del preclaro cardenal Cisneros, los malhechores tuvieron algun respiro, á consecuencia de la venida á España de Cárlos I con su odiado y odioso séquito de extranjeros, cuya insensata conducta y extraordinaria rapacidad resucitaron el bandolerismo político, bajo su más repugnante y aborrecible aspecto, haciendo que se olvidasen con sus increibles abusos todas las demasías y excesos cometidos en este concepto, durante los calamitosos reinados anteriores.

En efecto, las tiranías y depredaciones de los ministros flamencos, la venta de los oficios públicos y la provision de los más altos empleos y dignidades en extranjeros; y la frecuente salida de gran número de acémilas cargadas de riquezas para la esposa del flamenco Xevres, ayo y favorito del rey, produjeron tal disgusto en el pueblo, que de sus resultas estalló la rebelion y guerra de las Comunidades de Castilla.

Los extranjeros buscaban con tan ansiosa diligencia los doblones llamados de á dos, por tener dos caras, acuñados en tiempo de los reyes católicos del oro más acendrado y puro, que casi desaparecieron todos de Castilla, y cuando por rara casualidad caia alguno en manos de un español, se habia hecho costumbre popular dirigirle este sarcástico saludo: «*Sálveos Dios, doblon de á dos, que Monsieur de Xevres no topó con vos.*»

Tambien las agitaciones producidas por las Germanías de Valencia, contribuyeron por la misma época á desvirtuar los saludables efectos de la vigorosa conducta y atinadas resoluciones de los reyes católicos; de suerte que el bandolerismo no sólo se desarrollaba en el sentido de su organizacion picaresca, sino que además conservaba su antiguo carácter belicoso.

El instinto guerrero, que puede ser tan poderoso auxiliar del bandolerismo, como ya he indicado, estaba tan extendido en aquellos tiempos de perpétuas agitaciones y guerras, que hasta las muje-

res participaban de su influjo, como numerosos ejemplos lo demuestran, y entre otros infinitos que pudieran citarse, me limitaré á recordar á la ilustre *Varona*, celebrada por Lope de Vega, y á la *Monja alférez*, cuya historia es no ménos famosa por sus extraordinarias y peregrinas aventuras, que por su valor y heroismo, de cuya vida y hechos escribió una comedia el célebre poeta Juan Perez de Montalvan.

Sólo así se comprende el infinito número de heroinas ó mujeres varoniles que, vestidas de hombre y armadas de todas armas, se presentan en nuestro antiguo teatro y en las novelas de antaño, como puede verse en *Las dos doncellas*, de Cervantes, así como tambien en el *Quijote*, cuando la hermosa Cláudia Gerónima, arrebatada por los celos, hiere á su amante Torrellas y corre á ponerse bajo la proteccion del famoso bandido Roque Guinart, para que la condujese en salvo á Francia.

Y como la literatura refleja siempre, de cerca ó de léjos, el estado social de las costumbres, sus mismas producciones demuestran la exactitud de mis asertos respecto al espíritu belicoso que tambien dominaba en las mujeres, las cuales igualmente participaron de los feroces instintos de rapiña y de matanza, inherentes á los bandoleros, como lo demuestran, entre otras muchas que pudieran citarse, la célebre capitana de ladrones en Andalucía, que habitaba en la torre llamada de la Cabrilla, y la no ménos célebre *Serrana*, de la Vera de Plasencia.

Cuéntase que una hermosa jóven cordobesa huyóse de casa de sus padres con su amante, que era un hidalgo muy rico y apuesto, pero vicioso, jugador y aturdido, por cuyas justas razones la familia de la citada jóven se oponia tenazmente á dársela en matrimonio.

Sucedió que, despues de algunos años y de muchas aventuras, el mancebo perdió todos sus bienes; y siendo además perseguido por la justicia á causa de sus numerosos crímenes, vino á parar en capitan de bandoleros, llevando siempre consigo á su dama, y albergándose habitualmente en la susodicha torre de la Cabrilla, situada en la provincia de Córdoba.

La jóven habia adoptado el traje de hombre, y acompañaba á su amante y á los bandidos en todas sus correrías, portándose en los diferentes encuentros contra sus perseguidores, como el varon más valeroso y temerario.

Al fin en una refriega murió el hidalgo, y la hermosa y fiera dama juró vengar su muerte con el auxilio de la cuadrilla, que al punto la eligió su capitana.

La bizarra salteadora cumplió fielmente su juramento, y desde entónces la terrible banda difundió por la comarca durante mucho tiempo la desolacion y el espanto, causando estragos inauditos, y venciendo en muchas ocasiones á los cuadrilleros de la Santa Hermandad y á las compañías de arcabuceros que se destacaron en su persecucion; pues

la feroz y bella capitana se distinguia tanto por su valor indomable, como por su prevision y astúcia para burlar á sus perseguidores y acometerlos siempre con ventaja.

En cuanto á la famosa *Verata* de Plasencia, diré que su peregrina historia suministró asunto á Lope de Vega, Luis Velez de Guevara y otros poetas de marca, para escribir comedias con el título de *La Serrana de la Vera.*

Tambien se dice que amorosos contratiempos y paternal tiranía la obligaron á fugarse de su casa, retirándose á una enriscada cueva en Garganta la Olla, que fué el teatro de sus fechorías, salteamientos y terribles delectaciones.

Era la Serrana muy hermosa, blanca, rubia, con los ojos negros y tan robusta, que aventajaba á los hombres más vigorosos en tirar á la barra y en otros ejercicios de fuerza.

Además era muy esbelta y tan ágil como las cabras monteses de la cercana Sierra de Gredos, y manejaba con maravillosa destreza la ballesta y la honda.

Tenía muy particular cuidado en ocultar su nombre y el de su distinguida familia, y para que nadie la conociese, usaba siempre una caperuza rebozada con que se cubria el rostro; pero nunca vistió traje de hombre, si bien llevaba enfaldadas las basquiñas, á fin de que no le estorbasen para trepar por breñas, riscos y montes.

Vivia de la caza y de sus rapiñas, pues élla sola

tenía valor y ánimo suficiente para detener y robar á los caminantes.

Su extremada hermosura corria parejas con su extremada crueldad, pues que rara vez despojaba á los transeuntes sin quitarles tambien la vida; y si alguno encontraba gracia ante sus ojos por breve plazo, lo conducia por entre ásperas rocas á su escondida cueva, y despues de alegrarse á sus anchas con su cautivo, en cuyo obsequio disponia una especie de banquete, le daba en pago de sus caricias la misma terrible recompensa que Margarita de Borgoña á sus galanes en la torre de Nesle.

Hé aquí lo que á este propósito dice un antiguo romance:

«Con una flecha en sus hombros,
saltando de breña en breña,
salteaba en los caminos
los pasajeros que encuentra.
A su cueva los llevaba,
y despues de estar en élla,
hacía que la gozasen,
si no de grado, por fuerza.
Y despues de todo aquesto,
usando de su fiereza,
á cuchillo los pasaba
porque no la descubrieran».

Además de estos tipos históricos, se encuentran en nuestro teatro otros ideales ó de pura invencion, como los héroes bandidos de Lope, Calderon y Tirso, lo cual prueba la frecuencia con que

tales caractéres se presentaban en la antigua sociedad española.

El espíritu belicoso predisponia fácilmente á la violencia, no sólo en el sentido bandoleresco, sino tambien en todas las esferas, y respecto á los diversos y múltiples intereses que en la vida social luchan y se ventilan.

En efecto, la definicion de los derechos posesorios de tierras, pastos, frutos y otros aprovechamientos, se resolvia más veces por la fuerza que por la ley, de cuyo brutal procedimiento resultaban enemistades y venganzas que, trasmitidas hereditariamente de una á otra generacion, promovian en nuestro país interminables contiendas y rivalidades, muy semejantes á las de Montescos y Capuletos, que no eran producto exclusivo del suelo italiano, pues que tales ódios y luchas de linajes enemigos eran tambien muy frecuentes en toda España, como lo demuestran Argüelles y Bernaldez, en Astúrias; Agramunts y Beaumonts, en Navarra; Oñez y Gamboas, en Vizcaya; Giles y Negretes, en Búrgos; Benaventes y Treviños, en Carrion; Zúñigas y Carvajales, en Plasencia; Bejaranos y Portugaleses, en Badajoz; Chaves y Vargas, en Trujillo; Fuensalidas y Cifuentes, en Toledo; Manueles y Fajardos, en Múrcia; Traperas y Arandas, en Úbeda; Cuevas y Benavides, en Baeza; Aguilares y Cabreras, en Córdoba; Ponces y Guzmanes, en Sevilla; Ávilas y Villavicencios, en Jerez de la Frontera; Girones y Guzmanes, en Medina-Sidonia, y, por último, Niarros

y Cadelles, en Cataluña, donde se conocian desde muy antiguo los bandos y los bandoleros.

Allí era costumbre admitida, segun dice Pellicer, que los caballeros más principales, cuando se hallaban enemistados con otros personajes poderosos, saliesen al campo, colocándose al frente de numerosas partidas de bandidos para combatir á sus rivales, haciéndose recíprocamente todo el mal que podian, no sólo en sus personas y en la vida de sus respectivos partidarios ó banderizos, sino tambien en sus haciendas y ganados.

En algunas ocasiones llegaron éstos bandoleros á desafiar ciudades enteras, bien así como Diego Ordoñez retó á Zamora; pues segun afirma D. Juan Vitrian, los temibles y renombrados Antonio Roca, el Miñon, el Cadell y Guinarte se atrevieron á provocar y acometer á ciudades tan principales como Barcelona, Gerona y Lérida, cometiendo innumerables robos, insultos y muertes.

El célebre Roque Guinart ó Guinarte, que de ambos modos se le denomina, citado por el inmortal autor del *Quijote*, era partidario y fovorecido de los Niarros y contaba con la amistad y proteccion de un señor de vasallos, el cual poseia entre otras villas, la de Ripoll, en la provincia de Gerona.

El nombre de Roque Guinart era supuesto; pues que en un memorial que los vecinos de la citada villa de Ripoll presentaron á Felipe III, quejándose de los excesos y vejaciones del señor de aquel lugar, grande amigo y valedor de este famoso ban-

dido, consta que su verdadero nombre era el de Pedro Rocha Guinarda.

Entre otros cargos que los vecinos de Ripoll dirigian al tal poderoso personaje, le acusaban de favorecer á gente facinerosa, y de que muchas veces hospedaba en su casa á Pedro Rocha Guinarda, ladron famoso y salteador de caminos, pregonado por la justicia.

Consta igualmente en el citado recurso que el tal señor tenía muy de ordinario á Rocha Guinarda y á su numerosa cuadrilla en algunos lugares suyos, de donde salian á robar y cometer otros insultos, delitos y homicidios, volviéndose luégo á recoger en los mismos lugares.

Se quejaban tambien de que, con el favor del dicho personaje, algunos salteadores de la referida banda habian tenido el atrevimiento de asistir públicamente á unas fiestas, que se hicieron en la plaza de la citada villa.

Añadian los recurrentes que con motivo de un pleito que el mencionado señor seguia contra los vecinos de Ripoll, se babia presentado en dicho pueblo con una partida de más de doscientos hombres, casi todos ladrones y asesinos, los cuales esparciéronse por el lugar, insultando á sus moradores y tomándoles por fuerza sus frutos y haberes; y que habiendo intentado acudir al duque de Monteleon, virey de Cataluña, para que le secuestrase la jurisdiccion de la dicha villa, llegó este intento á oidos del poderoso señor, el cual

amenazó á sus vasallos con que haría de modo que Rocha Guinarda y sus gentes les quemasen sus casas, haciendas y personas, si no desistian de aquel recurso, por lo cual, y temiendo la ejecucion de tan terribles amenazas, no se atrevieron á proseguir en la demanda de su desagravio y justicia.

Tambien existia por aquel tiempo otro renombrado capitan de bandidos, que tenía bajo su mando doscientos hombres, que se llamaba *Testa de Ferro*, y que á su vez servía con su banda los intereses de otros poderosos señores de Cataluña.

Los precedentes hechos y otros muchos de la misma índole que pudieran citarse, demuestran bien á las claras, la trasformacion que se habia verificado en la manera y forma de *bandear*, supuesto que, á la sazon, los principales magnates procuraban el triunfo y realizacion de sus aspiraciones, no á rostro descubierto, sino rodeadamente, lanzando la piedra, ocultando la mano, y valiéndose de la fuerza de los bandidos, como de un instrumento dócil y útil para sus fines.

En efecto, en épocas anteriores, como ya he indicado, existian los bandos políticos con su bandera desplegada al viento y á la luz del dia, y capitaneados por los más poderosos nobles y magnates, que sin vacilar arrostraban la responsabilidad de todos sus amigos y parciales, por más que éstos cometiesen excesos y desmanes á la sombra de su causa, fuese ó no justa.

Pero despues de los reyes católicos y especialmente desde el tiempo de Felipe II, fueron muy frecuentes estos enmascaramientos políticos, por decirlo así, de modo que, muy rara vez los capitanes de bandoleros ejercian su criminal oficio, sin estar secretamente de acuerdo con poderosos personajes, que los utilizaban para satisfacer sus venganzas personales, atemorizar á sus enemigos y mantenerse indebidamente en la posesion de tierras y derechos mal adquiridos contra toda razon, fuero y justicia.

Es verdad que desde ántes de los reyes católicos se habian fulminado las más severas penas contra los nobles, clérigos, concejos y justicias que promoviesen asonadas ó se afiliasen á bandos; pero estas disposiciones, como tantas otras, habian quedado sin efecto, á consecuencia de la debilidad del poder público; pues de nada servía que en algunas ocasiones el carácter personal de algunos reyes, pusiese coto á tales desórdenes, supuesto que la falta de organizacion en los medios autoritarios dejaba permanente la anarquía, hasta el punto de que en la generalidad de los casos, quedaban sin cumplimiento aquéllas leyes.

Y así como la mesnada del feudalismo y la milicia del concejo se habia trasformado en la tropa mercenaria del ejército permanente, sin que ya fuese privilegio exclusivo de la nobleza y de sus vasallos el manejo y el mando de las armas, así tambien verificóse una evolucion análoga con res-

pecto á las fuerzas de pelea que allegaban los bandos, es decir, que si el monarca tenía sus gentes á soldada, de donde vino la palabra soldado, tambien los nobles más poderosos tuvieron á gaje, merced y proteccion á los defensores más desalmados de sus bandos ó banderías, de donde se derivó la palabra bandido.

Y hé aquí cómo el bandolerismo sufrió una de sus más importantes y temibles trasformaciones, que consiste en la inteligencia secreta y ramificacion tenebrosa de sus actos públicos, notorios, escandalosos y aterradores, con orígenes reservados, causas ocultas, móviles misteriosos y personajes influyentes, que permanecen enmascarados en la sombra.

Despues de la feroz violencia de la fuerza bruta, viene la astúcia y la estratégia entre los mismos bandidos campantes; y luégo aparecen las bellaquerías del bribon verdaderamente lisiado; las rapaces maulerías de los falsificadores de llagas y manquedades; las truhanerías del tuno en el compás; las flores del mandracho en el garito; las baladronadas y bernardinas del jácaro en la Mancebía; los parladores de la lengua germanesca del galeote en las gurapas y del pícaro suelto en las almadrabas; las marrulleras adivinanzas de los porteadores de retablos de maravillas; las agorerías del bohémio con las gentes de media braga, menestrales y campesinos; la sonsaca de las sorterías y buenaventuras de la bohémia para con las

principales damas; los judíos médicos y farmacopéos de la botica de Galiléa, tan renombrada y útil para filtros y bebedizos amorosos, como para tintura de rostros, barbas y cabellos; y finalmente, las múltiples y sintéticas habilidades del hampon, ese privilegiado ciudadano de la Babilonia, de la Ménfis, de la Aténas, de la Cartago, y de la Roma de la Hampa, resúmen, cifra, compendio y archivo de la gente maleante, bailadora, paletera, valentona, bandida, malvada y facinerosa, que todos los reinos juntos de la cosmopolita Bribia en sus dilatados ámbitos contienen y encierran.

Pero cada una de estas principales trasformaciones requiere detenido estudio, clasificacion oportuna y particular exámen, que procuraré hacer sucesivamente con la brevedad posible, y sin perjuicio de la atencion que se merecen, como otros tantos orígenes y concaúsas del Bandolerismo.

CAPÍTULO XVIII.

LOS HERMANOS DE LA CAMÁNDULA Y LOS BEATOS DE LA CABRILLA.

Las trasformaciones, como ya queda enunciado, pueden referirse lo mismo al bien que al mal; pero es por extremo sorprendente y muy digna de atencion la regularidad que se observa en las leyes que presiden á todos los hechos ó manifestaciones sociales, cualquiera que sea, por otra parte, su tendencia moral, pues que siempre se desarrollan con extricta sujecion á las virtualidades esenciales de la naturaleza humana.

Con efecto, en toda sociedad las ideas que dominan colectivamente, han comenzado por una vaga intuicion, bajo la forma del sentimiento, que más tarde en el Thabor de la conciencia general, se trasfigura en la clara nocion de un fin particular ó designio, á cuyo cumplimiento se dirige la actividad social con irresistible impulso.

Estas ideas afectan diferentes formas en sentido religioso, moral, científico, literario y jurídico, de suerte que nunca dejan de recorrer todos estos

ciclos, manifestándose en cada uno de éllos, con la sávia, fuerza, colorido y tendencia con que han sido primero sentidas, y más tarde pensadas.

Resulta de aquí, que las evoluciones fundamentales de toda vida social, son paralelas y análogas á las sucesivas trasformaciones de la vida en los individuos, si bien con la diferencia y en la proporcion, que naturalmente se comprende que deben existir entre éstos y las colectividades.

Ahora bien; en la sociedad especial de la Picaresca, en el famoso reino de Túnia, en las diversas regiones de la Bribia y en el mundo aparte de Bohémia, Galiléa, Germanía y Hampa, se desarrolló tambien la idea fundamental y constitutiva de aquella nacion políglota y polipícara, que era la de conseguir por todos los medios posibles la regalada *vita bona;* se desarrolló digo, la tal idea generatriz, golosa y apetecible bajo todos sus aspectos, religioso, moral, científico, literario y legislativo por contera y añadidura.

Y ésta, que á muchos parecerá problemática paradoja, quedará muy en breve demostrada como verdad incontrovertida é incontrovertible.

En efecto, las especies de pícaros abundaban que era una delicia, quiero decir, que cada pícaro para lograr su principal intento, adoptaba su máscara, tono y trote por el camino de la vida, de suerte que unos eran hermanos de la Camándula ó pícaros á lo divino y á lo religioso, además de los romeros y peregrinantes; otros, pícaros moralizadores co-

mo aquel viejo poltron que en Roma daba lecciones de arte pedigüeña y enseñaba máximas bribiáticas al famoso de Alfarache; otros, pícaros sabidores, como Micer Morcon, que formulaban los principios de la tunantela en cuerpos de doctrina; otros, pícaros oracioneros y compositores de romances de guapos; y, finalmente, otros, pícaros legisladores de la mendicativa, de la hurtatoria, del floréo en el burlo, miramientos, socorros, avisos, prácticas, usos, costumbres y leyes, que los hampones deben guardar para con sus conciudadanos en todos los casos del tablaje, barato, estafa, mendiguéo y soniche, que las circunstancias requieran, para que sin reparar en los medios, todos y cada uno alcancen y ejerciten en paz y gracia de Dios el paradisiaco método de bien pasar y vivir, que el pícaro mundo pregona, sigue, aprueba y solemniza.

Concretándome por ahora á los hermanos de la Camándula, debo decir, que estos pícaros beatos, ó beatos pícaros, explotaban el sentimiento religioso de la época, bajo mil formas diferentes y á cual más lucrativas.

Los camanduleros vestian siempre de negro y á lo eclesiástico, y eran muy recoletos de ojos, místicos en las palabras, comedidos en los ademanes, honestos en su porte y por extremo insinuantes en sus peticiones y demandas, que nunca dejaban de tener por objeto la caridad para con el prójimo, la más tierna solicitud para con los enfermos y la más

discreta y misteriosa beneficencia para con los pobres vergonzantes.

Además de su traje á lo piadoso y de sus modales santurrones, usaban constantemente, como la prenda más significativa y pregonera de su beatería, una camándula ó sea un rosario, que con hipócrita coquetería afectaban ocultar, si bien en realidad no perdonaban medio alguno para que todo el mundo reparase en aquel signo de austera devocion, especialmente las camanduleras, pues que tambien habia pícaras de esta laya, más finas que un coral, y sutilísimas churrilleras y sonsacadoras.

Esta devota casta de gentes de la Camándula, como las hormigas á los graneros, acudia á las casas de las grandes y opulentas señoras, sobre todo si eran viudas, á fin de insinuarse en su estimacion, afecto y gracia, para que les confiasen el encargo de repartir á los pobres, ya el importe de ciertas mandas que para este objeto habia dejado el difunto, ya las limosnas que las mismas señoras tenian costumbre de hacer; pero en uno y otro caso, los camanduleros sólo admitian la comision de distribuir estos donativos á personas vergonzantes, cuya necesidad y negra honrilla, al su decir, éllos únicamente conocian.

Tambien les encargaban la direccion de fiestas de iglesia, honras fúnebres, entierros y otras funciones que por diversos motivos, como recuerdos, aniversarios y votos, mandaban celebrar las perso-

nas piadosas y pudientes; de todo lo cual, aunque fuese en Páscuas, hacía su buen agosto la gente de la Camándula.

En las grandes poblaciones suponian tener establecidas con gran recato, salas hospitalarias para determinadas enfermedades, ó de parturientas por resbalon y á lo vergonzante en casas de discretísimas comadres, en donde las dolientes permanecian con el rostro enmascarado, cuyo procedimiento alababan las camanduleras, como el óptimo para espantar visiones del honor mal entendido y salvar á los inocentes frutos de infelices tropiezos ó peligrosas caidas.

Tambien procuraban los hermanos de la Camándula introducirse á todo trance en las más acreditadas cofradías, cuyas procesiones, festividades, demandas y limosnas eran para éllos una rica é inagotable mina de oro, supuesto que además de los donativos en numerario, recibian infinidad de efectos, comestibles, bebestibles y aplicables á diferentes usos, cuyo valor centuplicaban en la piadosa puja, bajo el pretexto de consagrar todo su importe al culto, vestimenta y alumbrado de la imágen celebrada, por más que luégo sirviese para henchir camandulescas bolsas y para regodearse los cofrades en la conchaba con regalados manjares y sendos tragos de lo añejo, llegando así á quedarse éllos en santa compañía muy bien alumbrados, miéntras dejaban solo y á oscuras al milagrero santo.

En suma, diré que los hermanos de la Camándula fingian ser esencialmente religiosos, devotos, caritativos y benéficos para encubrir, bajo esta capa de santidad al uso, no solamente su truhanesca socarronería, sino tambien su oficio de insaciables y eternos pedigones para los pobres vergonzantes; para fiestas á todos los santos y santas de la córte celestial; para misas rezadas y cantadas por cuantos motivos, causas y razones existen en este mundo y en el otro; para labrar ermitas; para fundar hospitales; para educar é instruir niños moros y judíos en la santa religion católica; para redimir cautivos; para establecer una sopa en favor de los hijos de los moriscos ó cristianos nuevos, que permaneciesen fieles y quisieran seguir estudios; para el mismo objeto, con la sola variante de ser en favor de los hijos de cristianos viejos; y finalmente, para cuantas obras de caridad y misericordia podian inventar el riquísimo diccionario de su sonsaca y el, al parecer, venerable catecismo de sus hurtos ó picardías á lo piadoso.

Basten estas sumarias indicaciones para demostrar cómo y hasta qué punto llegó á explotarse el sentimiento religioso y áun el fanatismo de la época por los pícaros hermanos de la Camándula, que acudian á este género de preocupaciones, como las moscas á la miel, para vivir muy á su gusto y sabor á costa de los buenos sin malicia y de los ricos tontos con vanidad devota.

Pero al mismo tiempo y en la misma direccion

religiosa, manifestóse otra tendencia más honda y trascendental entre las gentes de la Bribia, las cuales aspiraban á la realizacion de la más difícil y completa de las reformas sociales, dentro de aquel ciclo religioso y en perfecta consonancia dialéctica con el principio genesiáco del cristianismo, respecto á la igualdad social y moral de todos los hombres, no en el sentido de las diferencias y aptitudes individuales, sino en el concepto jurídico de la identidad de naturaleza en todos los séres humanos.

La tendencia, pues, de los pícaros á que me refiero, era exactamente la misma, dada la diferencia de tiempos, lugares y personas, que se advierte en el ya citado y celebérrimo drama de Schiller, titulado LOS BANDIDOS, y la misma tambien que sostienen algunas escuelas igualitariamente socialistas, si bien con la diversidad propia de los tiempos y adelantamientos modernos.

La intencion social de cierta especie de pícaros, que aparecieron á principios del siglo XVII, era la de corregir por la fuerza ó por la astúcia las deficiencias de las leyes, frecuentemente defensoras del privilegio, enemigas de la igualdad y contrarias á la justicia, con el propósito inquebrantable de proteger á los humildes y abatir á los soberbios, llegando á ser así la espada de la Providencia para borrar las irritantes y enojosas desigualdades de la fortuna, ó del crímen afortunado.

Así se comprende que Roque Guinart, y más

tarde Jaime el Barbudo, José María, Diego Corrientes y otros, despojasen á los ricos para favorecer á los pobres; si bien estos bandidos seguian semejante conducta por sentimiento, por instinto, alguna vez por casualidad, y siempre sin conciencia, sin alcance moral ni social y sin el claro convencimiento que una idea bien determinada en la mente, y bien sentida en el corazon, suele infundir en las resoluciones y actos humanos.

El problema capital que ya entónces se planteaba, era exactamente el mismo que despues ha surgido con el nombre de socialismo con extraordinario vigor en las sociedades modernas, á saber: *el de hallar la perfecta ecuacion entre la libertad moral y política, y su eficaz garantía práctica, que consiste en el hecho de poseer al mismo tiempo la propiedad.*

Pero no sólo se planteaba, tal vez sin pensarlo ni quererlo, el problema del socialismo, como se dice hoy, sino tambien el del comunismo en el falansterio, que naturalmente la época sugeria con el espectáculo de tan infinito número de conventos y comunidades religiosas.

Léjos de mi pensamiento y de mi propósito en la presente obra el dilucidar con la extension debida tan pavorosos problemas, cuyas aspiraciones, sino están hoy bien definidas como verdades demostradas, forman por lo ménos un grito doloroso, que sale de las más recónditas entrañas de la sociedad misma, grito angustiador, que los verdaderos

hombres de Estado deben escuchar con atencion, estudiar con profundidad y satisfacer con seso, no respondiendo brutalmente con la metralla, sino con sabias, justas, previsoras y humanitarias resoluciones.

Por lo demás, se comprenderá fácilmente que el citado ejemplo de las comunidades religiosas inspirase á la generalidad de los espíritus, la más vigorosa tendencia hácia el ensayo de diferentes géneros, planes ó sistemas de vida.

Tal era, en efecto, la significacion profunda y trascendental de las diversas órdenes religiosas, las cuales comenzaban por *constituirse* con sujecion á ciertos principios prácticos de conducta, cuyo desenvolvimiento solia llegar hasta la más minuciosa distribucion del tiempo, que se consignaba, así como los derechos y los deberes de cada individuo, en el código de cada comunidad, es decir, en lo que se llamaba las *Constituciones* de la Órden.

Bajo este importante aspecto, la historia del cristianismo presenta un dilatadísimo campo de meditacion y estudio antropológico para los que se dedican á profundizar las ciencias morales y políticas, supuesto que hay mucho que aprender en cada una de aquellas *Constituciones*, que entrañan y formulan todo un sistema de vida en sus relaciones jurídicas, económicas y jerárquicas ó autoritorias, ni más ni ménos que sucede con los códigos fundamentales de esas grandes comunidades, que se llaman naciones.

Así, pues, la historia de las fundaciones religiosas, ofrece un sorprendente conjunto de modos particulares de considerar la vida humana, desde el punto de vista de la igualdad comunal, de la propiedad corporativa y del poder electivo, y por lo tanto, era muy natural que este hecho y espectáculo, influyese muy séria y directamente en el espíritu de los láicos para sus investigaciones sociológicas, como en efecto influyó en el buen sentido de la palabra, y no es difícil señalar el rastro de aquélla influencia en las obras de célebres escritores.

Pero así como el espíritu religioso, no obstante la elevacion natural de su objeto sublime, fué villana y picarescamente explotado por los hermanos de la Camándula, así tambien hubo cierta casta de pícaros, que á la sombra de la idea comunista del convento, trataba de vivir á lo beato, afectando la equidad más escrupulosa en el peor de los oficios posibles para demostrar sus piadosos deseos, cual era el oficio de salteadores de caminos.

Tal fué, sin embargo, la extraña y singularísima pretension de *los Beatos* de la sierra de Cabrilla, los cuales se llamaron así, por su traje de hermanucos, modo de robar y comarca en que andaban y se recogian.

Estos bandidos afectaban en su porte y lenguaje gran devocion y mansedumbre, con tal que no se les resistiese; pues entónces se manifestaban muy fieros é implacables.

Tambien parecian hacer gala de tratar y obede-

cer con gran respeto y reverencia á su jefe, que venía á ser como el prior de aquella comunidad ambulante de hipócritas ladrones, y para mayor ostentacion de su sarcástica beatería, llevaban en sus sombreros de anchas alas, á guisa de escarapela, un escapulario.

Cuéntase que rezaban diariamente sus oraciones con gran devocion, y en todas sus costumbres, hábitos y relaciones entre sí, parecian guardar el modo y ritos propios de una comunidad de frailes en su convento.

Pero lo que más llenaba de asombro á las gentes eran las pláticas que dirigian á los pasajeros para convencerlos de la bondad evangélica de su sistema de robar, encareciendo que todos los hombres eran hermanos, que como tales debian compartir fraternalmente sus haberes con los necesitados, y que ninguno debia gastar en cosas supérfluas, miéntras todos no tuviesen lo necesario.

La conviccion que en este sentido manifestaban era tan extraordinaria, y parecia tan íntima por su parte, que muchas gentes creian de buena fé en la sinceridad de sus palabras.

En efecto, su conducta se prestaba á los más diversos, contradictorios y extraños comentarios, supuesto que con la más severa rigidez se abstenian de robar á los caminantes ni un ardite más de lo que constituia la mitad del dinero que llevaban, sin propasarse jamás á hacerles ningun otro daño, á no ser que se resistiesen á mano armada.

Y llevaban á tal extremo la equidad y justicia de que hacian alarde en su mal oficio, que en cierta ocasion ocurrió que un pobre labrador detenido por estos pícaros Beatos, sólo llevaba quince reales, y echada la cuenta, hallaron que á cada una de las partes pertenecian siete y medio; pero no encontrándose cambio de un real, el labrador, que diera aquella cantidad y otra de más importancia por verse libre de sus garras, les rogaba encarecidamente que tomasen ocho reales, porque él se contentaba con siete.

Los Beatos le respondieron: *De ninguna manera; con lo que es* NUESTRO *nos haga Dios merced.*

Este aplomo y confianza de aquellos Beatos al llamar *nuestro* á lo ajeno, recuerda la fé ciega de la señora Pipota, de Sevilla, de quien habla Cervantes en *Rinconete y Cortadillo*, la cual se imaginaba que en cumpliendo muy puntualmente con su devocion de encender candelillas á los santos, éstos habian de ampararla en sus bellaquerías y latrocinios, así como tambien á toda la turbamulta de rufos, jácaros, múrcios y demás cofrades de la famosa hermandad del gran maestro Monipodio.

¡Á tal extremo llegaba el fanatismo de aquellas gentes, ó su procacidad para burlarse de las cosas más venerables!

El suceso de *los Beatos de la Cabrilla* fué muy sonado por España, no sólo por la extrañeza que causaba su porte y conducta, sino tambien por la especie de doctrina socialista, que se proponian di-

fundir con sus palabras y su nuevo modo de robar, dejando siempre á los pasajeros que despojaban, la mitad de su numerario y efectos.

Aquella tendencia socialista con respecto á los demás, y comunista entre sí, que manifestaron *los Beatos de la Cabrilla*, no causó en aquella época las inquietudes y alarmas, que más tarde han producido las escuelas socialistas y comunistas, por la sencilla razon de que entónces la citada tendencia no llegó á ostentarse con fuerza suficiente como un sistema científicamente demostrado; y bajo el punto de vista práctico, es necesario convenir en que su procedimiento bandoleresco de robar con alguna consideracion, no era el más á propósito para acreditar la doctrina y hacer prosélitos entre las gentes honradas.

Pero no puede negarse que los hermanos de la Camándula y los Beatos de la Cabrilla personificaron en el sentido religioso dos trasformaciones tan importantes, como poco estudiadas en la historia del Bandolerismo.

Por lo demás, segun afirma el licenciado Francisco de Luque y Fajardo (1), los tales Beatos de la Cabrilla perecieron todos colgados de las almenas de una torre, en la cual durante largo tiempo se habian albergado.

Sólo me resta añadir, que las trasformaciones fueron creciendo en el sentido colectivo de la pala-

---

(1) *Fiel desengaño contra la ociosidad y los vicios.*

bra de tal suerte, que desde las feroces hordas de bandidos en los bosques, llegó á constituirse toda una sociedad aparte, misteriosa y en perpétua guerra con la sociedad pública, y que dividida en los famosos reinos de la Picaresca, venía á constituir el Imperio universal de la Hampa.

CAPÍTULO XIX.

EL REINO DE TÚNIA (1).

Ardua y difícil por demás es la tarea que me propongo al trazar la historia de la Bribia en nuestra patria.

Nadie, que yo sepa, ha emprendido hasta ahora este utilísimo trabajo, que tantos y tan peregrinos datos y noticias exige y requiere.

Emprendo, pues, esta importante y curiosa historia sin guía que me conduzca, y reducido á los antecedentes, informes, asertos y noticias, que en relacion con mi asunto he podido adquirir en las

(1) Como ya manifesté en una nota al capítulo XVIII, de la Introduccion, tomo II, mi propósito era traducir en notas *solamente* aquellas voces germanescas, que no estuviesen en el diccionario de la Academia; pero en vista de las repetidas indicaciones que se me han hecho con este motivo, y teniendo en cuenta que muchas personas ó carecen de diccionario, ó de voluntad ó tiempo para consultarlo, me ha parecido justo acceder á los deseos de gran número de lectores, que prefieren la inmediata interpretacion de la palabra al pié del texto. Así, pues, en adelante, explicaré el significado de las palabras de Germanía, ménos inteligibles, aunque éstas pudieran encontrarse en el diccionario, atendiendo á la mayor comodidad de los lectores y en particular, de aquellos que me han hecho esta exigencia.

obras de diversos autores, no sin un trabajo tan ímprobo como sostenido.

Resulta, pues, que para la clasificacion sistemática de las múltiples manifestaciones de la Picaresca, he debido atenerme á mi propio caudal, criterio, deducciones y lecturas, que por incidente se refieren á esta curiosa materia, pues que los autores que han presentado y descrito en sus obras héroes de la Bribia, ó sea bribones, si alguna vez se ocupan de pintar costumbres picarescas, atienden más á satisfacer las exigencias de producciones de mero entretenimiento, que á trazar con órden, método é ilacion cronológica, la verídica y auténtica historia de la conducta, procedimientos, hechos, usos y costumbres de las diversas gentes de la vida airada, cuya clasificacion é historia, sin embargo, son tan ignoradas como indispensables para indagar concienzudamente los ORÍGENES DEL BANDOLERISMO.

En mis prolongadas é incansables investigaciones sobre este punto, me ha salido al paso una dolorosa experiencia, que consiste en haber encontrado, áun en las historias más afamadas, ya de hechos particulares, ya universales, infinidad de pormenores fáciles de averiguar siempre, ó no absolutamente indispensables para el cabal conocimiento de los sucesos y caractéres humanos; pero nunca he podido encontrar la suma suficiente de noticias en materias, no tanto de criminalidad, como del carácter, costumbres y procedimientos

de los criminales en sus múltiples y variadas especies.

Y como en la historia, el interés supremo estriba en el interés moral que la humanidad en accion inspira al hombre, dicho se está que la omision en esta parte, no sólo deja en la penumbra un copioso caudal de importantes conocimientos, sino que tambien contribuye muy eficaz y directamente á que los venideros no puedan formarse una idea exacta y completa de todos los elementos sociales que constituyen las edades pasadas, sobre todo en la direccion más necesaria é interesante, cual es el *estado moral* de un período determinado de la historia humana.

Tal vez se diga que para este propósito basta y sobra con el conocimiento de la legislacion penal, que rara vez deja de saberse y consignarse en las historias, áun cuando se refieran á tiempos muy remotos; pero desde luégo se comprenderá que semejantes noticias, sin dejar de ser útiles, relativamente á la calificacion y penalidad de los delitos, son de todo punto insuficientes, respecto á la *descripcion física y moral de los criminales*, cuya doble descripcion es tan importante para mis estudios sobre el bandolerismo, que élla por sí sola debe constituir el objeto de lo que pudiera llamarse historia de la Picaresca en el sentido de mi particular asunto, é historia de la moral y de la conciencia humana, en el sentido más genérico de la palabra.

La lucha del bien y del mal, de la luz y las

tinieblas, de Ormuzd y Arimánes, del espíritu benéfico y del espíritu maligno, es tan antigua como el individuo y la sociedad, porque solo á esta condicion, el hombre puede ser hombre, es decir, un sér libre, moral y responsable.

Ahora bien; dada la posibilidad del mal, es necesario convenir en que una de las causas que más enérgicamente pueden promoverlo, es la injusticia, esto es, el mal mismo.

Pero este mal comenzó muy pronto entre los hombres, los cuales se dividieron en señores y esclavos, no solo individualmente, sino hasta en castas, como sucedió en la India, en donde la casta era la perpetuidad de la esclavitud en masa.

¿Y se concibe que los esclavos, los oprimidos, los párias y los ilotas de la antigua civilizacion oriental y de la civilizacion helénica, no correspondiesen á la implacable tiranía de sus señores con ódio en el corazon y risa en los labios, es decir, con astúcia y perfidia?

Pues desde entónces existen los elementos generadores del bribon por la voluntad humana y del desdichado por la fatalidad del destino, en una palabra, del pícaro por su culpa en parte, y en parte por culpa de la sociedad misma, que léjos de oponer diques á las malévolas tentaciones y á los estímulos criminales, practicando siempre y en todo la justicia, parecia complacerse en abrir anchos cáuces á la corriente del mal, no tanto por deliberada perversion, como por lastimoso desco-

nocimiento de las leyes morales del órden social, que tan lenta y trabajosamente ha ido elaborando la humanidad á costa de tantas y tan dolorosas experiencias, caidas y rehabilitaciones en su peregrinacion sobre la tierra.

Sería por extremo útil y curiosa una historia de la Bribia, referente á los tiempos antiguos, aprovechando los datos que esparcidos se conservan en algunos autores, respecto á las diversas y variadas manifestaciones del genio picaresco en sus engañifas, petardismo é industrias para apoderarse de lo ajeno, así como tambien de las meretrices y sus valedores en Babilonia y Tiro, de las cortesanas, de los libertos y de los fanfarrones en Aténas y Roma, é igualmente de los parásitos y hurtadores de platos, bernegales, copas de plata y oro y hasta servilletas y manteles de precio, entre los cuales se citan por su destreza á Hermógenes y Asinio; de los falsarios y perjuros que vendian su voto en los comicios ó su testimonio en los tribunales; y, por último, de cuantos cacos, libertinos y gentes de mal vivir encerraba la corrompida Roma y figuran en las composiciones atelanas y comedias lupanarias.

Por mi parte, me limitaré á bosquejar la historia del mundo picaresco en nuestra patria, desde tiempos más recientes porque, en efecto, la Hampa constituia todo un mundo aparte.

Pero en esta sociedad existian infinitos matices y gradaciones en la condicion, carácter y género de

vida de sus afiliados, así como tambien en las diversas escalas de su actividad, inteligencia y pericia.

En este sentido, la Picaresca era una especie de facultad que se aprendia por grados, y sólo en virtud de habilidad y mérito reconocidos, se elevaban los pícaros á la superior jerarquía de hampones.

Tambien existian en este mundo singular, reinos particulares, y dentro de éllos diversas clases, que podian llamarse los gremios de sus diferentes oficios en su picaresco arte de vivir á costa ajena.

La primera region que recorrian los que aspiraban á ser verdaderos hampones, era la del reino de Túnia, cuya vida calificaban de *libre, alegre y venturosa*, porque llevados de su inclinacion maleante y picaresca desafiaban contentos las incomodidades y miserias, que algunas veces aquélla vida solia traer consigo; pero muy luégo encontraban la compensacion de sus transitorios padecimientos en los gustos y satisfacciones que la tunantela, por todas partes y á todas horas, les proporcionaba.

Además con mucha frecuencia, unas veces por gusto y otras por necesidad, es decir, por no caer en manos de la justicia, el tuno cambiaba de residencia, sirviéndole de incomparable delicia el mudar lugares, ver gentes nuevas y aprovechar cuantas ocasiones se le ofrecian de hacer uso discreto y útil de su ingénio, flores y habilidades.

En estas frecuentes peregrinaciones, á falta de

otros negocios más lucrativos, siempre contaba con los imprevistos lances de la fortuna, y sobre todo, con que habia aprendido á jugar á la taba en Madrid, al rentoy en las ventillas de Toledo y á presa y pinta en pié en las barbacanas de Sevilla, sin contar otros utilísimos primores de floréo y bajon, con cuyos productos podia sustentarse tan bien como el más regalado canónigo de aquellos pasados tiempos.

Convidados de la libertad de costumbres que se gozaba en el famoso reino de Túnia, muchos hijos de padres principales se huian desde la universidad á los cotarros de la Bribia, en donde con nombres supuestos se inscribian como cofrades, gozando desde entónces de todas las franquicias, ventajas, auxilios y repartos de la tunantela y de los tunantes.

Tal vez de aquí provino, y ésta es conjetura del cronista, que el lector puede admitir ó rechazar á su gusto, la antigua y áun no extinguida costumbre de esas regocijadas y traviesas correrías de jóvenes escolares, ó *estudiantes de la tuna*, que llevando su alegría y su música por caminos, ventas y pueblos, solian dejar tambien rastro y recuerdo sonado de galantes aventuras, de ingeniosos petardos, de picantes y graciosas respuestas, de chistosísimos hurtos, de oportunas ocurrencias y de gratísimas y desenfadadas burlas, por más que á este concierto de aplausos se mezclase alguna que otra acusacion de lamentados gallinicidios, destripadas corambres, jamones desapare-

cidos, chorizos eclipsados, palomas sacrificadas, conejos trasconejados y otros garbéos de la misma laya.

Debo advertir, que no todos los alumnos del tunéo llevaban la intencion de ascender hasta hampones, sino que sus deseos se limitaban á gozar *la vida libre*, como decian; pero muchos, obligados más tarde por su mal síno y por las persecuciones de la justicia, recorrian toda la escala y subian por grados hasta fenecer en los remos de la gurapa (1), ó en los brazos de la viuda (2).

Pero despues de avecindarse en el reino de Túnia, de aprender algunas habilidades y de estar diestros en la feila, que era la flor que primero enseñaban á los novicios, el que tenía verdadera vocacion de pícaro y deseaba progresar en la jacarandina, se consideraba obligado á cursar por lo ménos un par de años en la celebérrima academia de la pesca de los atunes, es decir, en las almadrabas de Zahára, y á su vuelta era ya tenido entre los suyos por hombre de provecho y porvenir; y si era cristiano viejo, podia mirar con cierto desdén á los bohémios y galiléos, pasando á ser bailon (3) de crédito y bravonel temido en el no ménos famoso reino de Germanía.

En comprobacion de mi aserto, respectivamente

---

(1) Galeras.
(2) Horca.
(3) Ladronazo.

á la capital importancia de haber cursado en las almadrabas para ser pícaro de marca y respeto, citaré lo que á este propósito dice Cervantes:

«Pasó por todos los grados de pícaro, hasta que »se graduó de maestro en las almadrabas de Za»hára, donde es el finibusterre de la picaresca.

»¡Oh pícaros de cocina, súcios, gordos y lúcios, »pobres fingidos, tullidos falsos, cicateruelos de »Zocodover y de la plaza de Madrid, vistosos ora»cioneros, esportilleros de Sevilla, mandilejos de »la Hampa con toda la caterva innumerable que se »encierra debajo de este nombre pícaro!

»Bajad el toldo, amainad el brío, no os llameis »pícaros, si no habeis cursado dos cursos en la »academia de la pesca de los atunes; allí, allí está »en su centro el trabajo junto con la poltronería, »allí está la suciedad limpia, la gordura rolliza, la »hambre pronta, la hartura abundante, sin disfraz »el vicio, el juego siempre, las pendencias por »momentos, las muertes por puntos, las pullas á »cada paso, los bailes como en bodas, las segui»dillas como en estampa, los romances con estri»bos, la poesía sin acciones, aquí se canta, allí se »reniega, acullá se riñe, acá se juega, y por todo »se hurta.

»Allí campea la libertad y luce el trabajo; allí »van ó envian muchos padres principales á buscar »á sus hijos, y los hallan; y tanto sienten sacarlos »de aquella vida, como si los llevaran á darles »muerte.»

Es verdad que tanta dulzura estaba constantemente amargada por el peligro de ser trasportados de Zahára á Berbería, por cuya razon retirábanse todas las noches á unas torres de la marina, estableciendo rondas y centinelas, en cuya confianza podian entregarse al descanso, si bien sucedió en diversas ocasiones, que rondas y centinelas, pícaros, mayorales, barcos y redes, con toda la turbamulta que allí se ocupaba, anochecian en España y amanecian en Tetuan, presos por los piratas berberiscos.

Entre las diversas clases que componian el reino de Túnia, la más numerosa y opulenta, sobre todo en las grandes ciudades, como Madrid, Sevilla, Granada y Barcelona, eran los llamados *sollastrones de la leonera*, los cuales dividíanse luégo en diferentes grupos y jerarquías, segun su habilidad en las tretas y con arreglo al fuste de las casas de juego, que unos y otros frecuentaban.

Estos garitos se llamaban *tablajes*, *tablajerías*, *casas de conversacion*, *leoneras*, *mandrachos*, *encierros* y otros infinitos nombres de que usaban las gentes del tunéo, y de cuyo lenguaje particular y extraño pudiera muy bien hacerse un diccionario de la Túnia como el de la Germanía.

Al establecimiento de estas casas llamaban *abrir tienda*, *ó asentar conversacion de tablaje*, y las tenian toda especie de gentes, desde las mas ínfimas hasta los mas elevados personajes.

Los dueños de estas casas recibian diversos nom-

bres, como el de *mandracheros ó coimeros*, que se aplicaba á los amos de los tablajes de mas importancia.

Otros se llamaban *gariteros*, por alusion á unos aposentillos que habia en las galeras denominadas la *garita*, y éstos eran los tablajes de mediana condicion y más usuales y corrientes.

Por último, habia otros que se llamaban *chivitileros*, aludiendo á las chocillas ó chivitiles en que los pastores colocan á los chivatillos para guardarlos del frio; y éstos eran los tablajeros de más baja condicion, de los que habia mayor número y en cuyos tugurios, á cada suerte, se armaba una pendencia entre tahures y fulleros.

Llamábase *barato* la cantidad que se daba al dueño de la casa por el uso de élla y provision de luces y barajas; y el barato era mayor ó menor, segun se jugaba más ó ménos récio, y á esta ganancia del tablajero, cuando en su morada se jugaba dia y noche le daban el nombre de *gotera en paila*.

Tambien llamábase barato á la cantidad que daban los gananciosos á los tahures diestros y valentones que juzgaban las suertes dudosas, jurando imponer su opinion á todos con la punta de su espada.

En cuanto á los jugadores, tambien se dividian en diferentes clases, conocidas por diversos nombres, segun sus costumbres y habilidades.

Tahures ó tafures, era el nombre genérico de los

que profesaban aficion decidida al juego, sin que esta denominacion significase el concepto de fullería, que más tarde se atribuyó á esta palabra.

Los jugadores, entónces como ahora, se reducian á dos grupos generales, el de los sencillos y el de los sagaces. Entre éstos últimos, habia unos que se llamaban *fulleros*, otros *sages*, y otros *sages dobles* por su mayor penetracion y sutileza.

Las sagacidades y cautelas de que usaban los verdaderos sollastrones, se llamaban *tretas*, *flores* y *pandillas*, que son sinónimos de trampas, engaños y hurtos.

Las tales tretas se hacian de diversos modos, tomando distintos nombres y eran tan numerosas, que me sería imposible referirlas todas, sin incurrir en la nota de prolijo y difuso.

Me limitaré, pues, á describir algunas de las más principales y usadas.

La fullería más frecuente se llamaba *espejo de Claramonte*, y consistia en avizorar las cartas del contrario, poniéndolo en sitio donde se le trasluciesen ó clareasen.

Otra de las flores más usadas era la *fullería de lamedor*, que consistia en dejarse ganar al principio, á fin de cebar al tahur y pelarle despues, dejándolo como al gallo de Moron, cacareando y sin plumas, es decir, echando votos y ternos por la boca y sin una blanca en el bolsillo.

Pero tambien los fulleros solian encontrarse con la horma de su zapato, esto es, con otros sages

más diestros, que sabian *dar con la ley*; pues así se llamaba la primorosa flor, que consistia en contraminar al fullero, burlándole su treta con otra más segura y sutíl, y á esta sutileza, llamaban *descornar la flor*, que era el *non plus ultra* del floréo.

Por último, otras se llamaban *dar astillazo*, *el colmillo*, *la berrugueta*, *hacer la teja*, *la ballestilla*, *el panderete*, *la boca del lobo*, *el cortadillo*, *el ala de mosca*, *la tira*, *el garrote de moros*, *la raspa*, *el reten*, *el humillo* y otras infinitas, mediante las cuales se robaban el dinero unos á otros en las casas de juego.

Además de los jugadores, concurrian á los tablajes otros muchos pícaros, cofrades del reino de Túnia, los cuales tenian vários oficios y nombres.

Llamábanse *diputados* á los que regulaban el barato que se habia de dar al dueño de la casa por consentir en élla á los jugadores, y por el gasto de barajas, luces y trabajo de despabilar; y éstos reguladores eran compinches de los coimeros é iban á la parte en la ganancia.

Otros eran *apuntadores* que de acuerdo con el fullero, colocábanse al lado del contrario y vendiéndole amistad, le avisaban de su juego con señas muy exactas, que le hacian con dedos, boca, ojos y cejas.

A los que se ocupaban en hacer gente, es decir, en buscar y enganchar tahures, llamaban *muñidores*, con alusion á los de las cofradías; á otros, *encerradores*, refiriéndose á los que encerraban las

reses en el matadero; á otros, *perros ventones*, aludiendo á los de esta especie, que levantan la caza para que muera á manos de los cazadores, porque así tambien aquéllos pícaros conducian á los tahures al tablaje para que pereciese su caudal á manos de los fulleros; y á otros, *abrazadores*, por alusion á los hombres que los roperos de Sevilla tenian asalariados en la plaza de San Francisco, los cuales llamaban á los forasteros para que les comprasen vestidos, asiéndoles de las capas y llevándolos muchas veces abrazados y hasta en vilo.

Todas estas distintas castas de enganchadores comian á dos carrillos, es decir, que vivian á costa de los fulleros y de los dueños del tablaje.

Tambien concurrian otras clases de gentes, que si al principio no eran cofrades de la tunantela, casi todos acababan por serlo, á consecuencia de sus pérdidas, aficion y mala suerte.

Esta especie de incorregibles aficionados constituian el grupo de los que se llamaban *mirones*, los cuales, á su vez, se dividian en *pedagogos* y *doncáires*.

Los pedagogos permanecian constantemente en la leonera, mirando y observando con grande atencion el carácter, porte y tipo de los tahures, procurando especialmente congraciarse con los más jóvenes ó inexpertos y que parecian más ricos, á los cuales enseñaban, no sólo á jugar, sino tambien á precaverse de las sutiles tretas de los fulle-

ros, por cuyo medio sacaban para vivir con desahogo.

Los doncáires tomaban asiento al lado del tahur y le indicaban las jugadas con todo el tino y habilidad de su experiencia, porque su interés consistia en que su protegido saliese ganancioso, á fin de que á la postre le pudiese remunerar con largueza.

A la ganancia que de este modo conseguian los mirones, llamaban *tocar ó morder dinero.*

Otros muchos pícaros de diversos cortes y marcas vivian á la sombra de los tablajes, empleando mil sonsacadores arbitrios, como el de hacer recados á los tahures, ir á empeñar alhajas, guardar asientos y otros infinitos recursos de que se valian para sacar dinero, entre los cuales citaré uno que por su extrañeza y singularidad, no ménos que por el lucro que producia, merece particular mencion en esta historia.

Este socaliñero arbitrio consistia en prevenir los medios de satisfacer necesidades tan perentorias, como indispensables; y esta industria, si así puede llamarse, era tan productiva, que algunos se enriquecian con élla, como se cuenta de un socarron famoso, que se apellidaba Milano.

Hé aquí lo que á este propósito refiere don Antonio Liñan y Verdugo en su libro titulado GUIA Y AVISOS DE FORASTEROS, donde se ocupa de este notable arbitrista en los términos que siguen:

«Llamábase éste el señor Milano, y no te»niendo cosa propia sobre que Dios lloviese, al

»cabo de algunos años casó una hija dándole dos »mil ducados en dote, quedándose él con otros »tantos; y todos los ganó con la industria siguien»te: Íbase las noches de invierno á las casas de »juego largo, y llevábase debajo de la capa un »orinal nuevo, y cuando alguno de los jugadores »se levantaba á hacer aguas, llegaba y sacaba el »orinal de la vasera, y decíale: señor don Fulano, »arrímese vuesa merced á este rincon, que aquí »hay donde orinar, pues de salir de esta pieza tan »abrigada con los tapices y gente á otra fria, se »engendran los catarros, las jaquecas, el asma y »otras enfermedades semejantes. Muchas gracias, »señor Milano, respondia el caballero, que vol»viéndose á sentar á jugar, poníasele el Milano á »su lado; y cuando veia que hacía alguna buena »suerte ó mano de mucha cantidad, tirábale de la »capa. Volvia la cabeza el caballero y decia: ¿qué »manda, señor Milano? Señor, respondia éste, el »orinal suplico á vuesa merced. De muy buena »gana, decíale el jugador; y diciendo y haciendo, »sacaba y le daba un escudo ó un doblon, ó un »real de á ocho, segun era la mano.»

¡Tanto alambicaban ya entónces los gandules, para buscarse la gandaya; si bien los de ahora no les van en zaga!

En cuanto á los fulleros se distinguian, no sólo por las tretas y flores que usaban, sino tambien por la hora en que concurrian al mandracho.

Los más temibles eran los que cogian á un des-

dichado de media noche abajo y le desollaban vivo, y éstos se llamaban los *modorros*, que habian estado en los tablajes como dormitando, hasta que los tahures, picados ya en el juego, y ciegos con la aficion, en nada reparaban, pasando por todo, sin atender á tretas, flores ni pandillas.

Entónces entraban de refresco los verdaderos sollastrones á hacer su agosto, dando fondo á los picados, es decir, á los que habiendo perdido en el discurso de la noche, deseaban seguir jugando, como éllos decian, aunque fuese con el mismo demonio en persona.

Además de estos grupos del mandracho, que solian permanecer en las grandes poblaciones, bien que no sin algunos percances, se organizaban de vez en cuando algunas partidas de fulleros, que iban á las ferias y romerías más concurridas para ejercer sus habilidades.

Frecuentemente un grupo de tahures se asociaba tambien con otro de los llamados *trapaceros de la farándula*, que eran una compañía de comediantes compuesta de siete ó más hombres y de tres mujeres, la cual andaba por los pueblos representando comedias, y no era la ménos chistosa la que luégo representaban los farsantes y los fulleros, considerándose unos á otros como extraños delante de los incautos, que acudian al reclamo de las cómicas y del burlo, que en seguida se entablaba, y de donde salian completamente despellejados los que más se picaban de ricos y galanes.

Igualmente habia otros pícaros ambulantes, que se disfrazaban de peregrinos y los cuales se pasaban muy buena vida corriendo de romería en romería, fingiendo gran devocion, haciendo granjería de la santidad y salteando la limosna de los verdaderos pobres.

Otros peregrinaban, sin hábito de romeros, pidiendo limosna y cantando sus oraciones guiados por un perro, simulando ser ciegos, si bien tenian más vista que un lince, por lo cual Cervantes los califica chistosamente de *vistosos* oracioneros.

Tambien habia mendigos, legos ó gandules, así llamados en el tunéo, porque aún no conocian á fondo las habilidades hamponas de tullirse, mancarse, llagarse y parchearse con arreglo al arte, y por que su objeto se limitaba á gandulear y vivir ociosos y lúcios por la caridad de las buenas almas.

Otra especie de pícaros redomados era la de aquellos que llevaban osos, monos, perros y otros animales *sábios*, con cuyas habilidades, saltos y adivinanzas, dirigidas por el ingenio y bellaquería de suś amos, se buscaban muy bonitamente la gandaya y conseguian ocultar su verdadero nombre y procedencia, pues casi todos eran galeotes desertados de las gurapas.

Habia otra casta de pícaros titereros, ó titereros pícaros que vagaban de pueblo en pueblo, en los cuales producia no escaso alborozo el tamboriléo con que anunciaban su llegada. Éstos solian llevar uno y áun dos mandilejos ó rapaces, que les servian

de criados para armar su retablo y fingir las distintas voces de las figuras de polichinela, que hacian jugar en las escenas que representaban, tomadas generalmente de antiguas historias y romances.

Esta especie de teatros portátiles llamábanse *retablos de las maravillas* por los cuadros maravillosos que en éllos se exponian, y no sólo se llevaban por los pueblos, aldeas, ferias, romerías y ventas, sino que tambien despertaban por extremo la curiosidad de las grandes poblaciones en los teatros y corrales de las comedias, como entónces se decia.

De estos titereros, afirmaba el licenciado Vidriera, que era gente vagamunda y que trataba con indecencia de las cosas divinas, porque con las figuras que mostraban en sus retablos volvian la devocion en risa, y que les acontecia envasar en un costal todas ó las más figuras del Testamento Viejo y Nuevo y sentarse sobre él á comer y beber en los bodegones y tabernas.

Todas estas diversas castas de pícaros, si bien ejercian libremente sus habilidades en los pueblos y aldeas, lo primero que hacian al llegar á las grandes ciudades era presentarse á los Mayorales ó Monipodios de la Picaresca, á fin de dar el oportuno aviso y recibir la patente ó licencia para ejercitar su industria en los sitios que se les designaban, prévio el pago de los derechos ó aranceles establecidos en las ordenanzas del reino de Túnia.

En su consecuencia, dábase tambien la órden á

los cicateruelos y diestros en el bajon (1) para que acudiesen al rebullicio que se armaba con motivo de los retablos, á fin de que allí espigasen cuanto pudiesen.

A todas estas diferentes condiciones y maneras de pícaros, debe agregarse la turbamulta de brecheros (2), rufos, valentones, bernardinos, jácaros, bravoneles, esportilleros, jándalos, múrcios (3) y mozas del cerco, que con sus cairones (4) regalaban á sus diestros y traineles como si fueran princesas, además de farabustearles ocasiones propicias para sus mariscadas (5).

Todos estos alumnos del tunéo y vasallos del reino de Túnia, estaban bajo la obediencia de sus mayorales en las respectivas provincias, si bien el rey residia de ordinario en Madrid ó Sevilla, aunque más frecuentemente solia seguir la córte para gestionar diversas pretensiones y en particular para disminuir las penas ó alcanzar indultos en favor de los grandes sages de sus dominios.

Tambien tenian sus Ordenanzas, á las cuales se sujetaban con notable legalidad y vigor desde el rapaz cicateruelo (6) hasta el múrcio barbado y de pelo en pecho.

---

(1) En cortar bolsas.
(2) Jugadores con dados falsos.
(3) Ladrones.
(4) Dineros ganados en la Mancebía.
(5) Hurtos.
(6) Cortabolsas.

Por lo demás, los mayorales estaban encargados de distribuir diariamente los puestos, maniobras y quehaceres en cada uno de los diversos distritos de la ciudad, así como tambien de confiar comisiones especiales y servicios extraordinarios, que con gran sigilo y liberalidad pagaban los interesados, los cuales solian ser caballeros muy principales y damas ricas y hermosas, que deseaban castigar agravios ó satisfacer venganzas por mano ajena.

Todos estos servicios llevábanse asentados en un libro, con expresion de la cantidad que por éllos pagaban y del nombre de guerra del que habia de ejecutarlos.

Las cuchiladas en el rostro se pagaban por puntos, y en las restantes partes del cuerpo por su anchura, longitud y profundidad; en una palabra, para cada servicio tenian señalada una especie de tarifa invariable, sin que este señalamiento impidiese el regatéo necesario para recabar el mayor premio posible, segun se presentaba el penitente.

Los mayorales elegian con singular tino á los ejecutores de los diferentes servicios exigidos, como cuchilladas de marca fija en sitio determinado, y palos de mayor ó menor cuantía, segun los casos, y sin salirse un ápice del número requerido por los interesados que los pagaban.

Además habia encargos que llamaban de *agravios comunes*, como redomazos, untos de miera, clavazon de sambenitos y cuernos, matracas, espantos, alborotos, cuchilladas fingidas y cencerradas á

viejas que se casaban con mancebos y á viejos que matrimoniaban con jovencitas, todo lo cual se hacía á peticion de rivales despechados, y se ejecutaba por toda la turbamulta y comunidad de las gentes del tunéo.

Solo me resta añadir que los mayorales estaban autorizados para separar de la ganancia comun las cantidades suficientes, á fin de sobornar á la gura (1) y que los dejase en paz y gracia de Dios ejercer su oficio con los menores tropiezos posibles; y dicho se está que los guros (2) de aquellos tiempos se prestaban con gran docilidad á semejantes complacencias, que no les costaban más trabajo que el hacer la vista gorda.

Es verdad que entónces, como ahora, los agentes de la gura se imaginaban poner una pica en Flándes y adquirir reputacion de probos, astutos y severos con la mojiganga de que de vez en cuando pareciese alguna joya ó alhaja robada de algun poderoso personaje, lo cual conseguian al punto, reclamándola de los ladrones con quienes mantenian los dichos tratos.

Pero tampoco entónces, como ahora, parecia nunca el réo, aunque se hallasen los objetos robados, hecho importante, que bien á las claras demuestra que léjos de haberse extinguido, aún se conservan cuidadosamente las picarescas y seculares tradiciones del famoso reino de Túnia.

(1) Justicia.
(2) Alguaciles.

CAPÍTULO XX.

EL REINO DE GERMANÍA.

Confinante ó vecino á la region del tunéo estaba el no ménos famoso reino de Germanía.

Sin duda entre ambas regiones habia perpétua comunicacion y recíproco influjo, si bien era inmensa la distancia que mediaba desde el estudiante travieso y petardista hasta el tuno ya preso y en camino de ser sentenciado á galeras.

La línea divisoria entre el hurto y el robo, entre el gandul y el rufian, entre el tuno y el ladron estaba trazada por la prision y sentencia del pícaro á público azotamiento por el verdugo.

Desde entónces ya el tuno se convertia en bailon y entraba de lleno en el reino Germanesco, adoptando sus costumbres y aquel singular y peregrino lenguaje que se ha llamado de *Germanía*, y que usaban en aquellos tiempos como en los presentes los presos, galeotes y presidiarios.

Aquel lenguaje estaba compuesto de las voces comunes del habla castellana, si bien trocando su ordinario sentido y adaptándole á particulares

conceptos, y además se advierten en él muchos vocablos de otros idiomas, prueba evidente de que á su formacion han concurrido los pícaros de diversas naciones.

La gente rufianesca en general habia sufrido por lo ménos los pencazos y no pocos eran galeotes cumplidos, que despues volvian á las andadas.

El centro, el mentidero, el punto de reunion de los rufianes y traineles era la Mancebía ó burdel público que con carácter oficial existió en las principales ciudades de España, y en donde se tramaban todos los robos, muertes y crímenes perpetrados por la gente rufianesca.

A la Mancebía llamaban montaña de pinos y al jefe ó empresario de élla le decian *Padre*, el cual despues del rey ó gallo de Germanía era el mayoral más autorizado y obedecido entre los rufos y bravos de la jacarandina.

Este íntimo enlace de los guapos con las mozas de la manfla (1) explica perfectamente la notable abundancia y áun predominio de voces y términos relativos á marquidas (2) y coimes (3), que desde luégo se advierte en la lengua germanesca.

Excusado parece decir que tambien en la Mancebía, los rufianes brecheros y peritos en el floréo entablaban el indispensable juego de dados y naipes,

(1) Mancebía.
(2) Mujeres públicas.
(3) Señor de casa de juego y tambien padre de Mancebía.

á fin de pelar sin compasion á los estudiantes, militares y caballeros que acudian sin cesar al señuelo y regocijo de la casa llana, en donde con suma frecuencia solian armarse bailotéos y francachelas á la par que alborotos, riñas, guitarrazos y cuchilladas.

Así, pues, la prostitucion era el auxiliar más poderoso y constante de los bravoneles de la rufianesca para preparar y cometer sus crímenes, como sucedia en el burdel público de Madrid, que estuvo situado en la calle de Toledo, la cual por esta razon llamóse ántes *de la Mancebía;* y lo mismo se verificaba en otras grandes ciudades, especialmente en Sevilla, que vino á ser la cifra, compendio y córte de la Picaresca en España.

En esta ciudad llegó la corrupcion á tan espantoso extremo, que habia en élla ciertas casas en que á manera de monasterios se acogian muchas mujeres, bajo el pretexto de hacer vida retirada y piadosa, vistiendo ropas monjiles y teniendo una especie de abadesa, la cual encubiertamente recibia en el hipócrito cláustro á las personas más distinguidas, sacando así pingües ganancias de su tráfico infame.

Sucedia tambien que algunas mujeres casadas, viudas honestas y doncellas huérfanas entraban en aquellas casas ó colegios, imaginándose encontrar allí un asilo seguro y á cubierto de las seducciones del mundo; pero despues reconocian su engaño, y aún acaeció que algunas de éllas, imbuidas por la

superiora y convidadas por la ocasion, cometieron lamentables deslices, que haciéndose públicos llegaron á noticia del rey D. Juan el segundo, quien ordenó inmediatamente que se cerrasen las tales casas, y que las que no quisieren ser castas y buenas, fuesen al punto trasladadas á la *Mancebía pública*, en donde tenian su habitacion todas las otras mujeres mundanas.

Este solo rasgo basta y sobra para caracterizar las camanduleras costumbres de antaño, que á todo trance procuraban encubrir bajo la capa de santidad la corrupcion más detestable.

Desde luégo se comprenderá que la existencia de la Mancebía pública, especie de monopolio oficial del vicio, no fué suficiente para impedir la industria particular de las infinitas echacuervos y *tias fingidas*, que por todas partes pululaban en las grandes poblaciones.

Pero todas estas ninfas, de cualquiera clase y condicion que fuesen, tenian tambien sus bravoneles ó rufos á lo valon de vista fosca, bigote al ojo, sombreros de ancha falda, cuellos á la valona, medias de color, ligas de gran balumba y luengas tizonas para que las vengasen de sus agravios, castigando á los religiosos que se proponian guardar la mosca, y festejando á los paganos, porque para éllas y éllos la religion del *paganismo* era la única santa y buena.

Es verdad que al fin y á la postre las más señoriles y remilgadas, que habian comenzado con

manto de seda y brial de chamelote, figurando ser hijas, ó por lo ménos sobrinas de ilustres personajes, acababan por perder su crédito, y cuando les sobrevenia la prolongada cuaresma de calamidades y privaciones, á causa de su desprestigio y del desengaño de los primitivos alquiladores, no les quedaba más recurso que vestirse de anascote y frazada, y guardar el palmito para mirarse al espejo á sus solas, ó tirar de la manta y de la toca, descubrir el embuste, y dar con su cuerpo en la *pifla*, (1) á fin de ganar siquiera para su mejor adeliño y mantener al rufo.

Además de asistir constantemente á la Mancebía pública, á los burdeles particulares y á todos los garitos, los rufianes, dirigidos por el gallo y en su defecto por los mayorales, tenian muy bien organizados sus servicios, los cuales pudieran reducirse á dos principales secciones.

La primera se referia al ajuste y cumplimiento de venganzas, raptos, muertes ó asesinatos cometidos por cuenta ajena.

La segunda se referia á los robos de todas clases y á todo riesgo, que por su propia cuenta emprendian y realizaban los bailones.

Para combinar sus diversos golpes de mano, además del auxilio y ayuda de las marquidas, que procedian siempre con la más estricta sujecion á las instrucciones de los rufianes, tenian éstos un

---

(1) Mancebía.

personal tan numeroso como completo, al cual se le confiaban las distintas investigaciones y variadas faenas, que se requerian para llevar á cabo sus antisociales empresas.

Entre las diversas clases que componian el reino de Germanía los más viejos, prudentes y experimentados ejercian el oficio de avispones, los cuales vestian decentemente, afectaban un porte grave y apersonado, oian misa todos los dias con notable devocion, y por todos los medios que estaban á su alcance procuraban adquirirse crédito y fama de hombres virtuosos, pacíficos y honrados.

Los avispones andaban de dia en las grandes ciudades atisbando en qué casas podia darse tiento de noche, y tambien se ocupaban en averiguar en dónde los mercaderes más ricos tenian su dinero, y cuando de cierto lo sabian, tanteaban el espesor de las paredes ó muros de la casa, dibujando con matemática exactitud el lugar más conveniente para hacer con gran presteza los agujeros, á fin de facilitar la entrada y el golpe.

Segun las ordenanzas de la gente germanesca, los avispones llevaban el quinto de todo aquello que por sus avisos, industria y trabajo se robaba.

Naturales y conjuntos auxiliadores de los avispones, eran los llamados palanquines, los cuales tambien ostentaban maneras y porte de principales caballeros ó ricos hacendados, y su encargo consistia en ver ó alquilar las casas más suntuosas, de las cuales se mudaban por momentos, pretestando

que ninguna era de su gusto; pero en realidad para saber todas las entradas y salidas de las tales casas, que despues venian á ser habitadas por gentes de alto copete y gran caudal, á cuyos talegos daban el avance tan pronto como podian.

Despues de las oportunas investigaciones, y cuando ya debia darse el golpe de mano, acompañaban á los palanquines los guzpatareros, que eran respecto de aquéllos, lo que los albañiles á los arquitectos, á fin de que practicasen los guzpatáros ó calas en el sitio designado.

En seguida entraban los caletas, que eran los obligados á penetrar en las habitaciones y hacer la jiba ó bulto, y si habia peligro inminente lo traspasaban de unos á otros hasta ponerlo á buen recaudo en la atarazana, que así llamaban al depósito de lo robado.

A éstos auxiliares daban el nombre de caleteros, porque acompañaban á los caletas, los cuales tambien disponian ántes de dar el asalto, en dónde y cómo habian de colocarse los buzos, linces ó columbrones, que debian servir de atalayas.

Los calabaceros ó pescadores se valian tambien de los palanquines para que les dijesen ó dibujasen las entradas y salidas de las casas; pero éstos penetraban en éllas por medio de claucas, sierpes ó calabazas, que todos estos nombres daban á las ganzúas.

Habia otros que se llamaban fulidores, los cuales enseñaban muchachos que, ya entrando á servir

en las casas principales ó bien escondiéndose y quedándose en éllas con cualquier pretexto, les franqueaban las puertas de noche para que á mansalva cometiesen sus latrocinios.

Llamábanse comendadores de bola á los ladrones que andaban por las ferias, los cuales se ponian siempre de acuerdo con los azoreros ó aliviadores, que tal era el nombre de los que recibian lo robado por otros para que lo pusiesen en salvo.

Los almiforeros robaban mulos, asnos y caballos; los gruñidores ganado de cerda y los lobatones ovejas y carneros.

Llamaban pilotos, así en las ciudades como en el campo, á los que servian de guía á los ladrones.

Sería tarea por demás prolija la enumeracion de todas las especies y denominaciones de los tomadores de lo ajeno, que en sus dilatados dominios encerraba el reino de Germanía.

Baste decir que todos los servicios y gremios estaban muy bien organizados para el mal; y que las gentes de la Rufianesca obedecian y respetaban sobre toda ponderacion al rey ó gallo, que ordinariamente residia donde se hallaba la córte.

El rey ó sus mayorales no limitaban su direccion á los pícaros de las poblaciones, sino que mantenian constante inteligencia con los tropeleros ó ermitaños de camino, es decir, con los salteadores más feroces y desalmados.

A los cherinoles y jayanes de la Germanesca, que eran como los próceres ó príncipes del reino,

despues de los mayorales y padres de Mancebía, se les tributaba por todos el más profundo respeto, á causa de sus grandes fuerzas, valor temerario, espantosos crímenes y aterradora nombradía, y éstos solian ser los mensajeros que el gallo y los mayorales enviaban á los capitanes de bandidos, ya para cometer grandes robos á mano armada, ya para perpetrar muertes ó raptos ocultamente exigidos y pagados por otros, ó ya para otras empresas no ménos criminales, misteriosas y lucrativas, que por su índole reclamaban el uso y empleo de mucha gente disciplinada, valerosa y aguerrida.

En efecto, con harta frecuencia necesitaban los pícaros las fuerzas combinadas de los rufianes y de los bandidos para llevar á feliz cima los numerosos y terribles encargos que personas ilustres, pudientes, apasionadas, ó rencorosas les confiaban.

En tales casos, la Picaresca tenía su honradez á su modo, la cual consistia en que sus individuos jamás fuesen cantores, es decir, que guardasen el más inviolable secreto respecto á sus comitentes, á pesar de todas las ánsias (1) y angustias del mundo, y aunque para hacerles hablar, los empalasen vivos.

A la verdad, los farautes de la Germanesca, poseian muchos é importantísimos secretos de las gentes más encumbradas, que á su valor, pericia,

(1) Tormentos.

perversidad y sigilo, encargaban la realizacion de sus más vivos deseos ó frenéticas ambiciones.

Herederos impacientes de celebrar solemnes exequias por sus opulentísimos deudos; damas jóvenes ansiosas de quedarse viudas de sus viejos maridos; amantes celosos que anhelaban castigar á sus rivales por mano ajena; poderosas y nobles doncellas agraviadas y deshechas en llanto, que trataban de vengarse de sus burladores; cortesanos envidiosos que deseaban la desaparicion de sus émulos aborrecidos; y altos personajes civiles, militares y eclesiásticos que por diversos motivos, causas y móviles, necesitaban utilizar las artes, manejos, informes, noticias y concurso de la jacarandina, todos, todos recurrian á los caporales germanescos, que eran mercaderes de espantos, robadores de mujeres, negociantes de cuchilladas, médicos de ultrajes, boticarios de venganzas, vendedores de injurias, merceros de agravios, tratantes en vidas y tenderos de muertes.

Resultaba de aquí que el gallo, los mayorales, los padres de montaña (1), los cherinoles y los jayanes de la Germanesca, si no eran aparentemente personajes de altísima importanncia, solian tener en realidad grande influjo para favorecer así á los salteadores de caminos, como á los rufos y valentones que caian en manos de la justicia.

---

(1) Mancebía.

Este poderoso influjo procedia de las revelaciones confidenciales, que damas y caballeros veíanse obligados á hacer á los pícaros para que éstos pudiesen cumplir atinadamente sus deseos, encargos y comisiones.

Así, pues, era muy frecuente ver entrar á deshora en la guanta (1) encubiertos caballeros ó damas tapadas, que no concurrian allí, sino para entenderse con los padres ó coímes, respecto á los servicios que deseaban se les prestasen por los rufianes; y no pocas veces ocurrian lances dramáticos, á consecuencia de inesperados encuentros; pero de todo éllo resultaba que los coímes sabian al dedillo la vida, milagros y flaquezas de los más ilustres personajes.

Ciertamente los coimeros no abusaban de aquéllos secretos, si bien les servian en las ocasiones oportunas para exigir á su vez á las personas más influyentes á quienes habian complacido, que favoreciesen sus pretensiones cerca de la justicia con todo el peso de su irresistible recomendacion y poderío.

Estas misteriosas y criminales inteligencias entre la sociedad pública, que se imaginaba ser buena y honrada, y la sociedad de los pícaros, producian los resultados más lamentables y desastrosos para la recta administracion de justicia, pues que

(1) Mancebía.

los curiales, jueces, corregidores, alcaldes del crímen y de casa y córte mandaban con suma facilidad que ahorcasen á cualquier pobre diablo, miéntras que dejaban impunes los más atroces delitos y en completa libertad á los más empedernidos criminales, con tal que tuviesen poderosos valedores.

Despues del bandolerismo violento, y por decirlo así, belicoso de los antiguos nobles y hombres de armas, al que los reyes católicos pusieron coto por medio de la Santa Hermandad, llegó á operarse con el tiempo una trasformacion tan importante como funesta, que consistia en que la curia amañaba de tal manera los procesos, que de nada servía la persecucion armada, supuesto que luégo el criminal era fácilmente absuelto, si escribanos y relatores le amparaban, áun admitiendo la más severa rectitud en los jueces, los cuales se veian obligados á sentenciar con sujecion á lo escrito.

Tal es el orígen de la inquina, ojeriza y especie de cruzada con que nuestros antiguos escritores persiguen á una y censuran con notable acrimonia á los escribanos y demás curiales, reprendiendo á los relatores que mudan tono, hablan quedo, brincan razones y mascan cláusulas enteras.

En suma, diré que una de las concausas más eficaces del bandolerismo ha sido la complicidad de la gente poderosa, que presumia de honrada, con la gente de la Picaresca, á la cual alentaban y favorecian por su propio interés los mismos que se

valian de élla, como instrumento de sus pasiones, odios y venganzas.

No se extrañe, pues, que insista sobre este punto, porque lo juzgo de incalculable trascendencia, pues desde luégo se comprenderá que sin la proteccion oculta de los que facilitaban la impunidad del crímen, es seguro y evidente que la Picaresca no hubiera conseguido tan notable desarrollo y organizacion tan completa, ni tampoco hubiera presentado tan corruptor ejemplo, cuyas funestísimas consecuencias se han trasmitido hasta la edad presente.

Con tales elementos, el reino de Germanía adquirió extraordinarias proporciones, hasta el punto de haberse producido en su seno todo un idioma, que era la iniciacion del verdadero pícaro, á la par que el predominante en todas las diversas regiones de la Hampa.

Pero el gandul ó tuno solia recibir los primeros tientos ó seducciones de la gente germanesca en la trena (1), en donde se hablaba el lenguaje carcelero, como tambien hoy sucede, con las naturales modificaciones que el tiempo ejerce en las costumbres y en todas las cosas humanas.

Y como el hombre está formado de manera que en todas direcciones, concierten ó nó con el sentido moral, estima siempre la celebridad, la fuerza

(1) Cárcel.

y el valor por las ventajas que proporcionan, resulta que en las cárceles y presidios se produce el fenómeno más horroroso y angustiador, que puede ofrecerse al estudio y contemplacion de quien intenta conocer á fondo la extension y profundidad de las llagas sociales.

Este fenómeno consiste en la espantosa perversion de ideas que conduce á los hombres á ostentarse allí aún más criminales y malvados de lo que realmente son, porque en semejantes círculos es tenido en poco el que por leve motivo perdió su libertad, y sólo es profundamente respetado quien por sus horribles delitos llegó á obtener funesta y repugnante nombradía.

El tuno, pues, se encontraba en la trena como avergonzado de su poquedad ante los fanfarrones del crímen, cofrades de la Germanesca.

Y subia de punto este sentimiento desconsolador de su inferioridad al ver que alcaides, calaboceros, alguaciles y escribanos trataban á los jayanes con inequívocas muestras de consideracion; pero lo que más excitaba su asombro era que los más criminales salian más pronto de la cárcel, en donde habian estado además muy atendidos y con todas las posibles comodidades.

Tal pernicioso ejemplo era eficaz incentivo para los gandules del reino de Túnia, los cuales aprendian la lengua carcelera, esforzándose por merecer pronto por sus fechorías el honor para éllos de pertenecer cuanto ántes al poderoso reino de Germa-

nía, en donde no se penetraba sin pasar por Túnia y haber demostrado las necesarias dotes de astúcia, sutileza y ánimo para tañer debidamente el pandero de la jacarandina.

Estos nuevos reclutas comenzaban por los oficios más fáciles entre la gente germanesca, si bien algunos eran ya sobresalientes en garfiñar cicas (1) y en el floréo de espillantes y brechas (2).

La organizacion del reino de Germanía era tan extensa, que abarcaba desde el gomarrero, ó sea ladronzuelo de pollos y gallinas, hasta el bailon avezado á esgrimir el desmallador (3) robando y matando sin reparo alguno, de modo que los mayorales tenian gente á propósito para satisfacer cuantos encargos les encomendaban los paganos, así como tambien para llevar á dichoso término cuantas empresas acometian por su cuenta y riesgo.

Es verdad que este riesgo estaba siempre disminuido para los pícaros, merced á las influencias secretas con que contaban, en virtud de sus importantes y ocultos servicios, y sólo así puede explicarse que tuviesen tan bien organizados los gremios de sus diferentes oficios, que los ejercian con la misma tranquilidad, órden y sosiego que trabajaban en los suyos los menestrales honrados.

---

(1) Robar bolsas.

(2) Naipes y dados.

(3) Puñal.

Así, pues, llamaban cachucheros, á los ladrones de alhajas de oro; alcatiferos, á los que robaban en las tiendas de sederías; lechuzas, á los que hurtaban de noche; golleros, á los que aprovechaban los bullicios y apreturas de gentes para hacer sus tretas ó flores ladronescas; altaneros, ventosos ó bolatas, á los que robaban por ventanas, balcones ó tejados; bajamanos, á los pícaros que entraban en las tiendas y, señalando un objeto con una mano, afanaban con la otra lo que podian, aprovechando la distraccion del tendero; sanos de Castilla, á los ladrones disimulados; filateros, á los que cortaban sútilmente los bolsillos; garaberos, á los que hurtaban con garabato; corredores, á los que concertaban los robos; desmotadores, á los que desnudaban por fuerza á los robados, dejándolos en cordoban, es decir, en cueros; escaladores, á los que robaban por medio de escalas; golondreros, á los que se hacian soldados para hurtar sin riesgo; murcigalleros, á los que deshacian la ropa que otros hurtaban para que nadie la conociese; rederos, á los que robaban capas; polidores, á los que vendian los objetos robados por otros; y, finalmente, llamábanse cofrades de pala, á los que ayudaban á los ladrones, poniéndose delante de aquellos á quienes se proponian robar, para distraerlos y hacer la operacion á mansalva.

Los tercios novatones comenzaban por ser reclamos y traineles hasta llegar á rufeznos, y más tarde á rufos, enjibadores ó jaques; pero despues

de cumplir sus ordinarias obligaciones y recados en la guanta, reuníase la mandilada (1) con los gandules de Túnia en las bayucas de sus poleos (2), recorriendo en seguida, como la tela y palenque principal de sus fazañas, el Rastro, Plaza Mayor y de Santa Cruz en Madrid, el Azoguejo en Segovia, la Lonja en Salamanca, la Puerta del Campo en Valladolid, el Espolon en Búrgos, el Coso en Zaragoza, la Tarafana en Barcelona, la Olivera en Valencia, la Plaza de Zocodover, Corral de los Olmos y Ventillas en Toledo, la Rondilla en Granada, la Plaza del Potro en Córdoba, el Compás y Corral de los Naranjos en Sevilla, los Percheles y las islas de Riarán en Málaga, la playa en San Lúcar, la puerta de Tierra en Cádiz, y, finalmente, cuantos sitios y lugares eran oportunos para la garfiña y se hicieron famosos en los fastos de la Picaresca en España.

En resolucion, el reino de Germanía estaba perfectamente organizado y dividido en oficios ó gremios particulares, y además sostenia permanentes relaciones con los otros dominios y comarcas de la Picaresca, de modo que los mandatos del capiscol, rey ó gallo, de los mayorales y coímes se obedecian ó eran secundados con exactitud maravillosa; pero tambien se pagaban con equidad ó largueza,

---

(1) Junta de criados de rufianes.

(2) Los que encubren ladrones y los abonan.

procediendo todos con la más estricta sujecion á las prescripciones de sus ordenanzas.

¡Notable y por demás doloroso contraste, el que ofrecen esas tenebrosas asociaciones para el crímen, en las cuales se respeta más y se cumple mejor la legalidad establecida, que en la sociedad pública de los hombres!

CAPÍTULO XXI.

LA BOHÉMIA.

Despues de haberme ocupado de las razas en su relacion con las civilizaciones aportadas á nuestra patria, pareceria incompleto mi trabajo, si no consignase tambien el funesto influjo, que en el particular sentido de la Bribia, ejercieron á su vez otras exóticas razas, ofreciendo nuevas faces y peregrinas manifestaciones del Bandolerismo.

Tal fué la raza gitana, que si nada trajo bajo el punto de vista de la civilizacion, en el buen sentido de la palabra, no dejó por eso de aportar elementos propios, originales y característicos relativamente á la Picaresca.

Al lado y despues de las afirmaciones y de las conquistas del verdadero progreso humano, he debido fijar tambien, como términos correlativos, las desviaciones paralelamente producidas por la perversion del sentido moral, entre las cuales, conviene definir el carácter y contenido de la que pudiera llamarse, permítaseme el neologismo, especial *picarizacion*, importada por los bohémios ó gitanos.

Diversas y aún contradicctorias son las opiniones respecto al orígen de esta raza y época de su aparicion en Europa.

Afirman alguuos que los gitanos proceden de nuesfra Península, fundándose en que se llamaron cíngaros del nombre de Cinga, hoy el Cínca, rio de España que mencionan César y Lucano; pero esta opinion me parece paradoja insostenible.

Otros aseguran que se llamaron egipcianos, porque provenian de Egipto, y anduvo muy válida la opinion de que vivian errantes entre los demás pueblos, como en castigo y expiacion de haber negado sus ascendientes la hospitalidad á la virgen María y al niño Jesus, cuando huyeron de la persecucion de Heródes; pero aunque nuestras antiguas leyes en efecto los designan con el dicho nombre de egipcianos, es indudable que tal calificacion carece de fundamento.

Tambien han creido algunos eruditos que los gitanos eran una raza mixta de judíos y moros, y que emigraron de España, cuando se decretó la expulsion de unos y otros, despues de la reconquista.

Sin embargo, ninguna de estas opiniones, ni otras muchas que pudieran citarse acerca del orígen de los gitanos, fijan con exactitud su procedencia, ni se conforman con los datos más auténticos y fehacientes que suministra la historia.

La verdad averiguada é incontrovertible, es que proceden de la India, y que su aparicion en el

Norte de Europa fué producida por la formidable irrupcion del gran Tamorlan, que trastornó aquel país y los obligó á dejar la patria, que no les brindaba más que miserias y humillaciones, supuesto que pertenecian á la casta mas ínfima de los párias, entre los cuales se llaman *zingaros* á los más infelices; de suerte que el gitano, aún era inferior á la condicion general del pária.

A consecuencia de aquella invasion, muchas tribus siguieron las huellas de los mogoles triunfantes, como espías ó merodeadores, extendiéndose por todos los países conquistados; algunos se dirigieron hácia Oriente, y aún existen en las costas del Malabar, en donde viven como piratas; otros anduvieron errantes por la Persia y el Turquestan; y gran número de éllos, impulsados probablemente por los otomanos, encamináronse á Europa, donde aparecieron en Moldavia y Valaquia el año de 1417; en Suiza en 1418; en Italia en 1422; en Francia en 1427; en Baviera en 1433; y ya desde entónces se difundieron por Alemania, Dinamarca y Suecia.

Respecto á la época en que aparecieron en España, la cuestion es más difícil y tenebrosa, porque sin duda existian aquí desde tiempos más remotos, y lo más verosímil parece, y así lo afirman diversos autores, que los gitanos penetraron en Europa, no sólo por Hungría y Bohémia, acompañando á las huestes invasoras de los turcos, sino tambien por el Estrecho de Gibraltar, siguiendo á

los ejércitos sarracenos, que desde Arabia, Egipto y Mauritania, venian á desembarcar en nuestras costas meridionales.

Tal es, sin duda, la causa de que en España se les denominase *egipcianos*, y de que en otros países del Norte de Europa, se les llamase *bohémios*, aludiendo con ambas designaciones á los dos puntos más inmediatos de que respectivamente provinieron.

De aquí se deduce la posibilidad de que otros conquistadores más antiguos que Tamorlan, promoviesen la emigracion de ciertas tribus hácia la Arabia y el Egipto, de donde pudieron venir á España con las huestes agarenas, y acaso eran zíngaros los malandrines cuatreros, que existian en el territorio dominado á la sazon por los árabes.

El criterio más seguro para determinar el orígen de un pueblo, consiste en el idioma, y sabido es cuánto debe la ciencia etnológica á este método, seguido por el sabio Humboldt con maravillosa erudicion é incansable perseverancia.

Ahora bien; el idioma usado por los bohémios, como ya he indicado en otro lugar, no es arbitrario ni compuesto de palabras usuales, si bien empleadas en sentido translaticio, como el de Germanía, sino procedente de una de las dos lenguas madres del Indostan, en donde todavía se habla en Zinganía un idioma originario del zendo, que entienden perfectamente los gitanos de Europa.

Resulta, pues, que el orígen índico de los bohé-

mios, está fuera de toda duda, y confirmado no sólo por razones históricas de gran fuerza, sino tambien por la prueba decisiva del lenguaje.

Tenian algunas vagas nociones de la religion natural, sin culto externo y sin otras ceremonias para sus casamientos, que algunas prácticas tan peregrinas como extravagantes.

En efecto, los contrayentes se presentaban ante los jefes del aduar, los cuales ponian en manos del novio un martillo y unas tenazas, y al són de dos guitarras, que dos gitanos tañian, daba dos cabriolas, y luégo le desnudaban el brazo derecho, y con una cinta de seda nueva y un garrote le daban dos vueltas.

La novia y todas las mozas y mozos del cotarro, estaban presentes á esta singular ceremonia, y en seguida el jefe tomaba por la mano á la desposada, entregándosela al marido y recomendando á los dos, que mútuamente se guardasen inquebrantable fidelidad, bajo el más severo castigo, si lo contrario hicieren.

Es completamente calumnioso cuanto han afirmado algunos autores, especialmente don Sancho de Moncada, respecto á la comunidad de mujeres entre los gitanos, pues si bien suele haber entre éllos algunos incestos, son rarísimos los adulterios, porque todos respetan mucho á las casadas.

Durante tres dias celébranse las bodas, y la gala ó punto de honor del novio consiste en la mayor prodigalidad de manjares, dulces y bebidas, convi-

dando al prolongado festin, no sólo á los gitanos del lugar, sino tambien á sus amigos y conocidos *busnós*, es decir, á los extraños á su raza.

Fácilmente se comprenderá que estas relaciones amistosas con los castellanos, como éllos dicen, pertenecen á épocas posteriores, pues en los primitivos tiempos de su aparicion en España vivian completamente aislados en sus aduares, en los bosques ó en los arrabales de las ciudades.

Allí encontraban modo de criar algunos caballos, mulos y jumentos, cuando no los recogian robados de otros puntos distantes, sobresaliendo maravillosamente en el arte de disfrazarlos de manera, que ni sus mismos dueños los conocian despues de su mañoso enmascaramiento.

Comprar, vender, esquilar, adquirir, cambiar, rejuvenecer y afanar bestias, ha sido siempre, no ya un oficio para los gitanos, sino inclinacion tan natural, constante y característica, que parece en éllos congénito é invencible instinto.

Otros se ocupaban en el oficio de herreros, en tejer cestos y canastas, en labrar gamellas y zuecos, y las mujeres, ancianos y niños dedicábanse á lavar las arenas auríferas, que en su curso arrastran los rios, y especialmente el Darro.

Cuéntase que los gitanos forjaron las balas de hierro que las huestes cristianas lanzaron contra los moros de Granada, durante aquel prolongado cerco.

Por entónces los bohémios disfrutaron de alguna

tranquilidad; pero muy luégo fueron acusados de ladrones, hechiceros, espías, incendiarios, envenenadores y antropófagos, suponiendo que robaban niños para devorarlos ó bien para exigir más tarde por éllos cuantiosos rescates.

Tambien las gitanas eran acusadas de sortilegios, de hacer mal de ojo, de que maldecian de Dios y de los Santos, de tener pacto con el diablo y de que practicaban la mágia negra, con otra porcion de culpas y delitos de este jaez, cuya credibilidad favorecian la ignorancia, supersticion y fanatismo de aquellos calamitosos tiempos.

Bajo el peso de estas acusaciones, los bohémios comenzaron á ser mirados con general aversion, y en su consecuencia, se les prohibió que estableciesen fraguas, que hiciesen herraduras, que fabricasen calderos y sartenes, que trabajasen en las minas, que se ocupasen en recoger pajuelas de oro, y por último, que traficasen en caballerías, prohibicion que sin duda fué para éllos la más penosa é insoportable.

No puede negarse que las costumbres, condicion é instintos de los bohémios eran muy poco favorables á la moralidad; pero tambien es necesario convenir en que las disposiciones legislativas fueron las más desacertadas y opuestas al fin que racionalmente debian proponerse, cual era el de atraerlos á la vida comun, regularizando sus ocupaciones y favoreciendo por todos los medios posibles el que se estableciesen con residencia fija y

que prestasen á la sociedad con su trabajo é industria el saludable concurso de su actividad sana, es decir, bien entendida y empleada.

Por desdicha, el mismo ensañamiento de las leyes dictadas contra los egipcianos en masa, léjos de producir aquel resultado apetecible, contribuyó, por el contrario, á desarrollar con más violencia todos los gérmenes de corrupcion y bandolerismo, que en sí entrañaba y contenia esta malaventurada y perseguida raza.

Desde últimos del siglo xv, en que se publicó la gran pragmática firmada en Medina del Campo, hasta fines del siglo xviii, es decir, durante trescientos años, los gitanos fueron víctimas de la persecucion más sañuda, cuyos efectos no podian ménos de ser contraproducentes, fomentando más y más el fraude, la astúcia, el ódio y todos los malos instintos de esta raza, que ya por sí sola era harto propensa á vivir del merodeo.

La citada pragmática disponia que « los egipcianos y caldereros extranjeros, durante los sesenta dias siguientes al pregon tomen asiento en los lugares y sirvan á señores que les den lo que hubieren menester, y no vaguen juntos por los reinos; ó que al cabo de esos sesenta dias salgan de España, so pena de cien azotes y destierro perpétuo la primera vez, y de que les corten las orejas y los tornen á desterrar la segunda vez que fueren hallados. »

Las mismas disposiciones en sustancia se adop-

tan por el emperador Cárlos V, renovando la pragmática de sus abuelos y ordenando que á la tercera vez que reincidieren, sean cautivos por toda su vida de los que los tomaren.

Felipe II en 1586 ordenó tambien que los gitanos no anden vagamundos, sino que vivan de estancia con oficios ó asiento, y se ponga ésto por capítulo de corregidores; y que igualmente ninguno de éllos pueda vender cosa alguna, así en ferias como fuera de éllas, si no fuera con testimonio signado de escribano público, por el cual conste su vecindad y el hogar donde viven de asiento, y las cabalgaduras, ganado, ropa y demás efectos que del tal lugar salieren á vender, bajo pena de que, lo que en otra forma vendieren, sea habido por de hurto, y éllos castigados como si real y verdaderamente constase haberlo hurtado.

Felipe III en 1619 ordena que salgan los gitanos de España dentro del término de seis meses, bajo pena de muerte; y que los que quisieren quedarse en el reino se avecindasen en ciudades, villas ó lugares de mil vecinos arriba, sin que puedan usar del traje, nombre y lengua de gitanos.

Felipe IV en 1633 reproduce la ley precedente determinando el modo y forma que en su ejecucion ha de guardarse, y facultando además á cualquiera que los aprehendiese vagando por los caminos para que los hiciese sus esclavos.

Parece increible que esta desventurada raza haya podido resistir á tan prolongada y tenaz persecu-

cion; y la historia de las precedentes disposiciones legales es la prueba más evidente y perentoria de que no basta que el poder mande ni el legislador prescriba, sino que es necesario tener en cuenta otras importantísimas consideraciones respecto á la condicionalidad social, para que lo preceptuado se cumpla y obtenga los fines propuestos.

Ahora bien; las mismas leyes que ordenaban que los gitanos tomasen asiento en los lugares y sirviesen á señores, que les suministrasen lo que *hubieren menester*, crearon precisamenie el protectorado que habia de impedir los efectos de la legislacion misma y salvar á la vez á los proscritos.

En efecto, el padrinazgo de los señores comenzó en el sentido religioso por sacar de pila á los hijos de sus patrocinados, dándoles sus mismos apellidos, y sólo así se explica el que muchas familias gitanas lleven los de Cortés, Mendoza, Fernandez de Córdoba, Heredia, Silva, Miranda, Montalvo y otros de las familias más ilustres de Castilla.

Fácilmente se comprende que el padrinazgo religioso, se convirtiese desde luégo en padrinazgo social, y que la hidalguía española y la caridad cristiana de consuno, impulsasen aún á los más ilustres y virtuosos caballeros á declararse protectores de sus ahijados y compadres, socorriéndolos en todas sus cuitas, é interponiendo su poderoso valimiento para libertarlos del castigo de sus fechorías.

Y hé aquí, sin duda, el orígen de ese padrinazgo, que en sentido más lato, es tan comun en España y más particularmente en Andalucía, donde las personas más poderosas y acaudaladas hacen ostentoso alarde y cifran su punto de honor en favorecer con todo su influjo á sus allegados, por más que éstos sean grandes bribones y famosos malhechores.

Resulta, pues, que la ferocidad de aquella persecucion contra los gitanos, fué templada por aquéllos mismos señores que las leyes les designaban como patronos, los cuales se consagraron á su defensa, ya por sentimientos caballerescos, ya por soberbia ostentacion de poderío, ya tambien por los generosos impulsos de la compasion y de la caridad, que inspiran á las almas nobles los grandes infortunios de los débiles, oprimidos por los fuertes.

Carlos II reprodujo en 1692 y en 1695 las mismas feroces leyes de sus antepasados, y prohibe á los gitanos toda clase de ocupaciones para ganarse el sustento, á excepcion del oficio de labrar la tierra; y precisamente en estas ordenanzas se confirman de una manera indubitable mis precedentes apreciaciones respecto al padrinazgo, supuesto que allí se establecen las más severas penas contra las personas de todas categorías y condiciones, así nobles como del comun, á cuyo favor, proteccion y ayuda se dice, que se debe la permanencia de los gitanos en España.

Felipe V en 1726 desterró de la córte á las gitanas que acudian á reclamar en favor de sus esposos, hijos y padres perseguidos ó presos; y en 1745 ordenó que todos los gitanos que se hallaren fuera de sus domicilios, tornasen á sus casas en el término de quince dias, y que de no verificarlo así, se les obligase por medio de la fuerza armada, llevando la crueldad hasta el extremo de prescribir que se les hiciese fuego áun dentro de los asilos ó lugares sagrados, si á éllos se refugiaren.

Tal fué el espíritu de la legislacion contra esta infortunada raza, hasta que bajo la inspiracion de las ideas liberales y humanitarias del último tercio del siglo XVIII, el gran Cárlos III promulgó en 1783 su discreta, sábia y generosa pragmática respecto á los gitanos, y cuyo carácter es diametralmente opuesto al sentido y tendencia de las leyes, que durante tres siglos habian prevalecido en España.

En efecto, segun dicha pragmática, ya no se considera á los gitanos como una raza maldita; ya no se les prohibe ocuparse en todos los trabajos permitidos al resto de los españoles; ya se los juzga como súbditos iguales á los demás, y sólo se les exige que no llevasen vestidos especiales, que no hiciesen público alarde de su dialecto, y se les recomienda que sean honrados en sus tratos y se sujeten, en cuanto les sea posible, al comun y honesto vivir de las gentes.

Léjos de imponer penas á los corregidores, al-

caldes, alguaciles y demás ministros de justicia que mediante cohecho prestaban auxilio á los gitanos, atenuando el rigor de las leyes, ó disimulando sus latrocinios, la pragmática de Cárlos III, por el contrario, imponia severas penas contra todos los que pusieren dificultades para que los gitanos ejerciesen sus oficios y entrasen en sus respectivos gremios.

Esta sola disposicion legal, contribuyó más en brevísimo tiempo á la moralizacion de los gitanos, que todos cuantos medios absurdos y violentos se habian empleado para el mismo fin por espacio de siglos.

Tan cierto es que la legislacion, independientemente y aparte del carácter particular de razas é individuos, puede suministrar por sí misma condiciones en extremo favorables ó adversas para el desarrollo moral de los hombres y de las naciones.

Ciertamente los gitanos, por su vida nómada, por sus instintos, hábitos, costumbres y por su misma condicion social, no ya de párias, sino de zíngaros, que como he dicho eran inferiores aún á aquéllos, á cuya circunstancia debe añadirse el desvalimiento propio de extranjeros, se hallaban en la situacion más desfavorable para vivir con regularidad y honradez; pero es necesario reconocer que la legislacion, léjos de contrariar sus funestísimas tendencias y naturales instintos, vino sólo á favorecer su desarrollo y manifestaciones con inevitable energía, colocándolos, por decirlo así, fuera

de la sociedad y en un estado permanente de guerra contra élla.

Pero los gitanos en su desventurada condicion, además de los ya mencionados padrinos, encontraron tambien otro género de proteccion más íntima y oculta; más no por eso ménos eficaz y constante.

Me refiero á las opulentas damas de Castilla, que no se desdeñaban de recibir con frecuencia en el retiro de su cámara á las gitanas para consultarles las recónditas penas de sus celos, y los medios de atraer nuevamente á su hogar y antigua ternura á sus maridos extraviados.

Tambien las pudorosas doncellas con gran recato y misterio, cuando se hallaban heridas del mal de amores, las consultaban en secreto, á fin de que les dijesen la buenaventura y les aconsejasen el modo y forma de mantener fieles á los amantes ausentes ó tornadizos.

Las gitanas proveian á todas estas exigencias muy á gusto y contentamiento de sus protectoras, porque dotadas de sutilísimo ingenio, penetraban al instante ó averiguaban de antemano todo cuanto les convenia saber para dar las respuestas más oportunas, satisfactorias y sorprendentes á las damas y doncellas, que consultaban su arte mágica de adivinar el porvenir con sus hechicerías y embelecos.

Diversos y por demás peregrinos eran los procedimientos que usaban las astutas y socaliñeras gi-

tanas, para corresponder á las diferentes pretensiones de celosas, enamoradas y estériles.

A las esposas desazonadas con sus maridos, les pedian primero un barreño, cuanto más grande mejor, luégo el aceite bastante para llenarlo, despues un espejo, dos velas de sebo verde, unas tijeras nuevas, y la gitana se hacía cargo de poner otro artículo más, que se necesitaba para la investigacion exigida, el cual era un enorme murciélago.

La sibila llenaba su barreño de aceite, colocaba en el fondo el espejo, clavaba las tijeras abiertas en el suelo, atando de una pata al avechucho con un bramante y sujetándole por el otro extremo á una de las anillas de las tijeras, y al punto de la media noche encendia las velas, que colocaba á los lados del barreño.

Entónces presentábase la interesada, á la cual le hacian ver á su marido en el espejo con disposiciones de enmendarse ó nó, segun le acomodaba á la gitana, la cual deducia principalmente sus augurios, de la conducta, por decirlo así, que observase el murciélago, pues si éste acosado por la bruja levantaba el vuelo y caia en el barreño, significaba que el marido no retrocederia en sus clandestinos y culpables amores.

En cambio era muy buena señal que el avechucho cayese en tierra; pero todavía era un signo de más favorable agüero el que arrancase las tijeras y no se zambullera en el aceite, porque ésto de-

mostraba con clarísima evidencia que la criminal pasion del esposo llegaria al fin y al cabo á desarraigarse de su pecho.

Excusado parece decir, que la única realidad efectiva y tangible que de todo ésto resultaba, era el quedarse la gitana con el aceite y demás efectos, amen de algunas monedas, que la celosa dama le ponia en la mano.

Estas enceladas y malcontentas señoras constituian la verdadera mina de las gitanas expertas y viejas, las cuales con mil sutiles, y á veces graciosísimas invenciones, alimentaban el fuego y las esperanzas de los celos y del amor de aquellas damas doloridas, á quienes alternativamente les hacian creer que sus maridos ó amantes, ya las dejaban por otras, ó que ya desengañados, volvíanse de nuevo al regazo de sus primitivos amores.

Con estos y otros embustes la clientela no se alejaba, y las bohémias hacian muy bonitamente su agosto.

Además de la industria ya dicha de cosechar aceite sin tener olivares, usaban otras infinitas que sería prolijo enumerar, para entretener á las afligidas y prolongar éllas por su parte la sonsaca.

En efecto, á las dueñas quintañonas que estaban enamoradas de mancebitos retrecheros ó de bigotudos galanes, tan gentiles como zahareños, les exigian de primera intencion alguna moneda de oro para comprar plomo, carbon y otros meneste-

res, á fin de hacer el milagro de la averiguacion que se reclamaba.

En seguida encendian muy buena lumbre, derretian el plomo en un cacillo de hierro, y cerrando la estancia por dentro, mandaban desnudar á la dueña y echaban en tierra el plomo ya liquidado, miéntras que la interesada, de aquella guisa y manera, se ponia á mirarlo con grande atencion y detenimiento, imaginándose ver en el hirviente metal maravillas.

La celosa nada veia; pero la bruja por cincuenta mil razones que allí le alegaba respecto á la figura, brillo y destellos del inerte plomo, sacaba en limpio que el amante andaba distraido; mas que no podia saberse todavía si era por causa de mujer ó de algun otro negocio, y que por lo tanto, eran necesarias otras prevenciones y remitir el sortilegio á otro dia.

Preguntaba la incauta dueña las prevenciones que se necesitaban, á lo cual respondia la bohémia con irresistible lábia, que hacía falta para la obra, como el agua de mayo, un ansaron, no importaba el color, con tal que estuviese muy gordo y tuviera muy buenas enjundias, media docena de gallinas negras bien criadas, un gallo blanco, que precisamente habia de tener un año, un cuervo ya enseñado á hablar y trece huevos que fuesen frescos del mismo dia; pero que en cuanto al cuervo, que era lo más dificultoso de encontrar, élla conocia á quien pudiera facilitar uno muy

bueno y muy bien enseñado, el cual lo alquilaria con mucho empeño y secreto nada más que por un doblon.

Despues de toda esta retahila, cuyo verdadero objeto fácilmente comprenderá el lector, la bruja exigia una prenda del amante ó esposo esquivo.

Con religiosa puntualidad tornaba la dueña el dia prefijado, despues de haber remitido todas las cosas reclamadas.

La bohémia cortaba inmediatamente las crestas de las gallinas, que iba echando en una escudilla, y allí las guardaba bien tapadas con una cobertera.

Luégo mataba el ansaron, le sacaba las enjundias y con éllas bruñía por dentro un orinal nuevo, y despues las dejaba en el fondo.

En seguida iba examinando muy cuidadosamente á la luz los huevos, hasta encontrar uno que estuviera engallado, el cual estrellaba dentro del orinal sobre las enjundias.

Entónces pedia la prenda del galan, calzas, jubon ó lo que fuese, y la ponia en el suelo y sobre élla colocaba el orinal, que dejaba tapado allí por un rato.

Hechas estas operaciones, ataba con una cinta de seda nueva al gallo de una pata y al cuervo de otra, y sacando las ensangrentadas crestas de las gallinas, las despedazaba y se las repartia en dos porciones iguales, poniéndose á considerar muy atentamente cómo se las comian el cuervo y el gallo.

La bohémia en tales casos fijaba sus agüeros, teniendo en cuenta cuál de las dos aves devoraba primero su pitanza, así como tambien si ambas reñian, y cuál de las dos quedaba victoriosa.

Todas estas indicaciones se confirmaban ó perdian fuerza con arreglo á lo que despues suponian ver en las enjundias, en la clara y yema del huevo depositado en el orinal, en donde, á su gusto solia demostrar la gitana á la dueña, que su amante estaba abrazado con otra, que tenía éstas ó aquéllas señas y hasta el color de su vestidura, ó bien por el contrario, le hacía ver tan claro como la clara del huevo, que su galan huia desdeñoso y enojado de su aborrecida competidora.

Si además el cuervo pronunciaba oportunamente una palabra alusiva al caso, que siempre era en el sentido que más á la bruja le placía, porque de antemano le tenía ensayado para las tales ceremonias, entónces la prediccion adquiria todos los grados posibles de certidumbre y evidencia.

A las doncellas enamoradas les echaban las cartas, anunciándoles buenas ó malas nuevas de sus galanes, segun á las bohémias convenia para sostener vivo el interés de aquellas consultas; ya les anunciaban el pronto regreso de Italia ó Flandes de los favorecidos amantes, llenos de mercedes y honores, y que al punto las pedirian por esposas á sus padres; ya pronosticaban á otras que amaban y sufrian en silencio, que muy luégo los galanes que no habian reparado en la pasion que inspira-

ban, habian de presentárseles rendidos y afectuosos; ya les daban polvos, amuletos, cédulas, nóminas y otros talismanes por el estilo para atraer cuanto ántes á la gamella matrimonial á los novios, con quienes todas las noches departian por rejas y postigos; en una palabra, las gitanas, con arreglo á tiempos, casos, lugares y personas, sabian predecir con inimitable tino á cada una lo que más pudiese acomodarse á su fin único, que era el de recabar permanente y buena colecta.

A las que por su edad demasiado juvenil estaban desamoradas, llamábanlas pimpollos y con almibaradas frases elogiaban su gentileza y les decian la buenaventura, asegurándoles que si llegaban á ser monjas, mandarian el convento, porque tenian en las manos muchas rayas infalibles de abadesas; pero que de venir á ser casadas, lo serian con un príncipe, ó por lo ménos con un duque, y á turbio correr, si se descuidaban, no faltaria algun viejo señor de vasallos que les diese su mano y las mimase, y á mal andar, si los años pasaban en devanéos, siempre habria algun vinculista ó capitan de caballos, que muy ufanos y satisfechos rendirian la cerviz al yugo.

Para las damas estériles tenian infinitos recursos de filtros, bizmas, pegotes y sobre todo *la raiz del buen varon*, de infalible virtud para promover la fecundidad, y estas señoras como las enceladas, eran para las bohémias, otra mina inagotable que éllas sabian explotar á las mil maravillas.

Si por acaso aquellos remedios faltaban, las bohémias no se veian atajadas nunca; pues entónces con rostro compungido, y mirándoles las rayas de las manos, decíanles que el remedio sería tardío y doloroso; pero que á la postre vendria, supuesto que segun señales evidentes, debian enviudar una vez ó dos, y que en los nuevos matrimonios, tendrian hijos á porrillo.

Dejo al buen juicio del lector las profundas y horrorosas perturbaciones é inquietudes, que semejantes pronósticos produciririan en la intimidad de la conciencia, en los más recónditos senos del amor conyugal y en el porvenir y sosiego de las familias.

Las bohémias ejercian las indicadas artes, no sólo con las principales damas, sino tambien con las mujeres del pueblo, á las cuales embaucaban y exprimian, haciéndoles creer que sabian curar á los niños aojados, quitar ahiterías y lombrices, encantar las cuartanas, sanar los riñones, ensalmar todas las dolencias, interpretar los sueños, conocer en la frente las inclinaciones de las personas, adivinar la suerte de cada uno por las rayas de sus manos, y por último, que además de ser saludadoras y ensalmadoras, eran tambien zahoríes que veían los tesoros y todo cuanto estuviese oculto, aunque fuese bajo de tierra, con tal que no lo cubriese paño azul; pues en este caso quedaba desvanecida su virtud y gracia.

Por lo dicho, se deduce que las bohémias hacian

tambien profesion de brujas ó hechiceras, que sabian descubrir hurtos, atraer voluntades, decir palabras ó conjuros de gran potencia para conseguir sus deseos y echar sueño á puñados sobre las personas, si bien no presumian de volar, ni de salir por las puertas del humo, ni de valerse de unturas, ni de tener sapito (1) en el ojo, como las del famoso aquelarre de Zugarramurdi.

Y hé aquí la ocasion oportuna de establecer las convenientes distinciones entre dos especies de brujería, que lastimosamente se confunden en antiguas crónicas é historias, y de las que tampoco tuvo muy claro conocimiento el Santo tribunal de la Inquisicion que sin andarse en repulgos de empanada, escrúpulos de monja, ni prolijas averiguaciones de sus respectivas prosápias, las medía por igual rasero, arrojando muy caritativamente sus prosélitas ó sectarias á las redentoras y purificantes hogueras.

En efecto, la brujería conocida por las hechiceras de las provincias vascongadas, era verdaderamente antidogmática y demoniáca por excelencia, supuesto que en el aquelarre (2) se les aparecia el diablo en figura de macho cabrío, el cual reclamaba de sus adeptos que ante todo renegasen de

---

(1) Pretendian las brujas vascongadas, que el demonio, con una especie de punzon candente, que parecia de oro, les marcaba en la pupila, sin dolor, un sapito, que servía de señal para conocerse los brujos unos á otros.

(2) Palabra que en vascuence significa *prado del cabron.*

Dios padre, de Jesús Nazareno y de la Vírgen María, y que en adelante sólo reconociesen por único señor al demonio.

A esta especie de brujería perteneció tambien la renombrada María Mola, natural de Búrgos, hechicera ó agorera, que habia estado en Mancebía, y que vivió en Madrid en una tienda de comestibles, procedente de un judío, en la calle actualmente denominada de la Gorguera.

La fama de sus hechizos se difundió extraordinariamente entre el vulgo, y por lo tanto, acudian muchos á su tienda, con especialidad las mujeres, para consultar á la célebre maga.

Sucedió, pues, que un religioso franciscano que estaba atormentado de crueles remordimientos, persuadido por un lego, fué á visitar á la bruja, la cual le condujo á un sótano, semejante al antro de una sibila, y allí le hizo creer que apareceria un ángel ó un demonio, si élla los evocaba; pero el fraile se negó á tal oferta, saliendo asustado de aquel tenebroso aposento, si bien muy convencido de que al dia siguiente al tiempo de celebrar la misa de cazadores, se le apareceria el ángel ó el demonio, segun le habia anunciado aquella endiablada mujer, que además le advirtió que por medio de una de estas visiones, comprenderia perfectamente el verdadero estado de su conciencia.

Al celebrar la misa muy de madrugada en el templo de San Francisco, el malaventurado fraile, que sin duda era muy supersticioso, al volverse,

vió un animal que trepaba por la cuerda de una lámpara con álas y cuernos, lanzando pavorosos silbidos; y bajo la impresion y recuerdo del pronóstico de la agorera, creyó ver al mismo demonio en persona, y cayó en tierra sin sentido.

Retiráronle de allí dos legos, y cuando volvió en sí, refirió el lance á su prelado; y de todo éllo resultó que María Mola fué ahorcada y cubierto de piedras su cadáver, por más que despues se supo, que el terrible demonio, que el preocupado fraile habia visto, era una inofensiva lechuza que trepaba por las cuerdas de la lámpara, no para sorberse el aceite, como el bandolerismo de los sacristanes ha hecho creèr á los incautos, sino para cazar los insectos que acuden á la luz, como la ornitologia y la cbservacion diaria lo demuestran, á despecho de todos los sacrismochos habidos y por haber, tan cobardemente confabulados para calumniar en su provecho al inocente género mochuelo, echándole el idem para cubrir sus oleósas rapiñas.

Desgraciadamente para la bruja, la exacta averiguacion del caso no pudo impedir su enforcadura y apedreamiento, si bien tuvo el privilegio de dar el nombre de su profesion á la calle, que desde entónces llamóse de la *Agorera*, y que más adelanle, confundido lastimosamente el vocablo, se trocó en el de la *Gorguera*.

Esta brujería militante, doctrinal, herética y activamente hostil á la fé cristiana, pudo tener su orígen en las tradiciones del perseguido paganis-

mo, en las supersticiones, aún no extinguidas de algunas tríbus de los bárbaros del Norte, en la oculta inquina contra el catolicismo de moriscos y judíos, violentamente conversos, en algunas asociaciones secretas que protestaban del único modo que podian, contra la opresion tiránica é insoportable del Santo Oficio, y finalmente, en la natural inclinacion á lo maravilloso y en la ignorancia propia de aquellos tiempos.

Es verdad que á la sombra de estas doctrinas y prácticas brujescas, se cometian muy punibles excesos, robando y matando ganados, destruyendo mieses, talando árboles, incendiando caseríos, vendimiando viñas y cogiendo frutos de toda especie, no sólo con el propósito de hurtar, sino tambien con el de satisfacer venganzas personales.

Pero la brujería de las bohémias no era sistemáticamente hostil al dogma, ni sus actos, en lo que pudieran tener de eficaces, obedecian al propósito de someterse al demonio, sino al de garbear lo que podian mediante la credulidad del vulgo y cierto conocimiento instintivo y acaso tradicional y originario de la India, de las leyes del magnetismo, supuesto que allí es conocido desde la antigüedad más remota, y hay magnetizadores que viven de este oficio y que son perseguidos por los mollahs ó magistrados.

Y es tan cierto lo que digo, que desde luégo se comprenderá que hacer mal de ojo, atraer voluntades, y echar sueño á puñados sobre las personas,

no son en ninguna manera obra de la brujería anti-cristiana de Zugarramurdi, sino hechos que hoy consideran como bien demostrados los apóstoles y partidarios del magnetismo.

La organizacion fisiológica de los gitanos es por otra parte muy favorable á la produccion de los fenómenos magnéticos, y hasta su misma vida errante contribuye maravillosamente á este efecto.

El gitano está dotado de una fuerza de resistencia imcomparable para soportar el influjo de la intemperie, ó sea el calor y el frio, que en las más diversas latitudes aguanta con impasibilidad pasmosa.

Robustos, gallardos, de agraciado porte, aunque de aire indolente, de tez morena y de ojos negros y brillantes como el azabache, éllos y éllas tienen el tipo más á propósito para ejercer la fascinacion magnética con increible fuerza y eficacia.

Además están dotados de sorprendente perspicacia y agudeza para conocer al punto el carácter de las personas; y así es fácil observar en éllas, al decir la buenaventura, que no le quitan ojo á la interesada para rastrear por sus ademanes y gesto la impresion que causan sus palabras y pronósticos, los cuales, con sagacidad extraordinaria y suma rapidez, cambian, modifican y amoldan á su gusto y conveniencia; así como tambien puede advertirse en éllos, al chalanear sus ventas y tratos, que al instante marcan y miden al penitente, guiñando el ojo y paliqueando con gran tino segun su

interés y el tipo y condiciones del marchante.

Las gitanas, de esbelto y airoso talle, de negros y lucientes cabellos como las alas del cuervo, libres y áun desgarradas en sus palabras y modales, si bien castas de hecho, parleras, graciosas, insinuantes, bailarinas y cantadoras, tenian facilísimo acceso entre todas las clases de la sociedad diciendo en las fiestas á cada caballero un chiste y á cada señora un agradable pronóstico, rapiñando en las tiendas cuanto podian, sonsacando en las calles lo que se presentaba, prometiendo á las hidalgas pobres herencias de tios en Indias, y, por último, vendiendo la *yerba de Satanás* á las que se habian resbalado y á toda costa querian ocultar las huellas de su tropiezo.

De aquí resultaba, que cuando se reproducia la persecucion, no solamente las ilustres damas, sino tambien las mujeres del pueblo, se convertian con el más vivo interés en solícitas protectoras de la gente gitana.

El ducado de Bohémia, porque éste no era reino como el de Túnia y Germanía, sustentaba relaciones íntimas con gandules, rufos y bailones, supuesto que todos pertenecian al Imperio comun de la Hampa, de modo que las gitanas eran muy frecuentemente consultadas por las marquisas, bien para que les dijesen la buenaventura, ó bien para rastrear por sus pronósticos el resultado de los procesos que les seguian á sus bravoneles, quienes se daban por muy satisfechos, si les predecian gura-

pas cuando éllos esperaban el finibusterre, aunque despues sucediese lo que la gura ordenase.

A su vez los bohémios se entendian perfectamente con los almiforeros, y unos á otros se traspasaban las trezas para desfigurarlas y desorientar en su persecucion á los vellerifes.

Tambien los gitanos se ponian de acuerdo con los padres de la manflota (1) y con los mayorales de Germanía para llevarles recados y avisos á los tropeleros; de suerte, que todas las esferas, por decirlo así, del vasto Imperio de la Hampa, se tocaban y entendian entre sí, por más que cada agrupacion mantuviese siempre la que pudiera llamarse su propia é individual autonomía.

Los bohémios tenian un jefe con autoridad omnímoda, al que denominaban duque, asistido de un consejo, compuesto de doce principales, un conde y diez caballeros.

El conde sustituia en las ausencias al duque, y en todo caso era el segundo en autoridad y mando.

Excusado parece decir que estas pomposas denominaciones fueron tomadas por imitacion á las costumbres de los países, en que á la sazon habitaban.

Por lo demás, estos duques sin ducado y estos condes sin condadura, por más que entre los suyos fuesen muy reverenciados y obedecidos, eran á los ojos de los españoles unos pobres diablos ó unos

(1) Mancebía.

pícaros de á folio como los otros de su raléa, de donde provino el refran que dice: «Tan honrado es el conde como los gitanos.»

Despues de la pragmática de Cárlos III se hizo proverbial entre éllos el dicho siguiente: *á liri ye crally nicobó á liri es calés*, que significa: *la ley del rey destruyó la ley de los gitanos*, aludiendo á que las tres prescripciones de su código, trasmitidas oralmente de padres á hijos desde tiempo inmemorial, se habian olvidado en algun modo é iban cayendo en desuso, porque ya los gitanos ricos no hacian tanto caso como ántes de los pobres, y que el espíritu de confraternidad se habia lastimado en gran manera con la benigna legislacion de aquel monarca.

Las tres prescripciones á que me refiero son las que siguen: «No te separes nunca del gitano; permanece fiel al gitano; paga religiosamente tus deudas al gitano.»

Y todavía se quejan muchos bohémios de que ya entre éllos se han perdido las antiguas y venerandas costumbres, diciendo con amargura que el egoismo se ha propagado entre los de su raza, como sucede entre los castellanos.

¡Desdichada humanidad! ¡Hasta entre esta desventurada gente, hay retrógrados y reformistas!

CAPÍTULO XXII.

LA BOTICA DE GALILÉA.

Los judíos existian desde muy antiguo en España dedicados al comercio y á la usura, y ya en tiempo de los visigodos eran envidiados por sus riquezas y áun perseguidos, bajo el pretexto religioso, y acaso á esta intolerancia se debió, como ya he indicado, la enérgica y activa parte que tomaron en la invasion sarracénica.

Además del tráfico y del préstamo dedicábanse muchos al estudio y profesion de la medicina, así como al conocimiento de plantas y drogas, y á la elaboracion de filtros, jaropes, mixturas y electuarios, que éllos mismos recetaban y vendian á los dolientes.

Esta profesion era casi exclusivamente hereditaria, y de padres á hijos trasmitíanse infinitos secretos más ó ménos mortales ó salutíferos, que sus poseedores guardaban con inviolable sigilo é increible constancia, y así vemos en las obras del infante D. Juan Manuel y en otros libros antiguos largas dinastías, por decirlo así, de médicos he-

bréos, que durante muchas generaciones ejercian su facultad en las más opulentas é ilustres familias cristianas, sucediéndose sin interrupcion el linaje de los galenos y de los clientes.

Estas mútuas y tradicionales relaciones, además del natural prestigio que ejerce el médico siempre sobre el enfermo, fueron una de las causas más poderosas, que lograron prevenir ó mitigar en muchos casos el rigor de las leyes contra los judíos.

Pero tambien es necesario convenir en que los reyes y magnates cristianos procedian con notable imprudencia al entregar su vida y salud y la de los suyos, precisamente á los mismos hombres, cuya persecucion ordenaban, aparte el inmenso abismo de animadversion, ódios y venganzas que ya de antemano dividia á unos de otros, supuesto que la gente popular nunca transigió con los perros judíos, que así los llamaban.

A tan imprudente confianza se debió, segun afirman algunos autores, la prematura muerte de Don Enrique III, envenenado por su médico llamado Almayr; y desde luégo se comprende, cualquiera que sea la exactitud de este hecho, la gran facilidad que tenian los físicos hebréos para perpetrar crímenes semejantes, supuesto que éllos mismos vendian los medicamentos.

Aun cuando los judíos no vinieron á España, como un pueblo conquistador, no por éso dejaron de aportar algunos elementos de civilizacion, pues que cultivaron con éxito, además de la medicina,

el estudio de la astronomía, como lo comprueba entre otros que pudieran citarse, el hecho de haber colaborado con el sabio rey D. Alfonso, los astrónomos de Toledo para la formacion de sus famosas tablas.

Tambien fundaron en España una escuela filosófica que tuvo dignísimos representantes, entre los cuales descolló por su vasto saber el célebre Maimónides, segun ya en otro lugar he indicado.

Los judíos, además, eran aficionadísimos á las ciencias ocultas y se preocupaban con extraordinario ardor de las maravillosas doctrinas de los cabalistas respecto á los números sagrados, á la astrología y á la mágia, que dividian en blanca y negra, segun eran benéficas ó maléficas las potestades invocadas.

Así sucedió que durante la Edad media los judíos ejercieron secreta y poderosa influencia con los reyes y magnates, ignorantes y supersticiosos, no ya por sus riquezas ó por sus conocimientos médicos y astronómicos, sino tambien por su saber en astrología judiciaria, mediante la cual levantaban la figura del horóscopo de los más importantes personajes, á quienes predecian á su gusto el porvenir ó síno.

Fácilmente comprenderá el lector por estas rápidas indicaciones que el *horóscopo* para los caballeros no era más ni ménos que la *buenaventura* para las damas, y que si bien el procedimiento era

diferente, ambas maneras de pronosticar halagaban el mismo instinto, por más que éllas se contentasen con las quirománticas predicciones de las bohémias, y que éllos necesitasen ó exigiesen el aparato más científico que á sus judiciarios embustes sabian dar los rabbís ó maestros hebréos.

Por último, los judíos contribuyeron tambien, no colectiva sino individualmente, al lustre de las letras españolas, cultivando nuestra lengua que aún conservan en otros países los descendientes de los hebréos expulsados de nuestra patria, como lo acreditan las obras del Rabbi Lon Santob, natural de Carrion, vulgarmente conocido por D. Santos; las composiciones de Juan Alfonso de Baena, y los fáciles versos de Anton de Montoro, á quien llamaban *el ropero de Córdoba*, porque en efecto lo era.

Igualmente cultivaron los estudios teológicos y morales, como lo prueban las obras del célebre Selomoh Halevi, quien ya de edad de cuarenta años se convirtió á la religion cristiana y fué bautizado con el nombre de Pablo de Santa María, y cuyos vastos conocimientos y elevacion de carácter fueron causa de que obtuviese el obispado de Búrgos.

Tambien su hermano Alvar García de Santa María y sus tres hijos Gonzalo, Alonso y Pedro se distinguieron por su noble aficion á las letras, como lo acreditan las muchas composiciones que de éllos se conservan en los antiguos cancioneros,

y el gran favor que gozaron en la córte de D. Juan el Segundo.

Baste lo dicho para demostrar hasta la evidencia que la raza judáica era por extremo vivaz, ingeniosa y rica en aptitudes y caractéres, y que si bien como pueblo no fué invasor ni pudo implantar en nuestro país su religion y costumbres, no fué, sin embargo, inútil ó estéril su contacto con nuestra raza.

Pero áun cuando es cierto que los judíos estaban dotados de las más poderosas facultades intelectuales, tampoco puede negarse que frecuentemente ofrecian tipos abyectos y crueles, no tanto por naturaleza, cuanto por el funesto influjo moral que en éllos ejercia la sed insaciable de oro, fomentando así, con indecible pujanza, la usura y la codicia, cuyos vicios constituian el rasgo distintivo y predominante de su carácter y conducta.

Los judíos, pues, se hicieron extraordinariamente odiosos á las naciones cristianas á causa de sus riquezas y de sus repugnantes contratos, cuyas condiciones eran por extremo usurarias y onerosas.

Bajo este aspecto, fuerza es convenir en que el prototipo más verdadero, real, viviente y comprensivo del carácter judáico, es el que nos presenta el génio creador de Shakespeare, en el personaje de Shylock, en su famoso é interesante drama EL MERCADER DE VENECIA.

Es el caso, que el judío Shylock odia mortalmente al mercader, porque presta gratis, y porque además censura sus operaciones excesivamente interesadas, llamándole con esa expresion que se ha hecho proverbial en todos los países para designar y maldecir la codicia y crueldad de los usureros, cual es, el calificativo de *perro judío.*

El mercader veneciano en un momento de apuro, necesita tres mil ducados para favorecer á un amigo, y lleno de generosidad y abnegacion, no tiene inconveniente en pedírselos al implacable Shylock, el cual con irónico gozo le responde: *¡Cómo! ¿Tiene dinero un perro? ¿Es posible que un perro pueda prestar tres mil ducados?*

El mercader no le hace caso, y ansioso de salvar á su amigo, no repara en condiciones, confiado tambien en que muy en breve han de llegar al puerto sus naves cargadas de inmensas riquezas, y que por lo tanto, no han de faltarle medios para cumplir su compromiso.

Pero Shylock, sediento de venganza, encubre su verdadero propósito bajo la máscara de la alegría y de la broma, y como en tono de chanza y dando á entender que quiere ser generoso con su enemigo, le propone que no quiere más interés ni ganancia por los tres mil ducados en un plazo de tres meses, que el derecho, ya que le llaman perro, á una libra de carne cortada del cuerpo del mercader en la parte que él designase, que fué en el pecho, junto al corazon, aunque insinuando

que todo era una humorada, y que desde luégo podia comprenderse, que nunca exigiria el cumplimiento de la condicion propuesta; pues que una libra de carne humana, valía para él mucho ménos que una de carnero, buey ó cabra.

El amigo del mercader, no obstante la necesidad en que se hallaba, se opone tenazmente á que tal compromiso se contraiga, pero el comerciante, burlándose del judío y de su peregrina idea, acepta el trato que se formaliza ante un notario.

Desdichadamente para el mercader, sus buques naufragan, llega el plazo y no puede pagar; pero el vengativo Shylock reclama con inexorable tenacidad el estricto cumplimiento de la obligacion firmada, y el malaventurado negociante se encuentra en gravísimo riesgo de sucumbir bajo la cuchilla del judío, que se dispone ante el tribunal supremo de Venecia, á cortar la libra de carne del cuerpo de su enemigo y en el sitio en que con más seguridad pudiera ocasionarle la muerte.

Por una série de interesantes alternativas, mediante las cuales se invoca tambien el más estricto cumplimiento de las leyes venecianas, el implacable judío, resulta cruelmente castigado y desposeido de sus bienes, de modo que al fin se libra el mercader, á quien se le entrega parte de la considerable fortuna del infame usurero por haber atentado contra su vida.

Shylock, pues, significa y representa el tipo más acabado del judío en las naciones cristianas,

durante el prolongado periodo de la Edad media; tipo en el cual puede advertirse la hipocresía refinada, el rencor implacable, la humildad aparente, la disimulada perfidia, la más sútil astúcia, la bajeza más repugnante y la más sórdida é insaciable avaricia.

Los judíos tenian destinado para su habitacion en las grandes poblaciones, un barrio llamado *la judería*, cuyo nombre consérvase aún en muchas ciudades de España; y allí tenian la sinagoga, viviendo con arreglo á sus leyes, usos y costumbres bajo la autoridad de su Sanhedrin ó consejo de ancianos, presididos por el Archisinagógo.

Pero áun cuando la masa colectiva de los judíos ó la inmensa mayoría de los individuos de su raza habitasen estos barrios separados, todavía pudieran citarse dos numerosos grupos, que eran la excepcion de esta regla generalmente admitida.

Me refiero, en primer lugar, á los judíos conversos, llamados de *señal*, los cuales vivian promíscuamente entre los cristianos, si bien llevando en el hombro un distintivo; y en segundo lugar, á la gente buscona, pedigüeña, zurcidora de voluntades, adobadora de doncellas y fabricante de cuantos filtros, ungüentos, jaropes, colirios y polvos se conocen, pregonan y venden para encubrir ó enmendar faltas corporales.

Esta buena gente habitaba fuera de la judería, en donde mejor le acomodaba, usando los disfraces y maneras de los personajes que le convenia

representar y ocultando siempre su procedencia; pues los judíos eran tan perfectos comediantes, que así vestian el traje del honrado mercader, como la sotana del clérigo, las galas del soldado y los harapos del buhonero.

El único móvil de su conducta era vivir á costa ajena, valiéndose de sus recetas, secretos, drogas, artificios, procedimientos y charlatanismo, diciendo más que sabian, y afirmando sus invenciones, promesas y embustes con notable astúcia y sutilísimo ingenio.

Es verdad que á la sombra de estas peregrinas habilidades, éllos no cometian generalmente más que hurtos ó estafas con sus mentiras y embaucamientos; pero tambien algunas veces perpetraban horrendos crímenes engañando maridos, produciendo abortos y vendiendo bebedizos y ponzoñas mortales para satisfacer venganzas.

Además vivian en íntimo contacto con rufos, coímes, gandules, marquidas, tropeleros, bohémios, hampones y demás gentes de la Bribia, á las cuales servian de anzuelo y capa, á fin de que sus cómplices pudieran llevar á cabo sus premeditados latrocinios.

Sería tarea poco ménos que imposible la enumeracion de sus pretendidas habilidades y maravillosos remedios, pues en el riquísimo catálogo de sus infinitas ofertas, habia cura y medicamento para cuantas faltas, deslices y dolencias pudiera inventar la imaginacion humana.

La botica de Galiléa, pues, extendia sus dilatados límites hasta un extremo portentoso y desconocido de la moderna farmacia, que tiene bien determinada su jurisdiccion y trazados sus medios propios y peculiares en el órden científico.

El boticario de Galiléa era universal y enciclopédico por naturaleza, desempeñando á la vez las funciones de médico, cirujano, dentista, peluquero, alquimista, herbolario, droguero, nigromántico, perfumista y aconchador de imperfecciones femeniles, ya visibles, ya ocultas.

Los judíos alquilaban habitaciones amuebladas para las mozas garridas, que por su talle, cara y gracejo, prometian segura y permanente ganancia, comprándoles además cuantas galas y joyas pudieran necesitar, á fin de poner más de relieve su hermosura, es decir, para aumentar el lucro de sus infames explotadores, cuyos esfuerzos y propósitos secundaban las judías, ejerciendo el oficio de las modernas peinadoras, y á mayor abundamiento, proporcionándoles cosméticos para las manos, aguas para tersar y embellecer el rostro, tinturas para los cabellos, polvos para los dientes, colirios para los ojos, pastillas para perfumarse, y por último, les pintaban oportunos lunares y con gracioso artificio les rapaban los pelos discordantes de las cejas, y segun las costumbres orientales, muy difundidas entónces en España, las sometian tambien á otros extravagantes, caprichosos é indecibles rapamientos.

La botica de Galiléa proporcionaba remedios para cierta enfermedad, á la sazon reciente, cuyo medicamento se componia del jugo de mandrágoras, de adormideras, de yemas de álamo blanco y de manteca, esto es, el ungüento generalmente conocido con el nombre de populeon.

Las hebréas vendian otro remedio para el mal de madre, que consistia en un cerote ó bizma compuesto de galbano, amoniáco, incienso, simiente de ruda y grana, y el cual colocaban sobre el ombligo de las pacientes.

A las preñadas, paridas y á las que por otro accidente cualquiera, les salia paño en el rostro, vendíanles á peso de oro un pequeño frasco que contenia un licor compuesto de zumo de limon, agraz destilado, jugo de sarmiento y otros ingredientes, con cuyo remedio afirmaban que al punto desaparecian el paño, las pecas y los barritos del cútis, añadiendo, que bastaba lavarse tres veces con aquel agua para quedarse, como nueva, la piel del rostro.

Estas judías embaidoras de incautos y de la muchedumbre del vulgo, eran muy estimadas de algunas familias poderosas por haber tenido aquéllas ocasion favorable de servirlas en cierta clase de negocios reservadísimos por su índole, y en los cuales se interesaban su honor, reputacion y buen nombre.

En efecto, las hebréas eran peritísimas parteras, al mismo tiempo que sabian reparar, al su decir,

cierta especie de estragos, áun llevados al último extremo; pero cuando los deterioros no habian sido tan fecundos en resultados y el daño era ménos grave ó más leve, la compostura ó lañamiento se les presentaba como empresa harto fácil y cosa muy corriente y hacedera; en una palabra, éllas sabian, ó presumian saber, que es lo que yo más creo, el modo y arte de aderezar y componer novias para el tálamo, como quien sabe bordar mantos para vírgenes; y en esta clase de haciendas solian desplegar las galiléas todas las sales de su ingenio, no ménos que las del alumbre ó del enjebe, así como tambien sabian dar muy á la perfeccion tono, verosimilitud y vivaz colorido al cuadro con una esponja empapada en purísima sangre de pichones.

Vendian además ólio de ruda para la sordera y de habas para suavizar los párpados, é infinito número de afeites, menjurjes, potingues y gatuperios para hermosearse y rejuvenecerse, y dientes de plata y de huesos de ciervo, que los judíos sabian colocar con toda la perfeccion entónces conocida.

Pero el principal artículo que para la boca vendian á un precio exorbitante, eran los famosos polvos del paraiso terrenal, que suponian traidos por los turcos de las orillas del rio Pison, ó del Gihon, ó del Hiddekel, ó del Eúfrates, y á cuyo preciadísimo dentífrico atribuian la maravillosa virtud de embellecerlos y asegurarlos hasta el dia del juicio.

Las judías, merced á sus habilidades, allegaban gran parroquia de mozas de manto de seda y pecadoras á lo escondido, y áun á lo piadoso, que entónces la frailería andaba muy empingorotada y pujante, y las afeitaban y embellecian con más esmero todos los sábados, á fin de que amaneciesen resplandecientes y vistosas los domingos, que era el dia de su más lucrativa labor, en vez de consagrarlo al descanso.

Además de esta clientela particular, reservada y flotante, las hebréas tenian la parroquia segura de las marquidas de la manfla, á quienes diariamente peinaban, hermoseaban y ponian presentables, gratas y olorosas, con sus afeites, depilatorios, sahumerios, filtros y estoraques; de suerte que la Mancebía era el punto central, donde cotidianamente poníanse en contacto y relacion todas las gentes de la Picaresca, desde los alumnos del tunéo hasta los mendicantes hampones, tramando allí sus fechorías ó citándose para más tarde en las bayucas de los bailadores (1).

Otra causa no ménos eficaz que las anteriormente citadas, del apoyo y proteccion que se les dispensaba á las galiléas, consistia en los secretos servicios que prestaban á los libertinos de profesion, ricos, influyentes y poderosos, que por su avanzada edad ó por sus abusos, encontrábanse imposibilitados de satisfacer sus groseros y brutales

(1) Taberna de los ladrones.

instintos, en la medida y con la frecuencia que éllos quisieran, y á los cuales proporcionaban mediante muy subido precio afrodisiácos, que estimulasen la inercia producida por el exceso de los placeres.

Tambien las más encumbradas señoras acudian á la botica de Galiléa para reparar su hermosura decaida ó ruinosa, á fin de retener en sus amorosas redes á galanes antojadizos ó veleidosos, y tal vez cansados de mojama ó que padecian del cólico más insoportable, cual es la indigestion diaria de un manjar repugnado é indiscretamente repetido.

Igualmente otras damas consultaban á las judías el modo mejor y más seguro de quedarse embarazadas, y con este motivo, además del consabido emplasto sobre la region lumbar, les recetaban mil y mil procedimientos y cosas tan peregrinas, que no están en el mapa, ni son para escritas, por más que nada tuviesen de impracticables, con lo cual las consejeras hacian su negocio, no tanto por las dádivas de presente, como por el censo que imponian sobre la bolsa de las aconsejadas, cuyos más íntimos y peligrosos secretos habian sorprendido.

Pero entre todos los filtros, bebedizos, aguas, aceites, esencias y solimanes que las galiléas vendian á las damas para embellecerse ó inspirar amores, ninguno les producia tanto como el celebrado *licor de las culebras cervunas del mes de Mayo.*

En efecto, ninguna dama, verdaderamente elegante en aquella época, podia pasarse sin este fa-

moso licor, que era el artículo más buscado en la botica de Galiléa, y por el cual exigian crecidísimo precio, pretestando que no podia fabricarse más que con las culebras de dicha especie, cogidas en el mes de Mayo, que es cuando los tales animalitos, segun afirmaban, están en celo y contienen la plena sustancia y maravillosa virtud de embellecer el rostro con tan grande eficacia, que quien se lavase cara y cabeza con el licor destilado de éllas, nunca llegaria á envejecer; ántes bien su cútis adquiria con el tiempo mayor tersura, conservando las ventajas inapreciables de la mocedad en todo y para todo.

Juzgo que baste lo dicho para dar una muestra ó especímen de la botica de Galiléa, tan renombrada en los fastos de la Bribia.

El carácter distintivo de las razas no se pierde jamás, por diversas ó contradictorias que sean sus manifestaciones; quiero decir, que los judíos pícaros, entre tanta multitud de bribones conservaron siempre sus rasgos peculiares y característicos, hasta dentro de los dilatados límites de la Picaresca.

Los pícaros de raza judáica no hacian en sustancia más que imitar la conducta de sus hermanos más opulentos, sábios y favorecidos de la fortuna, con la diferencia de que si los unos eran médicos, astrólogos y mercaderes, en el mejor sentido de la palabra y en relaciones con la buena sociedad, los otros eran curanderos, embaucadores y mercachi-

fles, en el sentido de la Picaresca, y en íntimo contacto con todas aquellas agrupaciones maleantes, viciosas, criminales y enemigas de la sociedad entera, que formaban los diversos círculos del abismo social de la Hampa.

Y así como los hebréos que habitaban en la judería estaban mandados por el Sanhedrin, bajo la presidencia del archisinagógo, así tambien los judíos pícaros obedecian á un jefe supremo, llamado duque de Galiléa, que solía ser peritísimo en la confeccion de toda clase de pócimas, potingues y mixturas.

Sólo me resta añadir, que la botica de Galiléa proveia á los hampones de todos los simples y compuestos que necesitaban, así para sus crímenes, como para sus marrullerías, desde la ponzoña que daba la muerte, hasta el cáustico que producia la llaga fingida del mendigo.

La Hampa era, pues, un organismo completo; pero monstruoso, porque en sí contenia una organizacion social con todos los elementos de vida, que la voluntad humana puede prestarle; mas la deformidad horrible consistia en que lo que resultaba organizado, era el MAL.

¡La botica de Galiléa era la única farmacia digna de aquella sociedad truncada!

CAPÍTULO XXIII.

LA HAMPA.

Llegamos por fin á ese mundo maravillosamente complejo y sombrío, que en nuestro país se llamó la Hampa, especie de infierno social en que se agitaban, como espíritus de tinieblas, todas las almas despeñadas en los profundos y tenebrosos abismos del crímen, ya por fatalidad indescifrable, ya por ignorancia invencible, ya tambien por satánica perversidad, libremente querida y practicada.

La Hampa era el lugar más bajo de la sociedad humana, el cenagoso y hediondo lago á donde venian á confluir todas las turbias y ponzoñosas corrientes que se desgajan de la mala voluntad y de la fatídica desventura de los hijos de la tierra.

Allí venian á parar los desheredados de toda especie, niños desvalidos, hombres lisiados, mujeres perdidas, criminales contumaces y razas enteras, marcadas en la frente con el ominoso y humillante sello de la maldicion social y de la ignominia irredimible.

En aquel mundo aparte de vicios, mendicidad y holgazanería, estaban monstruosamente pervertidas todas las nociones del órden moral, es decir, del órden humano, y con razon podia llamársele el verdadero mundo *al revés*, supuesto que allí únicamente eran consideradas como virtudes respetables y heróicas el robo, la prostitucion y el asesinato.

La extraña y heterogénea poblacion hampona estaba formada por moriscos, negros, mulatos (1), gitanos, judíos y por todos los hijos de perdicion de todas las razas y de todas las naciones.

La Hampa era, pues, la realizacion histórica de una especie de horrible pandemonium sobre la tierra; una nueva y gigantesca Babel, donde se hablaban todas las lenguas del mal, con la espantosa diferencia de que si en la antigua confusion los hombres no se entendian, allí todos los instintos maléficos y perversos se concertaban admirablemente para perpetrar el crímen, única y lamentable aspiracion en que coincidian con funesta unanimidad todas aquellas conciencias deformes, envilecidas y depravadas.

En aquel tenebroso antro, nidal de ponzoñosos reptiles humanos, veíanse malvados de todas clases y categorías, tunos, germanos, bohémios, galiléos; bandidos de todas las naciones, españoles,

(1) De éstos habia muchos, y algunos se dedicaban á ser maestros de armas de los rufianes, y á su conjunto le decian la *Mulatesca*.

portugueses, italianos, franceses, alemanes, polacos, húngaros; criminales de todas las religiones, musulmanes, cristianos, judíos, idólatras; séres perversos y depravados de todas castas, condiciones y tipos; lisiados de todos aspectos y hechuras, vivientes deformes, rastreros, zarrapastrones, hidrópicos, purulentos, potrosos, patituertos, corcobados, leprosos, rengos, descoyuntados y con todas las formas posibles de la monstruosidad, artificialmente fabricada ó fingida por la astúcia para vivir á la sombra del crímen y de la estafa, y tambien para sustraerse más fácilmente de la persecucion de la justicia, mediante aquellas súbitas, inopinadas é inverosímiles trasfiguraciones.

Toda esta gente contrahecha y falsificadora de manquedades, cegueras, mudeces, llagas y tullimientos, estudiaba, con tanta prolijidad como sutileza, los principios de su arte petitoria y el modo más atinado de dirigirse á las diversas clases de personas, variando, segun éllas, el tono de la voz y el texto y razones de sus arengas.

Los hombres, con arreglo á las máximas hamponas, no gustaban de plagas y lamentos, sino de una demanda sencilla, lisa y llana por el amor de Dios, miéntras que las mujeres eran muy sensibles á que en su favor se invocase el patrocinio de la Vírgen María para que encaminase todos sus negocios y esperanzas á buen puerto y las librase de pecado mortal, de falsos testimonios, de poder de traidores, de malas lenguas y de ingratitudes, con

cuya astuta retahila, vehementemente pronunciada, les sacaban abundante colecta.

Su astucia, primor y delicadeza, en este linaje de observaciones, llegaban hasta el maravilloso extremo de prescribir y enseñar al mendicante cuántos bocados y cómo los habia de dar en el pan que de limosna recibia, á fin de mostrar su hambre devoradora; cómo lo habia de besar y guardarlo para expresar su agradecimiento; qué gestos habia de hacer; los puntos que habia de subir la voz; las horas á que habia de acudir á cada parte; en qué casas habia de entrar hasta la cama, comedor ó cocina; y en cuáles no pasar de la puerta ó escalera; á quiénes podia importunar sin reparo; y á quiénes debia pedir una sola vez; con otras disposiciones y preceptos, tan bien concebidos y pensados, que maravillaban por la sagacidad, penetracion é ingenio que en éllos se advertian, á la par que con tales prácticas aseguraban, sin falencia, el éxito de su propósito único, que era el de vivir libres, francos, contentos, sin trabajar y sin cuidados.

Como ya he dicho, bajo muy diferentes aspectos y sentidos, las razas y las naciones se distinguen por sus facultades y procedimientos, no sólo en su manifestacion benéfica, progresiva y civilizadora, sino tambien en sus actos contradictorios á éstos, en cuanto se refieren á la Bribia y al Bandolerismo.

Así es, que los criminales, como los pícaros de cada nacion, afectan un carácter particular y pro-

pio, lo mismo en la perpetracion de los delitos que en sus bribiáticas manifestaciones.

Y concretándome á la mendiguez hampona, diré que cada nacion tenía su método especial de pedir que las diferencia y caracteriza.

En efecto, los moriscos acostumbraban pedir cruzando los brazos y haciendo zalemas; los judíos salmodiando y casi postrándose de hinojos; los gitanos acariciando con graciosa parla; los portugueses lloriqueando; los italianos pronunciando enfáticamente largas y pomposas arengas; los franceses rezando; los alemanes cantando en familia ó en tropa; los polacos con pocas palabras y expresiva gesticulacion; los húngaros haciendo numerosas y profundas reverencias; y los españoles con bravatas y bruscos modales, cuando van desarmados, mas si llevan armas las exhiben con aire siniestro, si bien entónces piden con gran cortesía y dulzura en las palabras.

El hampon era un sér verdaderamente maravilloso y digno del más atento estudio bajo todos conceptos, político, social, económico, moral, psicológico y fisiológico; era además un sér extraordinariamente vivaz, ladino, complejo y múltiple, que se acomodaba á todas las situaciones, y como Protéo, sabía tomar todas las formas.

En este sentido, pudiera decirse, que cada hampon entrañaba y contenia indefinido número de personalidades, atendida su prodigiosa facilidad de trasformarse en viejo, manco, tuerto, cojo, tullido,

mudo, aireado, perlático, potroso, epiléptico, endemoniado, beato, fraile, ermitaño, estudiante, soldado, buhonero, sacristan, campesino, caballero, segun el papel que le tocaba representar en las escenas de la Bribia; y bajo este aspecto el númen hampon nada tenía que envidiar al génio imitativo de los más célebres actores como Garrik, Súllivan, Talma y Maiquez.

Estas súbitas trasformaciones fueron el orígen de que en Francia se designase con el nombre de *Córte de los Milagros* al recinto habitado por los hampones, porque en llegando allí, en efecto, los cojos saltaban como gamos, los ciegos veian como linces, los corcobados se trasformaban en pinos de oro, los potrosos se convertian en esbeltos mancebos, los mudos charlaban como cotorras, los mancos agitaban muy sanos sus dos brazos, los aireados bailaban en el cotarro como energúmenos, los tullidos corrian como liebres, y los viejos, trémulos y encogidos, se trocaban en forzudos jayanes.

En las principales ciudades de Europa existia organizada la Hampa, bajo la obediencia de sus mayorales, jefes supremos ó archihampones, de donde provino la palabra archipámpano, y no sería imposible trazar una curiosa dinastía de estos singulares gobernantes ó caudillos de pícaros, desde el renombrado Micer Alberto Morcon, residente en Roma, archibribon y gran príncipe de poltronía de toda la cristiandad, hasta el famoso Palomares, ar-

chipámpano de Sevilla, ó sea sumo imperante de la Picaresca ó Hampa en España.

Tiénese muy generalmente admitido el concepto de que archipámpano es el nombre jocoso y burlesco de una dignidad imaginaria, y así lo enseña el Diccionario de la Academia, sin fijarse en la etimología que á dicha palabra le atribúyo, cuando además, la circunstancia de usarse siempre la locucion de archipámpano de Sevilla y no de otra parte, indica suficientemente lo que es una verdad histórica muy bien averiguada, á saber: que Sevilla fué la capital, centro, flor, nata, cifra y compendio de la Picaresca en España, y que allí alcanzó cumplida organizacion, como lo demuestra el inmortal Cervantes, y, que por lo tanto, en dicha ciudad residian los archihampones, cuyo vocablo corrompido vino á degenerar en archipámpanos, tal vez por la secreta simpatía y analógica relacion que sin duda encontrarian los hampones entre pámpanos, uvas y vino y sus respetables mayorales ó jefes, á quienes tambien los antiguos romances picarescos nos pintan como verdaderos archizaques.

El archipámpano, sin perjuicio de sus frecuentes y secretas excursiones, residia generalmente en el corral llamado de los Naranjos en Sevilla, así como el mayoral de la Hampa en Madrid tenía casa propia en la plaza de Santa Cruz.

La poblacion hampona era esencialmente nómada y movible, ya para vivir con mayor comodi-

dad y holgura sobre el país, ya para sustraerse á la persecucion de que frecuentemente sus individuos eran objeto.

Por lo demás, en todas las ciudades y villas de España, los hampones tenian su albergue en algun edificio ruinoso, en las barbacanas de las murallas, ó al abrigo de algun monasterio situado extramuros, y en otros puntos semejantes, donde por obligacion y ordenanza, despues de su diario mendiguéo y colecta, reuníanse de noche, aportando cada cual un haz de leña, y allí establecian su rancho, siempre bajo la autoridad del más anciano, refiriéndose sus aventuras y comunicándose recíprocamente sus habilidades y sus observaciones respecto á los conventos, hospitales y casas ricas de los lugares del contorno, en donde se repartia sopa ó limosna.

En aquellos tiempos, en que la mendicidad era libre y permitida, una vez terminado el pedigonéo en una poblacion, ó evacuadas las comisiones que sus jefes les habian confiado para entenderse con tropeleros ó bandidos, para espiar la conducta y pasos de personas determinadas y otras análogas averiguaciones, por iniciativa suya ó ajena, para fines criminales, los mendigos se trasladaban á otros pueblos, recorriendo así la nacion entera, sirviendo de capa de ladrones siempre que podian, y viviendo alegre y anchamente á costa de la piadosa credulidad del vulgo y á la sombra de sus fingidas llagas y lisiamientos.

En las principales ciudades donde la Hampa tenía cotarros y mayorales, éstos se entendian con carácter de autoridad superior con los jefes de los demás círculos y departamentos de la Picaresca.

Pero la córte hampona en toda su repugnante amplitud y siniestro esplendor estaba en Sevilla, la cual adquirió vitalidad, animacion y movimiento sorprendentes despues que se hubo descubierto el Nuevo Mundo, y á consecuencia de haberse establecido en dicha ciudad la famosa Casa de contratacion ó tribunal de Indias.

Desde entónces las flotas iban y venian constantemente, fomentando el comercio de todas las naciones ménos el de la nuestra, que, abriendo nuevas vías para la contratacion á todos los países, élla sólo se limitaba, con deplorable ignorancia, á traer cargados de oro sus galeones, imaginándose insensatamente que la verdadera riqueza consistia en el vil metal y no en el trabajo productivo del hombre, y sin advertir las desastrosas consecuencias que semejante obcecacion habia de acarrear más tarde en el órden moral y económico, fomentando así, sin saberlo ni quererlo, la vanidad, la holgazanería y el bandolerismo.

Sevilla, pues, llegó á ser el emporio del comercio con las Américas, y, por lo tanto, su poblacion aumentóse de un modo extraordinario con todas castas de gentes, hasta el extremo de que sin duda por entónces hubo de inventarse, acaso por

los pícaros, la sabida locucion: *Quien no ha visto á Sevilla, no ha visto maravilla.*

En efecto, allí acudian mercaderes, cambistas, aventureros, tahures, mozas perdidas y caballeros de industria de todas razas, sectas y naciones, moros, moriscos, judíos, griegos, turcos, bohémios, venecianos y genoveses; de suerte que á la llegada ó salida de las flotas, la ciudad semejaba una verdadera Babilonia, en donde se confundian y codeaban frailes, canónigos, sopistas, clérigos, caballeros, magistrados, capitanes, soldados é ilustres damas, con marineros, galeotes, valentones, gandules, mandracheros, traineles, cicateruelos, rufianes, gitanas, galiléas, mendigos, bandidos, rateros, rameras sin rebozo, daifas rebozadas y zurcidoras de voluntades de toda laya y porte, que ya en la Mancebía pública, ya en sus tiendas particulares cobraban el almojarifazgo á los mareantes y mercaderes que llegaban ó salian, desocupándoles bonitamente las bolsas en cambio de recuerdos molestos, que más tarde solian producirles fatigas y sudores de muerte.

En los cotarros de la Hampa, que tan satisfecha y boyante se encontraba en Sevilla, porque allí se le ofrecia dilatadísimo campo y numerosas coyunturas para ejercer sus flores y habilidades á todas horas, ocupábanse de noche los hampones en aleccionarse recíprocamente en el arte largo y difícil de fingir lepra, hacer llagas, hinchar piernas, tullir brazos, demacrarse el rostro, aparentar ce-

gueras, ribetearse los ojos, simular hidropesías, inventar cojeras de todas figuras, vestirse de vejez, alterar todo el cuerpo, fabricarse costras, colgarse los piés del cuello, torcerse la cabeza, engarabitar las manos, producir hérnias, hilvanar jorobas, descoyuntarse de una manera inconcebible, y otros curiosos, insospechables y sorprendentes primores de la facultad hampona, á fin de que nadie pudiera decir á los bribones que trabajasen honradamente, supuesto que tenian remos, edad, salud y fuerzas para éllo.

Tambien los farmacopéos judíos daban lecciones y recetas para producir con escrofularia y sangre de carnero las llagas más perfectas, seductoras y capaces de convencer de su autenticidad á los más incrédulos y empedernidos; para teñir el rostro de color de gualda, figurando padecer cuartanas ó hallarse atacados de ictericia, y para simular accidentes de alferecía con horrorosas convulsiones y echando espumarajos por la boca, en virtud de mascar una corteza ó astilla de palo saponario.

Los sages de la botica de Galiléa, como ya he indicado, proveian á los hampones de todos los ingredientes que necesitaban para sus engañosas dolencias, además de aleccionarlos con gran tino en los diversos síntomas que debian afectar, según los casos.

A su turno, los viejos hampones enseñaban á los rapaces las más sábias máximas petitorias, advirtiéndoles que en llamando á una puerta dos veces,

ó no estaban los dueños en casa ó no querian estar, y que, por lo tanto, pasasen de largo para no perder tiempo; que no abriesen puerta cerrada, sino que pidiesen desde la parte de afuera, para que no les mordiesen los perros, ni cometiesen indiscreciones que provocan el enojo, atraen palos ó injurias, y ahuyentan siempre la gana de dar limosna; y, por último, que no se riesen ni mudasen de tono cuando pidieren, sino que procurasen imitar voz de enfermo con dolorido semblante, ojos llorosos, baja la cabeza y ademan humilde, inofensivo y santurron, aunque luégo en el cotarro levantasen el grito, alzasen el gallo, diesen puñadas y prorumpiesen en horrorosas blasfemias.

Igualmente les enseñaban máximas de higiene y conducta poltronesca, prescribiéndoles que llevasen consigo escudilla de palo, zurron ó morral, y calabaza para vino, de manera que no se les viese; que jamás cometieran la torpeza ni diesen el escándalo de comprar confites ni conservas, y que á todas las comidas les echasen pimienta; que durmiesen vestidos en el suelo, y que por las mañanas se restregasen el rostro con un paño ántes liento que mojado, para no salir ni limpios ni súcios; que echasen remiendos en los vestidos, aunque fuera sobre sano y de color diferente, porque los remiendos son las verdaderas galas y el caudal seguro de los discretos haraganes; que hecha la costa del dia ninguno trabajase ni pidiese, porque lo contrario sería dar muestras de afan insensato y

vil codicia; que á donde fueren bien recibidos acudiesen cada dia, porque aumentando la devocion se aumentaba la limosna; y, por último, que no dejasen de pedir á cuantos en su camino hallasen, cumpliendo así lealmente su profesion, y sin arredrarse nunca por las displicencias, negativas ó enojosas palabras que les dijesen, sino que siguieran demandando con impasible insistencia, supuesto que es verdad muy acreditada por la experiencia que *pobre importuno saca mendrugo.*

Además ensayaban entonaciones patéticas, visajes conmovedores, palabras lisonjeras, ademanes insinuantes, apóstrofes, lamentos, invocaciones, rezos, canturias y gemidos capaces de conmover pechos de roca.

Veíanse allí romeros, beatos, peregrinantes, camanduleros, tunos, sollastrones de la leonera, trapaceros y farsantas de la farándula, rodeando al rey de Túnia; rufos, tropeleros, jaques, bravos, jayanes, cherinoles, jóvenes pencurias (1) y viejas rabizas (2) escoltando al rey ó gallo de Germanía; malandrines, cuatreros, disfrazadores de trezas (3), grodogopos (4), danzarinas, cantadoras, agoreras, decidoras de la buenaventura, condes y caballeros gitanos, acompañando al gran duque de Bohémia; mercachifles, prenderos, astró-

(1) Mujeres públicas.

(2) Mujeres de Mancebía tenidas en poco.

(3) Caballerías.

(4) Estropeados.

logos, herbolarios, farmacopéos, afeitadoras y potingueras judías, formando la comitiva del duque de Galiléa; y todas estas agrupaciones, mezcladas y confundidas con pordioseros, cortabolsas, mandilejos, espías y coberteras de todos los crímenes, ladrones de toda especie, facinerosos de todas marcas, tunantes de todos calibres, birladores de todas cuantías, viejos en todo linaje de levas y trampas, viejas traficadoras en toda clase de pecados, mozas del partido, mendigas del uñate, poltrones de todas tallas, pícaros de todas estofas y hampones de todas castas, escuchaban, obedecian y acataban con profundo respeto al archihampon ó archipámpano, que se ostentaba en su cotarro como un general ante su ejército, como un rey sobre su trono, como un emperador en su imperio.

La organizacion de los diversos y vastos dominios de la Hampa, no fué una obra improvisada, sino lenta, sucesiva y que se fué verificando al mismo paso y compás que las sociedades modernas adquirian una constitucion más vigorosa para reprimir y castigar los abusos, excesos y atentados de la feroz violencia ó de la fuerza bruta, única y primitiva forma del Bandolerismo, es decir, de la Hampa, exclusivamente armada y belicosa.

Así, pues, la legislacion hampona tuvo numerosas trasformaciones, vicisitudes y enmiendas, segun los tiempos y el carácter, cualidades y temperamento de los archipámpanos, y como dice el célebre Mateo Aleman, con no ménos exactitud

que donaire, el conjunto de aquellas ordenanzas y leyes pudiera compararse *con otra Nueva Recopilacion de las de Castilla.*

Consta con innegable certidumbre que los hampones tenian máximas y ordenanzas secretas ó solamente conocidas de los principales bribones, y por lo tanto sería muy aventurado consignar los términos concretos en que las formulaban; pero me parece tan razonable como verosímil creer que no las escribian, sino que los superiores las iban comunicando verbalmente á sus inmediatos á medida que ascendian en la facultad picaresca; pues desde luégo se comprende que el contenido bribiático de las tales máximas y ordenanzas debia ser muy poco edificante bajo el punto de vista moral, y harto comprometedor y peligroso, por añadidura, si por acaso cayeran escritas en poder de los tribunales.

Esta sola consideracion es decisiva y basta y sobra para explicar satisfactoriamente el hecho de que las ordenanzas públicas de la Hampa, que se han conservado, aparezcan inofensivas, así como tambien el que únicamente se refieran á la poltronia pedigona, y en ningun modo á los tropeleros ó salteadores de caminos, ni á los bailones de Germanía, ni á los robos de los gitanos, ni á las ponzoñas suministradas por los judíos, ni á ningun acto que pudiera calificarse de criminal, y que por lo tanto debiera ser objeto de persecucion y castigo.

Pero la inteligencia y el acuerdo existian entre

todos los diversos círculos de la Picaresca, no sólo para preparar y cometer robos y crímenes de toda especie, sino tambien para ocultarlos, favoreciéndose unos á otros y repartiéndose el fruto de sus maldades en proporcion á la parte que cada uno habia tomado y con arreglo á las respectivas categorías hamponas.

En este vasto imperio se observaba la más completa fraternidad, y los individuos de las diferentes agrupaciones guardaban entre sí todo linaje de miramientos, á la par que la iniciativa de cada uno, iniciativa funesta, porque siempre se dirigia al mal, estaba al servicio de todos.

Así, pues, lo que se concebia por unos se llevaba á ejecucion por otros, si los autores del proyecto no podian realizarlo; pero de todas maneras es indudable que la famosa ley de la division del trabajo, nunca ha tenido una aplicacion más variada, más constante ni más lamentablemente fecunda, que en las tenebrosas regiones de la Hampa.

En efecto; el camandulero husmaba en ciertos círculos de la sociedad beata, el tuno atisbaba ocasiones propicias para dar buenos golpes, y ambos venian á comunicar sus observaciones á los mayorales germanescos, los cuales disponian el modo y forma de llevarlos á feliz cima con la gente más útil y acomodada para el intento, valiéndose desde los tropeleros hasta los apaleadores de sardinas ó galeotes cumplidos ó desertados, segun la índole y circunstancias que el negocio requeria.

Además de estos golpes que podian atribuirse á su propia iniciativa, los camanduleros y los tunos solian servir como de corredores, llevándoles servicios ó negocios lucrativos á los mayorales de la Rufianesca, los cuales se encargaban de complacer por su estipendio á los interesados.

En la Hampa todos eran útiles para hacer á la sociedad guerra á cuchillo y sin tregua, supuesto que camanduleros, tunos, germanos, bohémios, judíos, moriscos, mulatos, mendigos, hombres, niños, mujeres, viejos, sanos y lisiados, eran otros tantos iniciadores, planistas, negociantes, farautes, caporales, corredores, espías, cómplices y ejecutores de apaleamientos, cuchilladas, robos, incendios, secuestros, sacrilegios, asesinatos y envenenamientos.

Pero debo advertir que los judíos, además de su cualidad general de pícaros, desempeñaban en la Hampa muchas y muy diversas funciones; pues no sólo aderezaban bajo las más variadas formas narcóticos y ponzoñas, sino que tambien eran los mercaderes y compradores á bajo precio de todas las ropas, prendas, alhajas, joyas y objetos robados por los bribones de toda especie, manifestando así las nativas tendencias de su raza y de su carácter ganguista, usurero y avariento.

En suma, debo decir que la Hampa constituia una sociedad completa y que todo estaba en élla previsto y ordenado, incluso el derecho de propiedad intelectual, como lo demuestra uno de los ar-

tículos de sus ordenanzas públicas referentes á la mendicativa y que dice así:

«Que ninguno descorne levas, ni las divulgue, »ni brame al que no fuere del arte, profeso en élla; »y el que nueva flor entreveráre, la manifieste á »la pobreza para que se entienda y sepa, siendo »los bienes tales comunes, no habiendo entre los »naturales estanco. Mas por vía de buena gober- »nacion, damos al autor privilegio que lo utilice »por un año y goce de su trabajo sin que alguno »sin su órden lo use ni trate, pena de nuestra in- »dignacion. Que los unos manifiesten á los otros »las casas de limosna, en especial de juego y partes »donde galanes hablaren con sus damas, porque »allí está siempre cierta.»

Por lo demás, fácilmente se comprende la causa de que los archihampones mandasen escribir y publicar las Ordenanzas mendicativas, la cual consistia no sólo en que el contenido de éstas era inocente ó nada peligroso, sino tambien en la necesidad perentoria é ineludible de regular y satisfacer las naturales exigencias de la inmensa muchedumbre de la poblacion hampona, que en su mayoría estaba formada por mendigos y lisiados; y de tal modo la deformidad era apreciada en aquella sociedad aparte y contradictoria de la sociedad usual y corriente, que léjos de hermosearse y pulirse, como parece nativa propension en el hombre, allí por el contrario, el esfuerzo, el conato, la gala, el deseo y hasta el honor se cifraba en

aparecer á cual más espantable, monstruoso y repugnante.

La Hampa era la parodia, la caricatura, el contraste y tambien el epígrama, el sarcasmo y acaso la venganza de los infelices y desheredados contra los injustos y soberbios.

Cuando ciertas instituciones llegan á imponerse en las sociedades con un carácter universal durante largos siglos, su influjo irresistible y sus formas aparentes, áun cuando sea en un sentido grotesco, se comunican é infunden con portentosa energía á todas las agrupaciones humanas.

Sólo así se comprende y explica que en la Edad media existiesen aquellas extravagantes costumbres, en virtud de las cuales celebrábase el dia seis de Enero, no solamente la eleccion irrisoria de un rey de burlas durante algunas horas, sino tambien la singular eleccion del papa llamado de los *Locos*.

Y en verdad que era muy notable y digno de atencion el extraño criterio que servía para decidir el triunfo de aquellos grotescos candidatos, que resultaban elegidos reyes ó papas en aquella festividad solemne.

En efecto, elegíase rey de burlas al jayan más vigoroso, y se le daba la investidura de papa al que hacía la mueca más bestial, disforme y espeluznadora.

Pero las costumbres por extravagantes que parezcan, como las obras de arte, encierran siempre

el simbolismo y la profunda significacion de una idea ó de un sentimiento.

En la fuerza del jayan estaba representado el pueblo; en la mueca del loco era fácil leer una sátira.

Tambien los esclavos romanos eran señores durante las fiestas saturnales, como si en aquella breve libertad de los débiles y abatidos, estuviera simbolizado el concepto de la igualdad humana, que jamás llega á borrarse del todo ni en la conciencia de los oprimidos, ni en la de los opresores.

Volviendo ahora á las antiguas costumbres de la Edad media, diré que las naciones cristianas se habian acostumbrado en Europa á ver en la monarquía la institucion fundamental de las sociedades modernas, así como igualmente acataban en el Pontificado la jefatura suprema del órden moral del mundo.

Los pueblos européos estaban por otra parte admirablemente preparados para reconocer sin violencia en Roma la ciudad soberana, supuesto que durante siglos habia sido la capital del Imperio y más tarde vino á ser la cabeza visible de la Iglesia.

Roma, pues, alcanzó el singular privilegio de dominar la tierra, primero por el poder de las armas, y luégo por la fé y la doctrina.

En resúmen; la monarquía era el centro de las naciones, miéntras que el Pontificado era el centro

de la cristiandad entera, y por lo tanto, no debe extrañarse que las agrupaciones humanas se congregasen bajo aquellas bases, afectando las formas orgánicas propias de la época, ó en otros términos, que todas éllas aspirasen á tener á su modo un monarca y un papa.

Estas consideraciones bastan, en mi concepto, para explicar satisfactoriamente las citadas costumbres de la eleccion del rey de burlas y del papa de los *locos*, á la par que suministran la clave, orígen, causa y motivo de aquellas extrañas y singulares imitaciones respecto á ciertas dignidades, como las de reyes de Túnia y de Germanía, y las de duques, condes y caballeros que adoptaron hasta los gitanos y judíos, además de la superior imperatoria investidura de los Archihampones.

De aquí resultó una consecuencia importante y por extremo influyente en la organizacion de lo que pudiera llamarse el Hampismo universal; pues áun cuando la Hampa es de orígen exclusivamente español, no por eso es ménos cierto que la vida picaresca existia en todas partes, si bien en las demás naciones no se manifestó con un carácter tan belicoso, tan ámplio ni tan comprensivo, supuesto que en otros países como en Italia, el organismo hampon se llamaba *poltronía*, concentrando todos sus esfuerzos y vitalidad casi únicamente en el mendiguéo.

La consecuencia á que me refiero es que por

semejanza é imitacion á las demás instituciones sociales y religiosas, á más de los reinos de Túnia y Germanía y de las otras dignidades de todos los vastos dominios de la Hampa, Roma fué y por necesidad lógica debió ser tambien, dados estos precedentes, la residencia del soberano de todas las Picarescas de la cristiandad, el cual usaba el pomposo título de Generalísimo y Archibribon de Poltronía.

Este jefe supremo además de ejercer su autoridad en sus dominios particulares, tenía jurisdiccion general en la Hampa de todas las naciones, y en su consecuencia, estaba encargado de mantener, corregir y adicionar segun circunstancias y casos, las ordenanzas internacionales, uno de cuyos artículos dice así:

«Que áun cuando sean muy diferentes la Bribia »y labia de la poltronía de las diversas naciones, »todos los cofrades convienen en vivir del mendi»guéo y de la Providencia, por lo cual se deben »recíproco y eficaz auxilio, cualesquiera que sean »sus condiciones y el país en que se hallen, y por »lo tanto, mandamos que siempre y en todas par»tes, se traten, sirvan y ayuden como verdaderos »hermanos, so pena de incurrir en nuestra indig»nacion y en su propio daño.»

Tal era la formidable y vasta organizacion del hampismo en Europa, y omitiendo muchos detalles y observaciones para evitar la nota de prolijo, creo que baste lo dicho para que el lector se forme

cabal idea de la capitalísima importancia que alcanzó la Sociedad Picaresca y de cuyo exámen, historia y funestísimo influjo en las costumbres, en la moral pública y privada y hasta en la literatura, no puede prescindirse tratándose de los ORÍGENES DEL BANDOLERISMO.

Ahora bien; al rededor del gigantesco, ciclópeo y tenebroso pórtico de aquel deforme edificio humano, que se llamó la Hampa, surgen terribles, aparecen pavorosas y silban con el hálito ligero y espeluznador de fantásticos espectros nocturnos, todas las formidables y aterradoras cuestiones morales que agitan, conmueven, afligen, perturban y bambolean, como á impulso de espantable terremoto, los cimientos y las entrañas de las naciones y los más profundos y recónditos abismos de ese océano de misterios que ruge, solloza ó gime en la conciencia humana.

El mal, el crímen, el cadalso, el hombre, la sociedad, el destino, todas estas grandes ideas, todos estos misteriosos problemas, todos estos angustiadores enigmas, todas estas monstruosas efinges sociales, parecen tomar la palabra en las tinieblas y salir al encuentro del pensador gritándole: «¡Adivina ó te devoro!»

CAPÍTULO XXIV.

LITERATURA PICARESCA.

La misma trasformacion política y social que desde la época de los reyes católicos produjo las marfuces ganulerías de la Hampa, preparó tambien y dió por resultado más tarde la aparicion de una forma nueva en la literatura española, es decir, el género *picaresco*.

Existen en las sociedades humanas paralelismos sorprendentes que, si á primera vista se ostentan como de índole muy diversa y áun contradictoria, no por eso dejan de proceder de la misma causa. Es verdad que no siempre es fácil reconocer desde luégo aquella identidad genesiáca, y que para conseguirlo se necesita el más atento estudio de las leyes históricas, en virtud de las cuales las ideas adquieren múltiples y hasta inesperados desarrollos.

Así sucedió con las dos formas literarias que más genuinamente provinieron del génio español, y que más poderoso influjo han ejercido en nuestra patria.

Me refiero á los llamados libros de caballería y

á la novela picaresca, dos manifestaciones en nuestra literatura, que muchos han juzgado y juzgarán como diametralmente antitéticas, sin apercibirse de que, áun admitida la diversidad exterior, obedecen ambas, sin embargo, al mismo principio interno.

En efecto; la novela caballeresca llegó en España á tener tal fuerza é influjo, que en ninguna parte, segun ya he indicado, necesitó como aquí el correctivo eficaz, que con tan soberano ingénio Cervantes le impuso con su inmortal *Quijote.*

Y ¿cuál era en definitiva la significacion social de la literatura caballeresca? En aquella edad de hierro, en la época del feudalismo, en el período brillante de los Amadises y de toda su prolongada genealogía, cuando el individualismo encastillado de los señores de horca y cuchillo, de pendon y caldera, se oponia tan tenazmente á la unidad jurídica del Estado y de la fuerza colectiva de la nacion, y cuando sus abusos é injusticias sólo podian corregirse por el generoso ardimiento de aquellos esforzados paladines que recorrian el mundo, buscando peligrosas aventuras y ocasiones favorables para defender y amparar á los débiles de la tiránica violencia de los fuertes, el caballero andante significaba tambien el individualismo y la fuerza armada; mas no para oprimir y vejar á los desvalidos, sino para vengar sus agravios y restablecer en la sociedad el imperio violado de la moral y del derecho.

El caballero era el individuo que, libre y espontáneamente, reemplazaba al Estado, cuya accion justiciera ó reparadora, á la sazon no existia.

Así, pues, el espíritu reñidor, aventurero y generoso de la caballería tuvo su razon suficiente de existencia en aquellas condiciones sociales; y si más tarde sobrevino el abuso, como necesariamente acontece á todas las instituciones para que desaparezcan, fué porque ya su mision, no sólo era inútil, sino tambien perturbadora, una vez constituido el Estado con el vigor bastante para reprimir y castigar todo linaje de abusos, violencias é injusticias.

Entónces verificóse la gran trasformacion social de que ántes he hablado, y por la inexorable ley de las compensaciones, que todas las ideas obtienen en su realizacion histórica, el individualismo feudal llegó á concentrarse en la monarquía, la cual, á su turno, manifestó desde aquella época tendencias absorbentes y absolutistas.

Entretanto España, palpitante de infinito y épico gozo, al apoderarse del último baluarte de los sarracenos, la oriental Granada, despues de una titánica lucha de ocho siglos, y considerándose á sí propia en todo el soberano esplendor de su grandeza por el prodigioso descubrimiento de un mundo hasta entónces ignorado, España, digo, concibió, y era muy natural que concibiese, en aquellos inolvidables dias de valor indómito, de fabulosas hazañas y de inmarcesible gloria, el

grandioso ideal de su indisputada supremacía sobre el orbe de la tierra.

El génio de la patria, no sólo vislumbró aquel esplendoroso ideal, sino que tambien, en su heróico entusiasmo, creyóse capaz y con aliento suficiente para realizarlo.

Despues de la época gloriosa de los reyes católicos, durante cuyo reinado tantas maravillas ejecutaron los españoles, vinieron las gigantescas empresas del Emperador Cárlos V, que, coronadas con el éxito más brillante en Italia, Francia y Alemania, léjos de amortiguar la bravura y arrogancia españolas, aumentaron, si era ya posible aumento, el férvido entusiasmo de nuestra patria, la cual sinceramente se creyó entónces predestinada á constituir en ambos mundos un Imperio tan dilatado, que sobrepujase al de los antiguos Césares en gloria y poderío.

Y era tan viva la creencia de todos los españoles en la inmediata y magnífica realizacion de aquel soberano ideal, que cada individuo, por humilde que fuese su condicion, creíase obligado á contribuir al ambicioso intento con la fuerza de su brazo, brindando con magnánima prodigalidad el tributo de su sangre y de su vida.

Entónces ya, *el espíritu de aventura*, que habia sido el impulso y el génio, por decirlo así, de la andante caballería, no fué más patrimonio exclusivo de los antiguos y nobles paladines.

En efecto, los rasgos característicos de la nueva

evolucion social consistian en la más vigorosa organizacion del poder central del Estado y en la presencia de un nuevo elemento que paulatinamente se habia ido fortificando, áun en medio del feudalismo, á la sombra de los lugares de behetría, de las ordenanzas municipales, de las ciudades libres y de los grémios de artes y oficios, en una palabra, el Estado llano.

Ahora bien; el espíritu aventurero, difundido ya entre las clases más inferiores de la sociedad, produjo los diversos tipos de la Bribia.

El caballero, en el paso honroso, en la justa, en el tornéo, en el palenque de particulares retos, en los campos, en las encrucijadas de los caminos, siempre y en todas ocasiones, se ostentaba armado de punta en blanco, rigiendo brioso corcel y seguido de su leal escudero, cuando no llevaba tras sí lucida tropa de apuestos pajes, vestidos con la vistosa librea del color predilecto de su dama, ginetes sobre poderosos trotones, y prestos á servirle joyas, galas y las armas y caballos que hubiere menester en los apurados trances de justas y tornéos.

Pero el individuo del Estado llano, si coincidia con el hidalgo en el afanoso intento de buscar lances y aventuras, no encontraba el mismo campo, ni semejantes medios para llevar á feliz remate sus propósitos, por encumbrados y atrevidos que alguna vez fuesen.

Resultaba de aquí el hecho fundamental, y no

bien comprendido ni explicado, que denuncié al principio, respecto á que las manifestaciones antitéticas, al parecer, de la caballería andante y de la picaresca obedecian, sin embargo, á la misma causa interior, es decir, al espíritu de aventura.

El impulso interno era el mismo, los medios diferentes, y por lo tanto, no debe extrañarse que fuesen diversos los actos y contradictorias las manifestaciones de los nobles aventureros y de los aventureros plebeyos.

Estos últimos, pues, representaban la clase más numerosa de la nacion, y suministraron los lineamientos, colorido y carácter de los más famosos tipos de la Picaresca.

En cuanto á los hidalgos, debo decir que más adelante, merced al conjunto de condiciones sociales que concurrian, sobre todo respecto á la viciosa organizacion de la propiedad, produjeron tambien un tipo especial de aventureros petardistas, que fué clasificado con la significativa denominacion de *Caballero de Industria*, y de los cuales me ocuparé en su lugar oportuno.

Pero el plebeyo pícaro no tenía tantos miramientos y trabas para entregarse descaradamente á la vida de la Bribia, y con la misma facilidad y desenfado servía de paje á un cardenal, que de pinche en la cocina de un magnate; y cuando la suerte adversa le privaba del placer de relatar fabulosas aventuras, ó decir chistes y malicias en el tinelo, sin el más mínimo inconveniente, y segun

su edad, facultades y circunstancias, se hacía tumbon, criado de mandracho, trainel, bravo, esportillero, mendigo y hampon, hasta que lograba dar un golpe de fortuna ó fenecer apaleando sardinas.

Muchos tambien se hacian golondreros, sentando plaza de soldados, para merodear así con ménos peligro de caer en manos de la justicia, y justo es decir que, si como pícaros eran diestrísimos garbeadores ó hábiles brecheros, como hombres de armas se portaban siempre con la bravura propia de los españoles.

A la sazon, fuera del estado religioso, no existia en nuestro país otra profesion que tuviese tanto crédito é importancia como la militar; pues que habian caido en el más profundo desprecio las demás artes y oficios, á que se aplicaba la nota de *mecánicos* en són infamante, influyendo poderosamente en esta lamentable preocupacion la circunstancia de haberlos ejercido ántes los moriscos y judíos; de suerte que la holgazanería era considerada como un signo de nobleza, y el trabajo mirado como un padron de ignominia.

Durante largos siglos, el poder y la riqueza habian estado en manos de la raza guerrera y aristocrática, miéntras que el resto de la nacion estuvo formado por siervos, pecheros ó vasallos; mas cuando éstos, merced á las causas ya indicadas, se fueron emancipando y constituyendo el verdadero pueblo, no tardaron en reconocer que las ventajas

sociales, la posicion y el mando á que aspiraban por el propio impulso de la naturaleza humana, eran por entónces de todo punto inasequibles para éllos por medio de la fuerza, y por lo tanto, recurrieron á la astúcia, á la lisonja, al disimulo y á la sagaz, permanente é incansable actividad con que sólo es posible que los débiles triunfen al fin de los fuertes.

Estas diversas condiciones sociales producian un enjambre de aduladores y parásitos en torno de los magnates, á quienes de mil diferentes modos explotaban, á fin de llevarse éllos tambien una vida cómoda y holgazana á costa de sus patronos.

Al lado de estos aduladores y parásitos que en todas partes publicaban las excelencias, alabanzas, magnanimidades y hazañas de sus protectores, pululaba otra turba de bribones de escalera abajo, los cuales servian á su turno para difundir oportunamente las hablillas, noticias é invenciones que más convenian á sus propósitos en corrillós, plazas, calles y tabernas.

Frecuentemente estos bribones, que vivian al amparo de altos personajes, ya colocados en su servidumbre, ya fuera de su casa, eran facinerosos ocultos, valentones complacientes y siempre hombres listos, perspicaces, traviesos y leales para cumplir los encargos de sus favorecedores.

Desde luégo se comprenderá que tales costumbres no podian ménos de tener una influencia tan funesta para la sociedad, como favorable para los

pícaros de toda especie, fomentando así directa ó indirectamente, y áun sin pensarlo ni quererlo, las múltiples concausas del Bandolerismo.

La existencia real y efectiva de los numerosos tipos de la Picaresca, que fácilmente se ofrecian á la contemplacion inmediata y al estudio directo de los hombres de ingénio, sugirió naturalmente su representacion literaria, no bajo un aspecto idealista, sino histórico y viviente, como otras tantas fotografías de aquellos personajes de la Bribia, que tanto abundaban.

Sin duda uno de los goces más vivos y de los frutos más útiles que producen las obras de ingénio, consiste en el caudal de conocimientos que nos suministran las variadas, críticas y dramáticas situaciones de los personajes en éllas descritos, de modo que la conciencia se ilustra y enriquece, mediante la imaginacion que nos trasporta á los mismos casos representados, con todos los tesoros y enseñanzas de la experiencia y de la historia.

La *novela picaresca* se inauguró en España con un libro sin modelo en su género, *El Lazarillo de Tórmes*, de don Diego Hurtado de Mendoza, el cual excitó vivamente la atencion de Europa y abrió á los regocijados ingénios amenísima y nueva senda para la feliz pintura de tipos maleantes, observados en las escenas de la vida real, pordiosera, vagamunda, tunantesca y hampona.

Al mismo género pertenecen algunas novelas de Cervantes, como *Rinconete y Cortadillo*, *La*

ilustre Fregona y áun *La Tia Fingida*, en la cual se pintan escenas de zurcimientos de voluntades y de otras cosas, que parecen sugeridas por la más atenta observacion de la botica de Galiléa, bien que no realizadas por ninguna judía, sino por la vieja coíma que con gran prosopopeya y estruendo se hacía llamar la señora doña Cláudia de Astudillo y Quiñones.

El Guzman de Alfarache, de Mateo Aleman, es el retrato más acabado y completo del bribon que ofrece nuestra literatura, y que principalmente interesa por la exacta descripcion de las costumbres de su tiempo, y por el espectáculo de un pícaro astuto y desalmado que nunca se ve en aprieto por falta de recursos, que siempre habla de sí mismo como de un hombre virtuoso y apreciable, y que asiste con mucha devocion á misa y reza sus oraciones, precisamente siempre y cuando piensa emprender la más solemne bribonada.

La Pícara Justina, cuyo autor fué un fraile dominico, llamado Andrés Perez de Leon, es tambien otra historia autobiográfica de la heroina, cuyos antepasados eran barberos y titereros; y el buen fraile aconseja al lector que procure evitar las locuras y crímines de *Justina*, declarando que en aquellos sucesos nada habia de su invencion, sino que eran verdaderos y observados por la propia experiencia.

La vida y hechos del escudero Márcos de Obregon, escrita por el famoso Vicente Espinel, llamó justa-

mente la atencion del público, y desde luégo fué considerada como una de las más felices producciones de su género; pues áun cuando es inferior al *Lazarillo* y al *Guzman de Alfarache* en diccion y estilo, les aventaja en accion y movimiento.

Alonso, mozo de muchos amos, obra escrita por un médico de Segovia, llamado Yañez y Ribera, como indica su título, refiere las aventuras de un mancebo que entra á servir sucesivamente á personas de diversos estados y profesiones, y constituye una verdadera sátira de las diferentes clases de la sociedad, segun el protagonista las iba estudiando en sus amos.

La Historia del gran Tacaño, de don Francisco de Quevedo, que relata las aventuras de Pablos, hijo de un barbero y sobrino de un verdugo, tuvo notable éxito y aumentó mucho la aficion á esta especie de libros, en que las escenas de la vida picaresca estaban singularmente realzadas por todas las gracias del bien decir y por todas las sales del ingenio.

La Teresa ó Niña de los Embustes, *El Bachiller Trapaza* y su continuacion, titulada *La Garduña de Sevilla ó Anzuelo de las Bolsas*, compuestas por Castillo Solorzano, fueron muy populares en su tiempo, acaso porque, pintando muy al vivo las costumbres truhanescas, estaban además entremezcladas de cuentos, poesías y otras agradables ficciones.

El Siglo Pitagórico, de Antonio Enriquez Go-

mez, contiene tambien versos y cuentos en prosa, entre los cuales se encuentra *La vida de don Gregorio Guadaña*, que recuerda el estilo y gusto de Aleman y de Quevedo.

Vida y hechos de Estebanillo Gonzalez, hombre de buen humor, contada por él mismo, es el libro que con más perfeccion retrata aquella vida social, que fué orígen de esta clase de novelas, refiriendo sus viajes por Europa, sus aventuras como correo, cocinero y ayuda de cámara de diversos personajes, á quienes sucesivamente sirvió, y declarándose sin escrúpulo, embustero de oficio y bribon de marca.

El Gil Blas de Santillana, publicado por el francés Lesage y restituido á nuestra pátria literatura por el celo y diligencia del autorizado Padre Isla, refiere las conocidas aventuras del héroe, si bien en una esfera más ámplia é interesante que en otras producciones del mismo género; pues aquí el protagonista, desde la vida maleante y picaresca, llega por fin á las alturas del poder y la fortuna.

El Lazarillo de Manzanares, compuesto por Juan Cortés de Tolosa, es una imitacion del de *Tórmes*, en que se critican las costumbres sociales de su tiempo, especialmente las de Madrid; y si bien no puede compararse en soltura y vigor con la obra de Mendoza, no por eso deja de ser apreciable por su diccion y estilo.

La Ingeniosa Elena, hija de Celestina, escrita por Salas Barbadillo, como indica su mismo título,

refiere la historia de una prostituta, cuyas aventuras son por extremo atrevidas, verdes y picantes; pero ya en esta produccion, como en algunas de las anteriores, no predomina exclusivamente el carácter picaresco, pues que se le añaden ficciones poéticas de otra índole. Respecto á la *Ingeniosa Elena*, de la cual se aprovechó tambien el francés Scarron, alterándola é incluyéndola en su coleccion de novelas, titulada *Hypocrites*, debo decir que aquella notable obra marca y señala una evolucion en el arte, produciendo un género mixto, que á falta de otro nombre pudiera llamarse *camandulero-picaresco*.

Por este tiempo apareció tambien una variedad de forma literaria, que por su carácter particular y orígen exclusivamente español, merece mencion aparte: me refiero á la novela llamada *alegórica* y *satírica*, que de ordinario se formulaba con el título de *vision ó sueño*.

No es ésto decir que por entónces fuese reciente la invencion de esta forma, como algunos han creido; pues que en su carácter general de vision ó sueño, ya existia desde muy antiguo fuera y dentro de España, como lo demuestran las obras de Severino Boecio, del cual se dice que imitó su *Vision Deleytable* el famoso bachiller Alfonso de la Torre, que floreció durante el reinado de don Juan el Segundo de Castilla.

Ahora bien, la novedad consistió en aplicar la forma de vision ó sueño á la sátira, como lo hizo

Quevedo, á quien tal vez imitó el autor de *El Diablo Cojuelo, verdades soñadas y novelas de la otra vida, traducidas á ésta* por don Luis Vélez de Guevara.

Esta obra es enteramente satírica y contiene trozos felicísimos por el concepto y la diccion, especialmente los que se refieren á la vida cortesana y á las costumbres de los pícaros y truhanes en las grandes poblaciones de Castilla y Andalucía.

La Flema de Pedro Hernandez, obra compuesta por Márcos García, figura tambien en un sueño mozas de servicio que pasan la vida sisando, estudiantes traviesos que se disponen á ser matasanos ó gente de curia, soldados gastosos y fanfarrones y otros tipos sociales, cuyo carácter contrasta singularmente con el de las personas pacíficas y honradas, como el de Pedro Hernandez, personaje popular, bien que imaginario, con el que se pretende significar *un cualquiera*, y cuyos brazos, segun el refran, se le caian de puro descuidado é indolente.

La caracterizacion general de los españoles está magistralmente hecha, así como tambien la de los tipos especiales que en la obra se pintan, en donde, á vueltas de las descripciones picarescas, adviértese tambien una intencion social tan profunda, que muy bien pudiera revindicarse para nuestra patria la originalidad de este género, que hoy sin contradiccion se atribuye á Francia.

Acentúase más y más la misma intencion social en las obras de Francisco Santos, el escritor más

feliz y popular de este género de composiciones á fines del siglo XVII, y de las cuales se aprovechó Lesage á manos llenas, preparando con estos plagios, en su país, la aparicion de la novela social moderna.

Entre las muchas producciones del citado Santos, debo mencionar la titulada *Dia y noche de Madrid*, en que se describen con notable felicidad las costumbres cortesanas.

Sus descripciones respiran vida, fuerza, verdad, interés é intencion, como puede notarse en las que traza de las cárceles, hospitales, casas de juego y principalmente en la relacion de la moza, que se encuentra con un pobre hombre en una corrida de toros, y lo engaña y le pela hasta el punto de enviarle á media noche sin un maravedí á su casa, donde su infeliz esposa y sus inocentes hijos le están aguardando desde el amanecer para que les lleve el indispensable sustento.

Tambien merece muy particular mencion otra novela de Santos, que lleva el humilde título de *Periquillo el de las gallineras*, por suponer el autor que el protagonista, siendo niño, cuidaba de un gallinero. En élla se refiere la historia de un expósito, que despues de la muerte del compasivo matrimonio que le habia recogido en un portal, comienza sus aventuras sirviendo de lazarillo á un ciego.

Desde tan infeliz estado pasa á servir á un caballero, que resulta ser un ladron; y áun cuando Pe-

riquillo logra salvarse, cae luégo en peores manos, hasta que por último es preso en circunstancias muy semejantes á la historia de doña Mencía en el *Gil Blas de Santillana.*

Periquillo, sin embargo, vindica su inocencia, y libre ya de las garras de la justicia, cansado del mundo, vuelve á su pueblo, donde hace una vida ejemplar, dirigiendo largas pláticas sobre la virtud á sus paisanos asombrados.

El infortunado expósito viene á ser una especie de filósofo humilde, á la vez que fuerte é inquebrantable, supuesto que por el solo esfuerzo de su buena voluntad, supo y logró sustraerse á todas las maléficas influencias de una sociedad corrompida.

Esta novela, no sólo es interesante por su tendencia moral, sino tambien por su forma, que marca un punto de transicion entre el género picaresco, el de costumbres y el de la novela que hoy llamamos social.

En efecto; la obra está escrita evidentemente á imitacion de las novelas picarescas; pero al mismo tiempo con la intencion manifiesta de atacarlas, para lo cual el autor hace que Periquillo medre, no ya por medio de trampas, picardías ó crímenes, sino precisamente á causa de su intachable honradez.

Al fin Periquillo se retira á una ermita en el campo, haciendo todo el bien que puede, y convirtiéndose en una especie de Diógenes cristiano.

Bajo el doble aspecto moral y literario, esta produccion tiene cierta importancia, y por eso me he detenido algo más en su exámen y juicio.

Ahora bien, en el bosquejo que he trazado de la historia de la Picaresca en España, he referido con la rapidez posible las diversas manifestaciones camanduleras, tunantescas, jacarandinas, brujescas, lupanarias y mendicantes, que en sus diferentes círculos ofrecia el mundo hampon; y desde luégo se comprenderá la importancia de aquellas manifestaciones, si atentamente se considera que éllas suministraron inspiracion y asunto para otras tantas séries de analógicas producciones literarias.

En este sentido, pudiera decirse que cada especialidad hamponesca tuvo su éco ó resonancia más ó ménos fiel en la literatura española, desde las *Celestinas* hasta *El Lazarillo de Tórmes*, desde *El Guzman de Alfarache* hasta *La Tia Fingida*, y desde *El Gran Tacaño* hasta *La Gitanilla* de Cervantes, en la cual tan magistralmente se pintan la vida y costumbres de los gitanos.

El género *picaresco*, cuyas principales producciones he reseñado, tuvo sus antecedentes históricos, no sólo en la existencia real de los tipos de Bribia, sino tambien en otro linaje de obras literarias que precedieron, y que ya en sí contenian los gérmenes desenvolvibles del mencionado género picaresco, que apareció más tarde, á su tiempo, en la ocasion crítica, en que necesariamente la lógica de la historia lo reclamaba.

Los modelos á que me refiero son aquellas producciones pertenecientes al género lupanario, que con tan extraordinario éxito se inauguró en España con la famosa tragi-comedia de *La Celestina*, atribuida á Rodrigo Cota, y tan magistralmente acabada por el bachiller Fernando de Rojas.

Siguieron á esta obra maestra, orígen y tronco de todas las de su especie, numerosas continuaciones, entre las cuales sólo debo mencionar *La Segunda Celestina*, de Feliciano de Silva, y la *Tercera*, de Gaspar Gomez de Toledo.

Hubo además infinitos imitadores del dicho género, entre los cuales deben citarse con elogio al autor ignorado de la *Comedia Serafina;* al presbítero Francisco Delgado, que trazó el *Retrato de la Lozana Andaluza;* á Sancho Muñon, que escribió la *Tragi-comedia de Lisandro y Rosélia;* á Alonso de Villegas Selvago, autor de la *Comedia llamada Selvagia;* á Juan Rodriguez Florian, que escribió la *Comedia Florinéa;* á Lope de Rueda, que compuso la *Comedia Eufrosina;* á Pedro Hurtado de la Vega, que escribió su *Dolería del Sueño del Mundo;* á Alfonso Vazquez, que produjo *La Lena ó el Celoso;* y finalmente, al insigne Lope de Vega, renombrado autor de *La Dorotéa*.

El gusto por el género lupanario se prolongó hasta muy entrado el siglo XVII, partiendo siempre de la inspiracion soberana de la tragi-comedia de Calixto y Melibéa, es decir, de la primera *Celestina*, que se publicó á fines del siglo XVI; pero la

circunstancia de que este género se desarrollase hasta en sus últimas consecuencias, miéntras que así lo permitieron las costumbres y exigencias sociales, no impidió que la obra inmortal de Cota y Rojas y el natural influjo que ejercieron tambien sus continuadores é imitadores, diese orígen á la novela picaresca, que se inauguró en 1553 con *El Lazarillo de Tórmes.*

Al mismo tiempo existia en el teatro otro género literario *cómicamente santurron* ó *sériamente místico*, que partiendo de las antiguas representaciones escénicas que se celebraban en las iglesias y en las procesiones, habia tomado gran vuelo y brío en aquella especie de dramas á lo *divino*, que despues de los autos sacramentales y otras farsas ó pasos sagrados, en que entraban desde las personas de la Santísima Trinidad y todos los santos y santas de la córte celestial, hasta numerosos acompañamientos de ángeles y demonios, constituia el encanto, las delicias, el gozo y la ventura de doncellas, dueñas y ancianas, beatas y devotas, las cuales encontraban muy cuca é ingeniosa la invencion de reunir en una sola pieza y sitio los variados atractivos y múltiples alicientes de un sermon edificante y una comedia de amores.

Sin negar en lo más mínimo las incomparables bellezas que suelen encontrarse en los antiguos dramas á lo *divino*, todavía me parece funestísimo y digno de censura el influjo y resultado práctico que producian en la generalidad del público, dadas

las preocupaciones é ignorancia de aquella época.

En efecto; aquellos dramas, con voluntad ó sin élla de sus autores, infiltraban en la sociedad un gérmen ponzoñoso y deletéreo de grosero materialismo y de ruin y disolvente utilitarismo, supuesto que fomentaban la falsa devocion é idolátricas supersticiones, dando lugar á que se creyese que, no la virtud, ni los actos morales, ni la honrada conducta, ni la buena disposicion del espíritu, sino materiales amuletos, medallas y rosarios, eran la causa eficaz y suficiente para purificarse de los más horrendos crímenes.

Tal vez se diga que los autores no se proponian semejantes efectos, sino que, al contrario, su fin era más elevado y moralizador, pretendiendo que, por medio del símbolo, el espíritu de las masas llegase al concepto simbolizado.

Por mi parte, haré gustoso tal concesion; pero ésto no impide que el resultado fuese tan desastroso y funesto como acabo de indicar, de suerte que si aquellos poetas dramáticos se proponian fomentar á sabiendas una devocion idolátrica y mal entendida, yo diré que eran unos embaucadores; pero que si lo hacian llevados de buena fé y piadosa intencion, no tengo inconveniente en aprobar el propósito, aunque lamente el resultado.

En vano censuraron muchos y discretos españoles la grosera supersticion que este género literario producia, haciendo creer á las gentes que llevando rosarios, cruces, evangelios, medallas y

estampas benditas, ó invocando los sagrados nombres de Jesús, de la Vírgen María y de los Santos, estaban completamente á cubierto de las malas tentaciones del demonio, de los ataques de las brujas y de muerte repentina ó afrentosa.

Entre los que más criticaron semejantes preocupaciones, distinguióse el famoso bachiller Ginés de Posadilla, bajo cuyo seudónimo encubrióse don Leandro Fernandez de Moratin, que á propósito de aquellas invocaciones y amuletos, con inimitable gracejo é ironía dice:

«Y es cosa probada. Véase la relacion de Ludo- »vico Enio en la comedia de *El Purgatorio de San* »*Patricio*. Yo no sé por qué no habíamos de ver »alguna vez esta comedia en los teatros de la »córte, en donde á cada paso se representan *La* »*Peregrina Doctora*, *El Diablo Predicador*, *Marta* »*la Remorantina*, *El Diluvio universal*, *El Na-* »*zareno Sanson*, *El Anillo de Giges*, *El Convidado* »*de Piedra*, *El Lucero de Madrid* y *Pedro Vaya-* »*larde*, con sus dos hijos endemoniados y el Cristo »que habla, y dice con voz acigarrada y aguar- »dentosa: *¡Ya estás perdonado, Pedro!*»

Pero todavía puede considerarse la cuestion bajo un tercer aspecto, es decir, que además de los autores conscientes é inconscientes del peligroso resultado de sus creaciones, hubo tambien otros poetas que, conociendo y condenando las supercherías de los camanduleros, se burlaron con tanto chiste como atrevimiento, dada la época, no sólo

de aquella devocion grosera y materialista, sino de las sonsacas y explotaciones de que era víctima y objeto la incauta y numerosa grey.

Entre los infinitos ejemplos que pudiera citar de protesta literaria contra el camandulismo, merece particular mencion la comedia de Cervantes, que lleva por título *Pedro de Urdemalas*.

Pedro presséntase á una viuda simple, avarienta y devota, diciéndole que un alma del purgatorio, en forma y traje de ermitaño, viene á reclamarle de parte de sus parientes difuntos lo que necesitan para salir luégo á la hora, de aquel lugar de transitorias penas.

Supónese que las ánimas del purgatorio celebraron una gran reunion ó consejo, en donde acordaron que una de éllas tomase el cuerpo y la figura de un anciano y santo ermitaño, á fin de que viniese á la tierra y fuese visitando á todos los parientes de las almas que allí sufrian, diciéndole á cada uno de éllos, lo que habian de hacer para que aquéllas obtuviesen algun alivio en sus penas, ó bien el perdon completo.

Urdemalas desaparece, dejando á la viuda muy convencida de que ya el mensajero del purgatorio, es decir, el ermitaño, encuéntrase muy cerca de su morada, y no tardará en traerle noticias de sus amados deudos.

Vuelve en seguida el socarron de Pedro muy bien disfrazado de ermitaño, y suponiendo que es el alma comisionada para recaudar las cantidades

que necesitan las ánimas parientas de la viuda, le dice que su marido pide sesenta ducados, su hijo cuarenta y seis, su hija cincuenta y dos, sus sobrinos diez doblones, y su tio catorce ducados en plata, de cuño nuevo; pero al llegar aquí, la viuda le pregunta:

¿Vísteis allí por ventura,
Señor, á mi hermana Sancha?

PEDRO.

Vila en una sepultura
Cubierta con una plancha
De bronce, que es cosa dura.
Y al pasarle por encima
Dijo: «Si es que te lastíma
El dolor que aquí te llora,
Tú, que vas al mundo ahora,
A mi hermana y á mi prima
Dirás que en su voluntad
Está el salir de estas nieblas
A la inmensa claridad;
Que es luz de aquestas tinieblas
La encendida caridad.»

El ermitaño, es decir, Pedro de Urdemalas, para obligar más á la viuda y sacarle mayor cantidad, termina su parlamento con los versos siguientes:

Infinitos otros ví
Tus parientes y criados,
Que se encomiendan á tí:
Cuáles hay de dos ducados,
Cuáles de maravedí.
Que en entregando las numos
En estas groseras manos,
Con gozos altos y sumos,
Sus fuegos más inhumanos
Verás convertirse en humos.
¡Qué será ver á deshora,
Que por la region del aire
Va un alma zapateadora
Bailando con gran donaire,
De esclava hecha señora!

La precedente burla, cuyo sin par gracejo sólo puede compararse á su inconcebible audácia, teniendo en cuenta la época en que se escribió, demuestra bien á las claras hasta qué extremo habian llegado los punibles y lamentables abusos de los pícaros camanduleros para explotar á las gentes crédulas y sencillas, á la sombra y bajo el pretexto de las cosas más respetables y sagradas.

Además de las precedentes formas literarias, debo mencionar otra, que adquirió, no sólo grande importancia por la gráfica representacion de los tipos de la Picaresca, sino tambien por el poderoso y funesto influjo que ejerció en tales gentes, despertando en éllas la emulacion más lamentable,

como lo es el afan de competir unos con otros, mediante la criminalidad, en triste y repugnante fama.

Desde luégo se comprenderá que me refiero al llamado *Romance de Germania*, éco al principio de las costumbres de bravos y bailones, y que más tarde fué orígen del *Romance de bandidos y contrabandistas*, cuya maléfica tradicion, con las modificaciones propias de la época, se conserva todavía respecto á toda clase de criminales.

Pero la historia de estas sucesivas manifestaciones literarias requiere particular exámen y más detenido estudio.

CAPÍTULO XXV.

EL ROMANCE.

Miéntras que en prosa la *novela picaresca* retrataba los tipos de Bribia sin delimitacion sistemática, ántes bien reuniendo y mezclando en un mismo personaje y en una misma obra actos y escenas de robos, estafas, fullerías y mendiguéo, los *romances de Germanía* representaban en verso los caractéres y costumbres de tunos, rufianes, marquidas y demás gente birlesca.

Existen colecciones de esta especie de romances, que muy bien pudieran calificarse de *Romancero de la Picaresca*, en los cuales se relatan las fechorías y ternezas de bravos y daifas, ni más ni ménos que en el *Romancero General* se cantan las heróicas hazañas y románticos amores de los más esforzados paladines y de las más ilustres damas.

Dícese que el romance primero que se compuso en esta lengua fué el de *Perotudo*, famoso bayle, ó ladron, cuyas habilidades y fechorías se refieren en dicho romance, que describe el fin que tuvo en los términos siguientes:

Llevádolo han á la Trena,
En donde los jueces son;
Siete ánsias le habian dado
Todas de grande pasion.
Diz á todo el bayle nones,
Si no hubiera informacion.
La sentencia del baylico,
La sentencia del baylon
Es que muera en Basiléa, (1)
Donde quede puesto al sol.
Otro dia de mañana
Lo sacan del banaston (2)
Con una cruz en las cerras (3)
Y á su lado el confesor,
Pónenle en Finibusterre
Cual la sentencia mandó.

No es mi propósito reseñar los numerosos romances germanescos que se conservan; pero sí mencionaré, siquiera sean los epígrafes, de los que más característicamente retratan la vida y costumbres de la gente rufianesca.

Entre éstos debo citar el que describe las condiciones que debe tener el jáque, y el cual empieza con este mote:

---

(1) Horca.
(2) Cárcel.
(3) Manos.

«Quien fuere Jáque afamado,
Ha de ser determinado.»

Otro famoso romance es aquel que se titula *De la descripcion de la vida airada*, y en el cual figura el valenton Olmedo, que venga ruidosamente á su querida de un agravio que otro rufo le ha hecho.

La vida y muerte de Maládros es uno de los romances en que más al vivo se pintan las costumbres y fin ordinario de los jáques, y en el cual se enumeran con más abundancia las diversas clases y oficios de la gente birlesca, segun fácilmente puede juzgarse por los versos que siguen:

Cante mi germana lira
Un canto godo y altano (1)
De un rufo que fuña y gárla (2),
Rastilla, abocada granos (3).
Lobaton en los verdones (4),
Murcigallero en el gáro (5),
Polinche de maniblajes (6),
Guiñarol en la guisado (7).
MALÁDROS llaman al birlo,

(1) Importante y elevado.
(2) Riñe y bravéa.
(3) Que hace fullerías y juega ducados de bocadille.
(4) Campos.
(5) Pueblo.
(6) Encubridor de criados de rufianes.
(7) Al que hacen de ojo en la Mancebía.

De mal-ladron derivado,
Gomarra por el baldéo (1),
Rodamonte por el garlo (2),
Del cual grido, y sepan todos
Los del germánico trato,
Los que son y los que fueren
Y los que huyen el cambio (3).
Las águilas y aguiluchos (4),
Albanejeros (5), lagartos (6),
Perchadores (7), astilleros (8),
Calcatiferos (9), reclamos (10),
Los maestros de las chanzas (11),
Los desflorados y macos (12).
La cherinola esquifada (13)
Del Corral de los Naranjos;
Polinches y gariteros,

---

(1) Cobarde manejando la espada.

(2) Perdonavidas por las bravatas: alude á Rodamonte, personaje esforzado, pero jactancioso, que figura en el Orlando de Ludovico Ariosto.

(3) Asisten á la Mancebía.

(4) Ladrones y ladroncillos astutos.

(5) Jugadores de dados.

(6) Ladrones de campo, ó que se disfrazan, ó cambian de traje para no ser conocidos.

(7) Ladrones del uñate.

(8) Los que hacen la flor del astillazo.

(9) Ladrones de faldriqueras.

(10) Criados de mujer de Mancebía.

(11) Sutilezas.

(12) Bellacos.

(13) Junta de ladrones ó rufianes de marca ó principales.

Guardamarcas (1), llevatrapos
Y todos los mareantes
Del birlesco y trato airado,
Den las mirlas (2) á mi acento,
Oigan del jáque Maládros,
Principalmente las márcas (3)
A quien gárlo más altano,
Porque sepan de este birlo,
Que les gárla con regalo,
Toda su Germána vida
Desde el principio hasta el cabo,
Y se entruchen las florainas (4)
Y chanzas de éste lagarto,
Que aunque he gritado su nombre,
No he descornado su gáro (5).
Y por clarear cuál es,
Sabrán que el rufo que canto,
Es natural de Segovia
En bajos vicios criado.
Hijo de un guardapostigo (6)
Y nieto de un envesado (7).

El romance continúa refiriendo los sucesos de la

(1) Criados de Mancebía.
(2) Orejas.
(3) Rameras.
(4) Entiendan los engaños.
(5) Descubierto su pueblo.
(6) Criado de rufian.
(7) Azotado.

vida del jáque, su prision, tormento, canto y sentencia, hasta que con gran dolor de toda la turbamulta germâna, dejólo el verdugo pendiente de la balanza (1).

El apartamiento de Pedro de Castro y Catalina, es el título de otro romance, en que se refiere el sincero arrepentimiento del protagonista, á consecuencia de la súbita muerte de su manceba Catalina.

La venganza de Cantarote, es uno de los romances escritos con más arte y valentía, y sus numerosos versos demuestran que el autor no era un poeta vulgar; pues á veces, en el brioso decir y en la feliz descripcion, recuerda á Góngora.

El asunto, como el título indica, es la venganza de un rufo que se ve traidoramente abandonado por su marquisa, llamada la Flores, la cual se ausenta con otro valenton, nombrado Vayanduz el de Atoche.

Cantarote, acongojado, refiere en la Mancebía de Jerez, ante las mozas y los jayanes, el duro caso que le aflige, en los términos que siguen:

Temo, Padre y fuertes Jáques,
Que la cólera me ahogue,
En que me enciende la bayla (2)
Y este maniblax (3) me pone.

---

(1) Horca.

(2) Suceso.

(3) Criado de rufian.

Es el caso que este chulo
Quedó en percha (1) con la Flores,
Que estando con la sanguina (2),
Estaba fuera del golpe.
Calqué á portalles el rozo (3),
Ella mudando de órden
Dió marron, picó el martillo (4)
Y con no sé quién piñóse (5).

Los rufos cuando tal oyeron, alzaron furiosos el grito, amenazando de muerte al *maniblax*, que al punto les refiriese lo acaecido, el cual manifestó que la Flores, resentida de Cantarote, porque éste la habia zurrado de lo lindo por celos que élla le diera, habia jurado vengarse, acogiéndose al amparo de otro majo valenton, que fuese capaz de ponerle á Cantarote la ceniza en la frente; y que para conseguir su propósito, le habia escrito á Vayanduz que se hallaba en Sevilla, enviándole muchos ducados por medio de un tal Roque, y pidiéndole que luégo sin tardanza, viniese á Jerez por élla.

Añade el criado, que Vayanduz llegó aquel dia con dos caballos y que subiéndola en uno de éllos, partieron hácia Sevilla.

(1) Casa.
(2) Sangre.
(3) Comida.
(4) Tomó el camino.
(5) Se huyó.

Cantarote se dispone á buscar en seguida á la infiel, jurando que no volveria á Jerez sin haber dado muerte á Vayanduz, y el romance continúa:

Los rufos le abracian todos,
Y con granos le socorren.
Lloran por él las marquisas,
Y él les garla que se gocen,
Que tiene por mal agüero,
Que en despedida le lloren.
Á este punto se levanta
La madre Inés de la Torre,
Y en la muñeca derecha
Una nómina le pone,
Y en los bracios del baldéo
Le ató un torzal de colores,
Y le dijo: vé seguro
De que tu venganza logres,
Que á todos cuantos lo he puesto
Han calcado (1) vencedores.
Con ésto rindió á Chancaya,
De bueno á bueno en un monte (2)
Relámpago nuestro amigo,
Y á Beltran mató Calvote.
Esto mesmo llevó puesto
Con Benjumea Anton Monje,

(1) Vuelto.
(2) Mancebía.

Y lo dejó en un verdon
Vasido (1) con ser tan hombre.
Cuando Guillen mató al Guro
Lo mismo portaba entónces;
Así, Cantarote amigo,
No dudes que te mejores
Con Vayanduz, y lo mates,
Y aquí la marca (2) nos portes.
Abració á todos con ésto,
Y en carcoma (3) el talon pone,
Quedando rufos y marcas
En sentimiento conformes.

Llega Cantarote á Babilonia, esto es, á Sevilla y váse derecho á la guanta, en donde bajo la presidencia de la Madre Andresa Lopez, celebraban á la sazon una merendona, á costa de la Reyes, que acababa de casarse con uno de los más grandes pulidores de la ciudad.

En este momento se presenta el despechado Cantarote, reconviniendo á la Flores; pero ésta léjos de intimidarse, envalentonada con la presencia y ayuda de sus compañeras, le hizo frente y todas con infernal gritería arremetieron al bravo con palos y cuchillos, y segun el romance:

---

(1) Muerto.
(2) Manceba.
(3) Camino.

Unas le aferran las anclas (1),
Otras del báldeo le cogen,
Otras del hopo (2) le prenden,
Otras le pelan el bosque (3),
Las pirámides (4) le agarran
Y le hacen que se agobie;
Otras le dan turronadas (5),
Y otras donde pueden golpes.
El rufo, con ser tan fuerte,
Sufre sin que se mejore,
Que está acerrado (6) de tantas,
Que no hay fuerza que no afloje.
Llegó Ginesa de Prado,
Camarada de la Flores
Y quitóle del vencejo (7)
La estaca (8) y dijo: bravote,
Lleva esta cruz en las náres, (9)
Y diciendo aquesto dióle.
Luégo salió la sanguina,
Y por la sierra (10) le corre.

---

(1) Manos.
(2) Cuello del sayo.
(3) Barba.
(4) Piernas.
(5) Pedradas.
(6) Asido.
(7) Pretina.
(8) Daga.
(9) Narices.
(10) Rostro.

Marina de Rebolledo
Y Teresa de Bohorques,
Le arrancaron el rodancho (1),
Y el estoque Inés de Hoces.
Leandra de Sayavedra
Le pilló la gávia (2) entónces
Garlando: con tanto peso
No dudo que se abochorne.
Una negrota (3) le embroca (4)
Andresa fisgando (5) á voces:
No es de godo (6) estar sin techo (7)
Un jáque de tanto nombre.
Lorenza y Leonor de Oviedo
Las dos ratas (8) le recorren,
Los milaneses (9) le sacan,
Y cerdas (10) de los valones (11).

En ésto la Flores se presenta armada de un cuchillo y se dispone á cortarle al jáque las orejas;

(1) Broquel.
(2) Sombrero.
(3) Caldera.
(4) Encaja.
(5) Mofando.
(6) Principal y robusto.
(7) Lo mismo que gávia.
(8) Faldriqueras.
(9) Pistoletes.
(10) Cuchillos.
(11) Gregüescos.

pero sus compañeras procuran disuadirla, diciéndole que ya está bastante castigado.

Entre tanto Cantarote aguanta maréa, y en vano procura sustraerse á los golpes de la endemoniada turba, que le ha causado una humillacion para él más terrible que la muerte.

Hé aquí cómo el romance describe la crítica situacion del bravo, y las diferentes peripecias de aquella aventura:

El rufo gime en tal ánsia,
Sin entender cómo estorbe
La soba de las pencurias (1)
Que crece, y á él lo encoge.
Garléa (2) casi vasido
De la tormenta que corre:
Vayanduz entró á este punto,
Que á priesa lo clamó Roque.
Desque vió el jáque acerrado
De las marcas, antubióse (3).
Largaldo (4), marcas, largaldo,
Y su fuño (5) no os asombre,
Que estando aquí Vayanduz,
Llueva el cielo Cantarotes.

---

(1) Rameras.
(2) Triunfa.
(3) Adelantóse.
(4) Soltadlo.
(5) Braveza.

Ya me han clamado quien es,
Y todas garlan que un hombre,
Hombre porque tiene barbas,
Que tambien las tiene un odre.

Vayanduz, con burla y sorna, moteja de cobarde á Cantarote; pero apénas éste se ve libre de las marquidas, divisó entre éllas á la que tenía su espada, y aferrándola del brazo, se la quita y exclama:

Vayanduz, mide el respeto (1),
Que está libre Cantarote.
Vayanduz sacó el baldéo
Y á Cantarote se opone,
Que á la diestra y cerra miza (2)
Mujeres derriba y hombres,
Sin que le quede señal (3)
Que no le manque ó embolque (4).
Pónense los dos jayanes
Como dos fornidos robles,
Levantados los dos bracios
Y aferrados los talones.
Calan puntas, vuelven tajos,

(1) La espada.
(2) Mano zurda ó izquierda.
(3) Criado de justicia.
(4) Estropee ó revuelque.

Meten cuadros (1), dan mandobles,
Bufa el uno, brama el otro
De coraje, y tiran golpes,
Que abriera su fortaleza
Cualquiera de éllos un monte.
Vayanduz le tira al mundo (2),
Cantarote le responde
Metiendo un bracio por cuadro
Que la gorja (3) atrevesóle.
Salió luégo la sanguina
Y por las carrancas (4) corre.
Las Izas (5) alzan los bramos (6),
Que de longares se oyen,
Viendo que es godizo (7) el rufo,
Temiendo que se mejore,
Vasiendo (8) allí á Vayanduz,
Que atrás calcorrea (9) á trote.
Pasó la palabra al grullo (10),
Y por la gavilla rompe
De las marcas, que le aquejan

---

(1) Dagas.
(2) Rostro.
(3) Garganta.
(4) Cuello.
(5) Rameras.
(6) Gritos.
(7) Bravo.
(8) Matando.
(9) Huye.
(10) Alguacil.

Con clamos y con turrones (1).
Pica á prisa el postillon (2),
Y el astil (3) en ristre pone
Al árbol (4) del firme jáque
Para volcallo de un bote;
Mas cambiándose de un lado,
De revés al pasar rompe,
Hundiéndole todo el techo (5),
Del cuatro (6) cayó de golpe.
En viendo caido al guro,
Desmanchan (7), y el rufo entónces
Da en correr tras las marquidas;
Pues no le aguardaban hombres.
Dió con Ginesa de Prado,
Y acerrándola (8), de un corte
Un brazo le echó en la estrada (9),
Abrió un hombro á Inés de Hoces,
A Leandra taló el mundo,
Y á Teresa de Bohorques
Le arrancó todas las náres,
Y la vasió (10) de dos coces.

---

(1) Voces y piedras.
(2) Alguacil.
(3) Lanza.
(4) Cuerpo.
(5) Cabeza.
(6) Caballo.
(7) Se apartan.
(8) Asiéndola.
(9) Estancia.
(10) Mató.

Calcando (1) á una parte y otra,
Dió columbron á la Flores,
Y á Vayanduz que en afufas (2)
Martillaban (3) á otro norte.
Acerró de élla, él se guiña (4)
Sin aguardar más razones,
Y arrastrando por la calca (5),
La sacó fuera del golpe,
Y sobre el cuatro del guro
La sube, y picando al trote
Se piñó (6) de Babilonia
El godizo Cantarote
Con la marca del camodo (7),
Sin que en cruz (8) sus duros toquen (9),
Y en el cambio de Jerez
De donde afufó (10) la pone,
Donde Izas y rabizas (11),
Jáques, mandiles, pagotes (12),
Y toda la Germanesca

---

(1) Marchando.
(2) Huida.
(3) Caminaban.
(4) Huye.
(5) Camino.
(6) Marchó.
(7) Trastrueque.
(8) Camino.
(9) Zapatos.
(10) Huyó.
(11) Rameras jóvenes y viejas.
(12) Rufeznos ó rufiancillos.

Dice en un clamo (1) conforme:
Por Marte de la braveza
A Cantarote coronen;
Y lo mismo en Babilonia
Escribieron en un poste.

En este romance, mejor que en otros, puede advertirse el seductor y funestísimo efecto que las alabanzas por tales fechorías pueden producir en el ánimo de hombres rudos y mal dirigidos, que por semejantes guapezas encontraban, sin embargo, la satisfaccion lisonjera de uno de los más poderosos instintos de la especie humana, cual es la complacencia del amor propio, en virtud del aplauso y de la nombradía.

La entusiasta ovacion que Cantarote recibió en la manfla de Jerez, era un incentivo en extremo enérgico, no para la enmienda, sino para la repeticion de tales bravezas, cuando á mayor abundamiento es de creer, dada la psicología *rameril*, que hasta la misma Flores castigada, haría luégo con inmenso gozo las paces con aquel tigre humano, que la idolatraba.

El gran pintor de la vida real, es decir, el portentoso Cervantes, con la perspicacia de su génio, hizo la misma observacion cuando en boca de la Cariharta, que acababa de reconciliarse con su galan el Repolido, pone los siguienes versos:

(1) Grito.

«Detente, enojado, no me azotes más,
Que si bien lo miras, á tus carnes dás.»

Y lo mismo viene á decir el famoso mayoral Monipodio, cuando repiqueteando sus tejoletas en la misma reunion y merienda de rufos y marquidas, cantó:

«Riñen dos amantes, hácese la paz,
Si el enojo es grande, es el gusto más.»

Creo que las precedentes citas basten para que el lector pueda formarse una idea exacta del carácter y contenido de los citados romances, escritos en lenguaje de Germanía, entre los cuales suelen incluirse los que en época más reciente compuso don Francisco de Quevedo, si bien debo advertir, que éstas composiciones, sin que dejen de pintar las mismas costumbres, se distinguen ya del carácter objetivo é histórico, que predomina en los romances anteriores.

Sin duda los de Quevedo merecen llamarse tambien romances de Germanía, porque se ocupa en éllos de la descripcion de tipos rufianescos; pero no puede afirmarse con exactitud que estén seguidamente escritos en idioma germanesco; pues si bien emplea numerosas expresiones de aquel lenguaje, en general están compuestos en castellano.

Quevedo presta á sus personajes las hiperbólicas expresiones y las chistosas agudezas de su propio ingenio, de modo que sus descripciones ganan en

riqueza de diccion, donáire y felicísimos rasgos, lo que pierden en naturalidad característica y verdad histórica, supuesto que sus cuadros, en vez de ser una reproduccion fielmente fotográfica, son una pintura muy agradable, pero á veces caprichosa y meramente imaginativa.

Sin embargo, algunas de estas composiciones, bien que siempre con el sello particular de la gran personalidad literaria de su autor, están inspiradas por hechos y circunstancias del momento, y por lo tanto, adquieren por su misma índole y esencia el carácter de históricas, como sucede en el romance titulado *Sentimiento de un Jáque por ver cerrada la Mancebía*.

En efecto, en el año 1623, ordenó Felipe IV la supresion de los burdeles públicos, á cuyo precepto se refieren las quejas y sentimientos del jáque; y de esta observacion se deduce tambien que debió escribir Quevedo, por lo ménos este romance, con posterioridad á la supresion mencionada.

El jáque viene á sentarse tristemente en frente de la Mancebía, invocando sus recuerdos y consolando sus penas con los valientes tragos que de vez en cuando se echaba de su repleta calabaza, y ya con los ojos amodorridos, viendo cerrada la manfla, con telarañas la puerta y lleno de yerba el patio, exclama:

¡Oh meson de las ofensas,
Oh paradero del vicio,

En el mundo de la carne
Para el diablo baratillo!
¿Qué se hizo tanto padre
De sólo apuntados hijos?
¿Donde fué el pecar á bulto
Si más fácil, ménos rico?
En donde los cuatro cuartos
Han sido por muchos siglos
Ahorro de intercesiones,
Atajo de laberintos.
En tí trataba el dinero
Como quien es, al delito,
Costando unas bubas ménos
Que una libra de pepinos.
Yo conocí la Chillona
En aquel aposentillo,
Más tomada que tabaco,
Más derretida que cirio.
Quien vió la Maldegollada,
Rodeada de lampiños,
Cobrar el maravedí
Despues de los dos cuartillos.
La Chaves, Dios la dé gloria,
Me parece que la miro,
Pasar parches por lunares,
Y gomas por salpullidos.
¿Dónde irán tantos calcillas,
Pecadores de improviso,
Que á lo de porte de carta,
Compraban los parasismos?

¿Los bribones de la culpa,
Que acudian los domingos
A la sopa del demonio,
Bordoneros de entresijos?
Sin prólogo de criadas
Gozaron los mal vestidos;
Ni dueña pidió aguinaldo,
Ni escudero vendió silbo.
Costaba el arrepentirse
Vellon y no Vellocino;
Hizo el infierno barato,
Los diablos fueron amigos.
Era el pecado mortal
En tí de extraño capricho;
Pues por cualquiera cascajo
Nos dejaban meter ripio.
La esperanza quitó el luégo,
Los celos quitaba el sitio,
Poco dinero la paga,
El éntre mucho martirio.
Los deseos supitaños,
El colérico apetito,
¿A dónde irán que no aguarden
El melindre ó el marido?
¡Pecados de par en par,
Ya se acabaron contigo,
Y no siendo ménos, son
Más caros y más prolijos!

En el precedente romance, habrá advertido el

lector, que no se usan los términos germanescos, por más que se caracterice la opinion corriente de los jáques, respecto á la supresion de las Mancebías.

Quevedo escribió gran número de estas composiciones que son otros tantos cuadros de la vida y costumbres de la Germanesca. (1)

Despues de estos romances, se escribieron infinitos en lengua castellana, celebrando las bravezas de bandidos y contrabandistas, de modo que muy pocos ahorcados dejaban de tener el suyo, que por calles y plazas vendian y recitaban los ciegos.

Con el título de *Los Bandidos de Toledo* se conocen varios romances de muy diversas épocas, supuesto que en muchas ocasiones los montes de dicha provincia, han servido de refugio á numerosas bandas de malhechores; pero uno de los más antiguos y populares, es aquel que refiere la his-

---

(1) Hé aquí la lista de los romances más conocidos que se conservan de Quevedo, escritos no completamente en Germanía, como los anteriormente citados, sino acerca de las costumbres de la Jacarandina, á saber: *Carta de Escarraman á la Mendez.—Respuesta de la Mendez á Escarraman.—Carta de la Perala á Lampuga su bravo.—Respuesta de Lampuga á la Perala.—Villagran refiere sucesos suyos y de Cardoncha.—Vida y milagros de Montilla.—Relacion que hace un jáque de sí y de otro.—Desafío de dos jáques.—Refiere Mari Pizorra honores suyos y alabanzas.—Moxagon preso, celebra la hermosura de su Iza.—Pendencia Mosquito.—Postrimerías de un Rufian.—Los valientes y tomajones.—Sentimiento de un jáque por ver cerrada la Mancebía,* citado en el texto.

toria de un caballero andaluz, el cual, yendo en compañía de su padre y de otro amigo, fué sorprendido por los ladrones, á quienes hizo frente con resolucion gallarda.

La partida componíase ántes de veinte bandidos; pero á la sazon sólo constaba de diez y nueve, porque acababan de dar muerte al capitan, que pretendió reservar para sí una hermosa doncella que habia caido en sus manos, miéntras que los ladrones habian convenido en jugarla y entregársela al que le tocase en suerte.

Pero los bandidos, prendados del temerario valor del mancebo, le cuentan el caso y le proponen cederle á la jóven cautiva, si quiere quedarse con éllos y ser su capitan.

Acepta el caballero, y dispone que los bandidos, en lugar de albergarse en un mismo recinto, como ántes solian, se alojen por parejas en diferentes chozas, pretestando que así podrian vivir más seguros y evitar que de una vez los copasen, y dándoles al mismo tiempo la consigna de que acudiesen todos, tan luégo como sonase su silbato.

Por lo demás, el capitan y la dama pasaron juntos aquella noche en la misma estancia, de modo que los bandidos pudieron imaginar que su nuevo jefe se entregaba á los encantos del amor, cuando la realidad era muy diferente de las apariencias.

Sucedió, pues, que el caballero, cuando se halló á solas con la doncella, le preguntó la causa de encontrarse entre aquella gente, á lo cual élla responde:

Yo, señor, soy catalana,
Como averiguarlo puedes;
Mi padre nació en Toledo,
Don José de Torre y Fuentes,
Y mi madre en Cataluña
De los Moncadas desciende;
Es su nombre doña Elvira,
Por apellido Carreres,
Y yo Casilda me llamo
Por gusto de sus mercedes.
Tiene mi padre en Toledo
Gran caudal, muchos parientes,
Y tres hermanas profesas,
Monjas que mucho le quieren.
Yo con mi padre venía
Contenta, feliz y alegre,
Para entrar por gusto mio,
Y con vocacion ardiente
En la vida religiosa,
Que vida eterna promete.
Esta mañana, señor,
Los compañeros que tienes,
Me robaron de mi padre,
Falsos, tiranos y aleves.
Por ser grande la cuadrilla,
No pudiendo defenderse,
Se fué mi padre llorando,
Seguido de sus sirvientes.
Hé aquí la triste causa
De que cautiva me encuentre;

Mas confio en tu nobleza
Que has de ampararme y valerme,
Viéndome tan niña y sola
Contra el furor de estas gentes.
Y arrojándose á sus plantas,
En los brazos la suspende.

El caballero promete á la dama defenderla y librarla, é invitándola cortésmente á que se recogiese en el lecho, él se queda reclinado en un banquillo á la puerta de la estancia para velar por élla.

Apénas amaneció, el capitan presentóse á los bandidos, acompañado de la doncella, que parecia muy alegre, expresion de contento que dió lugar y motivo á que los maliciosos ladrones exclamasen al verla: *¡Qué linda nuestra capitana viene!*

Pero sobrevino una gran tormenta, y no pudiendo salir á robar, se recogieron aquella noche muy descuidados, y cuando estaban profundamente dormidos, el capitan, acompañado de su padre y de su amigo, los fué sorprendiendo por parejas y atando de piés y manos, de suerte que la jóven quedó libre para entrarse monja; el rey premió al valeroso mancebo, y por su mediacion fueron indultados los bandidos, prévio su arrepentimiento, segun el romance.

He citado esta narracion, porque con algunas variantes en los detalles y accidentes, élla es el tipo y constituye el fondo de infinitos romances de la misma época y especie.

Ya he indicado que entre los diferentes círculos de la Hampa vivian mulatos, y que á la reunion de éllos se designaba con el nombre de la *Mulatesca*, así como tambien el que la raza española conservaba cierto predominio áun en medio de la abyeccion general de aquellas clases desheredadas, perseguidas y en constante lucha contra la sociedad entera.

Sólo así puede explicarse el tono friamente burlon, por no decir desalmado, que se advierte en el romance que lleva por título EL MULATO DE ANDÚJAR.

Este romance es sin duda de época posterior al de LOS BANDIDOS DE TOLEDO y otros semejantes, en los cuales se nota que lo trágico de las situaciones está tomado sinceramente por lo sério, miéntras que en *El Mulato de Andújar* y sus similares ó congéneres se ridiculiza sin entrañas hasta el mismo acto del enforcamiento.

En suma, diré que en todos estos romances puede advertirse muy clara y distintamente que, despues de la entonacion grave, aparece el tono burlesco; despues de la faz trágica, la faz cómica.

Y para que se forme cabal juicio de la exactitud de mis precedentes observaciones, insertaré íntegro el citado romance, que dice así:

Con el Mulato de Andújar
Sollozando está Juanilla,
Porque le han puesto cadena

Para colgarle en su dia.
La decoccion de la uva
Hasta la muerte la brinda,
Pues parecerá, colgado,
Un racimo de uvas tintas.
Si la sacuden el polvo
A la triste cuitadilla,
Segun dicen malas lenguas,
La mala ha sido la mia.
Por mi mala lengua sólo
Hoy le condenan, amiga,
Y dejan á los figones
Con tantas malas y frias.
No llores Juana, por tio;
Que te vuelves vieja, mira
Que es propio de malas lenguas
Hacer mojar á sus niñas.
¿Qué ha de hacer, si le condenan
Por unas llaves hechizas?
Que ha sido agua de cerrajas
Todo cuanto le acriminan.
¡Dicen que es culpa quitarle
A un hombre una piedra rica!
¿Qué saben estos señores
Si sería mal de orina?
Lo demás que le acumulan
Todo ha sido niñería,
Porque una muerte mal hecha
En un rosario se mira.
Si era corchete, eso propio

Hace la causa más tibia;
Pues destripar un corchete
Suele hacerlo una ropilla.
De su muerte, amiga Juana,
Tuvo culpa su bebida,
Pues por lo que el vino hace,
Mejor es ahorcar á Esquivias.
Si estaba el mulato entónces
Calamocano de vista,
A un hombre que está asomado
¿Quién le culpa una caida?
Al agarrarle el corchete,
Él sintió en la zancadilla,
Que á un hombre hinchado de panza
No es bien meterle en pretina;
Mas ya pienso que le sacan:
Déjale salir, amiga,
Que no se ha de ahorcar un hombre
Porque le lleven aprisa.
Deja el llanto, pues agora
Esta jácara nos brinda,
Y bailemos acá abajo,
Miéntras él danza allá arriba.
Dices bien: canten y toquen;
Que ya la Gualda y Marica
Salen diciendo al tablado:
Allá va la jacarilla.

Posteriormente celebraron los romances las hazañas y aventuras de los contrabandistas, entre

los cuales figuran en primera línea los de El Guapo Francisco Estéban, con cuyo título se escribieron cuatro, que refieren las bravezas de este famoso maton á veces, y á veces perdonavidas.

El que de todos estos pudiera llamarse romance autobiográfico de Francisco Estéban, comienza del modo que sigue:

Tiemble de mi nombre el mundo
Y extremézcanse los vientos,
Atemorícese el orbe
Y los hombres más soberbios;
Porque si digo quién soy,
Tengo formado concepto
Que no hay valiente ninguno,
A quien yo no cause miedo.
No vale nada Benet,
Ni Corrales, ni Escobedo,
Ni Escábias, ni Pedro Gil,
Ni Gordillo, ni Juan Bueno,
Pedro Ponce, ni Carrasco,
Sebastian Gil, ni Cañero,
Ni ménos Martin Muñoz,
Porque, aunque valientes fueron,
A vista de mis arrojos
Sus hechos se oscurecieron.
Pero ¿para qué me canso,
Si soy tigre en lo soberbio,
Si leon en valentía,
Y una fiera en lo sangriento?

Francisco Estéban me llamo,
Y arrogante considero
Que tendrán todos bastante
Para ver que todo es cierto.
En la ciudad de Lucena,
Cuyos timbres van de aumento
Por su clima y por sus hijos,
Dándoles Céres sustento,
Dándoles Márte valor
Y Minerva lucimiento;
En esta noble ciudad
Nací de padres gallegos,
Y porque me ejercitase,
A un oficio me pusieron;
Mas el maestro me dió
Una zurra por travieso,
Y le apedreé la puerta,
Saliéndome al punto huyendo;
Y en la ciudad de Jaen
Me dieron plaza en un tércio.

Sigue el *Guapo* refiriendo que por su valentía llegó hasta sargento, empleo que sirvió unos once meses y que abandonó á causa de haberlo ultrajado su capitan, al cual desafió, y en vez de aceptar el reto, mandó á dos cabos que lo prendiesen; pero él los puso en fuga á cuchilladas.

Huye á Alicante, pasa á Cartagena, y allí le sale al encuentro una mujer con un niño de la mano, que le dice:

Caballero,
Aqueste hombre me persigue,
Ponga usted á éllo remedio.
Díjele: Señor hidalgo,
Tenga usted más miramiento,
Y con las pobres mujeres
Nunca se pase á ser nécio.
Respondió que no queria,
Y que á mí ¿qué me iba en éllo?
Mas con un tercerolazo
Le dí la respuesta, á tiempo
Que la mujer por delante
Se puso, la paz pidiendo,
Y hombre, mujer y muchacho
De un tiro quedaron muertos.

Despues de algun tiempo y diversas aventuras se hace contrabandista, intentan prenderle y escapa á fuerza de puños; pero dejando atrás las cargas y los caballos; y el romance continúa:

Porque me las embargó
El Gobernador, diciendo
Que ya que no me prendia,
Que me cortaba los vuelos.
Supe que en su caserío,
De mulas habia un juego,
Que estaban dándoles verde;
Se las quité, y al momento
Le escribí que las tenía

Para recobrar el precio
De los caballos y cargas,
Y salí bien de mi empeño.
Las cargas se habian vendido,
Los caballos me volvieron,
Y para cobrar su importe
Un vale me hicieron luégo.
A Málaga dí la vuelta
Y por élla me paseo,
Donde supe que campaba
Boca-Negra, y con aliento
Lo desafié una noche.
Salimos, donde riñendo,
Quedó herido mi contrario,
Y quise dejar el duelo
Hasta que se hubo curado;
Y segunda vez al puesto
Salimos, donde quedó
De mi valor satisfecho;
Pues llevó segunda vez
Agujereado el pellejo.

Desde Málaga dirigióse á Granada, ganoso de conocer á otro maton de su tiempo, llamado el *Guapo de Santaella*, á fin de reñir con él buenamente y averiguar cuál de los dos tenía más hígados.

En efecto, le busca, lo encuentra, lo desafía, riñen, Estéban lo mata y huye á la córte, donde en tres meses riñeron con él seis guapos y á todos les hizo cantar la gallina.

Vuélvese á Lucena, permanece allí algun tiempo, se dirige luégo á Jaen, y allí se casa, abrigando los más vivos deseos de vivir tranquilo y sosegado.

Pero su mala ventura no le permitió llevar á cima su propósito; pues el romance prosigue:

Mas en las carnicerías
Sucedió un donoso cuento,
Que un garduño de las bolsas
Iba la mano metiendo
Para agarrarme la mia;
Mas yo con mucho silencio,
Con el rejon, dije: Amigo,
Remédiese con aquésto.
Le eché las tripas afuera,
Y luégo con paso lento
Me fuí, y de allí las justicias
Sobre unas cargas quisieron
Descaminarme, mas yo
Hice que fuesen huyendo.
Con el tabaco y la sal
Tuve mi mantenimiento,
Y por ser Jaen gran charco,
Otro busqué más pequeño.
Entónces me mudé á Cabra,
En donde estuve viviendo,
Y con otros alentado,
Viajes hacía al Puerto,
Donde, sin sacar despacho,

Todos fueron tan atentos,
Que nunca tuve percances,
Ni los que conmigo fueron.
Me pasé á Cádiz un dia,
Donde á cierto almacenero
Once cargas de tabaco
Compré, con mis compañeros.
Hubo soplo, y al salir,
Descuidados nos cogieron;
Vendiéronse los caballos,
Y quedamos sin remedio.

En tal situacion, *el Guapo* Estéban se vé muy apurado, sin poder continuar en su trato; pero entónces resolvió dar un golpe de audacia, que le salió á las mil maravillas.

Éntrase armado en casa del Gobernador, sube, echa la llave, y previniendo su trabuco, le dice:

Señor hidalgo,
Yo vengo por el dinero
Que importaron los caballos
Y las cargas, porque es cierto
Que estoy tan pobre, que ya
Casi qué comer no tengo;
Y ésto sin réplica sea,
Porque yo vengo por éllo.
El hombre todo turbado
Sacó al instante el dinero
En doblones, y pagó,
Y quedamos despues de ésto

Amigos para otra vez.
En Puerto Real me acuerdo
Que el arrendador de allí
Quiso embarazarme, y luégo
Que hube sacado las cargas,
Fuíme á su casa corriendo.
Pregunté si estaba en élla,
Las mujeres respondieron:
Sí, señor; mas vuelva usted,
Porque ahora está durmiendo.
Entré en una sala baja
Donde tenía su lecho,
Y con un tercerolazo
Lo dejé al instante muerto.
Sucedióme en el camino
Que faltándome el dinero
En la venta donde estaba,
Me reventaba el ventero
Porque pagase la costa,
Y paguéla tan de presto,
Que á la otra vida volando
Se marchó dejando el cuerpo.
Supe que Diego Ruiz
Y todos mis compañeros
Pretendian el indulto.
Por aquietarme, intentélo;
Mas el señor presidente
A todos negocia, ménos
A mí, pues dijo tenía
Embarazo para éllo.

Fuí á Granada, y en su casa
Con su persona me encierro.
Dijo: ¿qué se me ofrecia?
Respondí: Señor, yo vengo
A saber por qué razon
Se me niega mi remedio.
Yo soy Estéban el Guapo,
Ese leon que es tan fiero,
Y si no voy con indulto,
Seré terror de este reino.
Quiso enviar dos criados
A la calle, y estorbélo.
Díjome entónces: ¿En qué,
Estéban, servirte puedo?
Y yo respondí: Señor,
A lo que arrestado vengo,
Es á pedir que se quemen
De mis causas los procesos.
Y él replicó: Pues Francisco,
Si ese sólo es vuestro empeño,
Vedlo, que aquí á vuestra vista
Los consume en llama el fuego;
Mas á Ceuta por dos años
Por mí y por vos iréis luégo.

Márchase en efecto á Céuta, hace allí mil valentías, y en una de las salidas que hicieron las tropas españolas, clavó los cañones de los moros; pero habiendo cargado sobre él gran número, logró salvarse con grave riesgo.

Muy pronto se cansó de estar en Céuta; apoderóse de un barco, y con otros siete compañeros, regresó á la Península, en donde, segun dice el romance:

Volvíme á mi contrabando,
Y hallándonos en el Puerto,
Supe que algunos decian
Que sacaba yo sin riesgo
El tabaco, por llevar
Conmigo gente de aliento.
Tomé un saco, y por las calles
Iba como un costalero
Diciendo: ¿Compran tabaco?
Y ningunos me tosieron.
Despues en Cabra vivia
Públicamente vendiendo
Tabaco y sal por las calles,
Y tambien tenía un puesto,
En donde vendia vino
Sin pagar ningun derecho.
Los serranos de Lucena
Tambien á Cabra vinieron
Con intento de vender,
Como yo lo estaba haciendo.
Entré y quebré las medidas,
Derramando por el suelo
El licor de los pipotes;
Y éllos cuando lo supieron,
Al puesto que yo tenía
A hacer lo mismo se fueron.

Acudí con la noticia,
Cerrando con todos éllos.

En resúmen; *el Guapo* Francisco Estéban no dejó de ser afortunado, pues en vez de acabar en el patíbulo, como era natural y lógico, gracias á sus poderosos valedores, fué tan sólo condenado á ser apaleador de sardinas, como lo relata el final del romance, en los términos que siguen:

Supo el caso la justicia,
Y cogiéndome en el hecho,
Me llevaron á la cárcel,
Y diligencias hicieron
Por privarme de la vida;
Mas tuve buenos empeños,
Y á las galeras de España
A remar me echan sin sueldo.

En el precedente romance despunta ya aquél género hiperbólico y ponderativo, que en nuestros dias ha llegado á su apogéo en comedias y canciones andaluzas.

Tambien en esta composicion se advierte con caractéres bien definidos la diferencia que existe entre el bandido y el contrabandista, sin que por ésto pierda su exactitud el dicho de que *de contrabandista á ladron, no hay más que un escalon.*

Pero las reflexiones más sérias que el romance de este *Guapo* sugiere, son las referentes á la administracion de justicia y á la fácil condes-

cendencia de las autoridades con los criminales.

Esta condescendencia no debe siempre atribuirse á cobardía por parte de gobernadores, magistrados y jueces, sino á la irresistible y general simpatía que el valor temerario inspira en todos los pueblos, y más particularmente en la raza española, tan refractaria á la legalidad, como de suyo inclinada á la lucha y á la violencia.

Los romances de bandidos han continuado hasta la época presente, y apénas se hallará un criminal famoso, de quien no se haya compuesto su correspondiente romance, contando sus fechorías, celebrando sus guapezas y revistiendo con frecuencia el crímen con atractivos colores, en vez de pintarlo como es, odioso y repugnante.

En vano el Consejo de Castilla, en nombre de Cárlos III, prohibió la impresion de pronósticos, romances de ciego y coplas de ajusticiados, *por su ninguna utilidad para la instruccion pública, y por evitar los efectos perjudiciales que ocasiona en el público su lectura* (1).

Pero léjos de haber menguado este funestísimo género de literatura popular, por el contrario, ha encontrado en los tiempos modernos un auxiliar poderoso en la mayor publicidad en periódicos y áun en hojas volantes, que se concede á los relatos de horrendos crímenes y de las postrimerías de los condenados á muerte, en donde siempre es fácil

(1) Real cédula de 21 de Julio de 1767.

advertir la tendencia á idealizar el carácter de los más célebres delincuentes, de modo que á los romances del vulgo se añade por toda la prensa con funesta minuciosidad este linaje de indiscretas noticias y perniciosa lectura.

A mayor abundamiento, este género de literatura se ha reforzado en nuestros dias con la que pudiéra llamarse *novela bandoleresca* (1), en la cual no siempre resplandece el conato de que el principio moral salga triunfante y revindicado, como solia suceder en las antiguas novelas del género picaresco.

Hechas las precedentes indicaciones, sólo me resta añadir que, así como la literatura es la medida de la civilizacion y del progreso de los pueblos, así tambien puede ser un coeficiente de gran potencia para pervertir el sentido moral de las muchedumbres.

En este concepto, atendida la inmensa importancia de la cuestion en sí misma, y con mayor motivo tratándose de los orígenes del Bandolerismo, consagraré algunas consideraciones, siquiera sean muy breves, á la relacion que debe existir entre la moral y la literatura.

---

(1) No se entienda que yo condene ningun género que surja de la espontaneidad social. El sentido de mis apreciaciones únicamente se refiere á que el órden moral en ningun modo salga vulnerado. En una palabra, si el gran maestro Boileau ha dicho respecto al agrado que *todos los géneros son buenos, ménos el fastidioso*, yo añadiré que, supuesto el interés, amenidad y recreo, todos los géneros son buenos, con tal que en sí no contengan *consecuencias inmorales*.

CAPÍTULO XXVI.

LA MORAL Y LA LITERATURA.

La verdad es objeto de la inteligencia, el bien es objeto de la voluntad y la belleza es objeto de la imaginacion y del sentimiento.

No se entienda, sin embargo, que cada una de estas esferas y facultades humanas sean tan exclusivas y aisladas, que la inteligencia sólo pueda aplicarse á la verdad, y no á las otras manifestaciones del bien y de la belleza.

En el concepto de verdad, laten inmanentes el bien y la belleza, y en este sentido afirmaba Platon, que la belleza no era más que *el resplandor de la verdad.*

En el concepto de bien, están implícitas la verdad y la belleza, porque toda accion buena es *ipso facto* verdadera y bella.

Y por último, en el concepto de belleza están concentrados todos los elementos de la naturaleza humana, razon, inteligencia, sentimiento, imaginacion y sensibilidad, y cuando á ésta sólo afecta la regularidad de la forma, resulta lo hermoso,

formosus; pero cuando la imaginacion y el sentimiento son afectados, es decir, la sensibilidad interna, por la verdad moral de los actos, ó sea la bondad de caractéres, cualidades y acciones, revestidos con su forma ó hermosura correspondiente, se produce lo bello.

Resulta, pues, que la belleza es por sí misma verdadera y buena, y que sería contradictorio y absurdo concebir una belleza falsa y mala, porque en tal caso, la belleza dejaria de serlo.

Establecido este criterio, no sólo puede afirmarse que la *bella* literatura es la *buena*, sino que tambien es el hilo conductor que debe guiar á la crítica en sus apreciaciones y juicios, respecto á todas las obras de arte y producciones del ingenio humano.

Ahora bien; aplicando estos principios á las *Celestinas* y á sus similares del género lupanario, así como tambien á la novela picaresca, camandulera y satírica, al drama cómicamente santurron ó sériamente místico, y á los romances de bandidos y contrabandistas, emitiré brevemente y en general mi opinion sobre las consecuencias y efectos morales, que todas estas manifestaciones y formas literarias han podido producir en la sociedad y costumbres españolas, en relacion con las concausas y orígenes del Bandolerismo.

Respecto á este punto de crítica, predomina hoy una especie de axioma, que en general me parece muy razonable, pero cuya estricta aplicacion pu-

diera ser en extremo peligrosa ó aventurada en algunas ocasiones.

Siéntase por principio inconcuso que la inmoralidad en literatura no consiste en *poner á la vista* los vicios, crímenes ó torpezas de la sociedad, sino en *presentar* estas deformidades bajo un aspecto seductor y atractivo; y se admite que la moralidad queda á salvo, con tal que en la obra de arte se pinte odioso al vicio y á la virtud amable.

Repito que en general esta apreciacion puede ser exacta, y yo no tendria inconveniente en admitirla como un axioma de absoluta evidencia, siempre y cuando se limitase su alcance con una sola reserva, referente al modo, forma y grado, en que deban *ponerse á la vista* los vicios, crímenes ó torpezas de la sociedad, por más que *se presenten* bajo un aspecto aborrecible y repugnante.

En efecto, la presentacion de ciertos vicios puede hacerse tan al desnudo, como se advierte en la *Celestina*, *Serafina*, *Lozana Andaluza*, en el *Lisandro* y otras obras por el estilo, que el mal efecto y el daño sean funestos é irremediables, por más que luégo, á la postre, los autores se afanen en alegar razonamientos y sentencias morales para convencer al jóven incauto que las haya leido con indecible deleite, de que aquella delectacion ha sido pecaminosa.

En tales circunstancias, en ciertas ocasiones y con respecto á determinadas obras, el remedio es completamente ineficaz, no sólo porque llega tarde

ó á destiempo, sino tambien porque los incentivos de ciertos cuadros contienen más aliciente, energía y eficacia que todas las graves, sesudas y frias declamaciones contra el primer efecto producido, cuando ya el daño está hecho.

Y como entre dos fuerzas desiguales predomina la mayor, y como cierto linaje de seducciones tiene más fuerza que cierta clase de homilías, resulta que el mal triunfa del bien, que el sermon es inútil, que la inmoralidad es un hecho consumado, y que la moralidad abstracta de algunas frases condenatorias queda reducida á palabras, y nada más que á palabras, sin eficacia práctica ninguna.

A ésto se me responderá tal vez que el axioma proclamado no reza con tales obras, porque de ser así, no habrian cumplido con la condicion exigida de pintar odioso al vicio y amable á la virtud, en cuyo caso quedarian en todo su vigor mis reflexiones respecto á las obras citadas.

Quede, pues, asentado que el precedente axioma literario, relativamente á las obras de ingénio, tiene y debe tener sus excepciones, tratándose de libros como la *Celestina* y otros semejantes, sin que yo por ésto niegue en lo más mínimo las excelencias y méritos de algunos de éllos, no en la concepcion y sustancia, sino en la ejecucion externa y sobresalientes dotes de lenguaje y estilo.

Hechas estas indicaciones, se comprenderá fácilmente que en general considero muy pernicioso para las buenas costumbres el género lupanario.

La mision del arte, recta y sábiamente comprendida, es muy diversa y debe ocuparse siempre del ideal, es decir, de los hombres y de las cosas, no como son, sino como deben ser en su verdad genuina, con sentido moral, y por consiguiente, en toda la plenitud de su belleza.

El alma humana se eleva entónces á las sublimes regiones de lo verdadero, de lo bueno y de lo bello, y siente con gozo infinito despertarse en su conciencia todas las virtualidades que en sí encierra y contiene, para trasfigurarse en un sér más perfecto que el actualmente histórico; y este anhelo sin límites, este constante esfuerzo, esta ansiedad generosa, esta aspiracion insaciable y este ascenso infinito, es la ley de la vida, el progreso de la moral, el triunfo de la ciencia, la sumision de la naturaleza, la realizacion creciente del ideal y el perfeccionamiento cada vez mayor y en todos sentidos, de individuos, de naciones y de la humanidad entera.

El mundo del arte atestigua la elevacion de la naturaleza humana, que sabe crear de su propio seno un mundo más bello y más perfecto que el mundo real de la naturaleza física y que el mundo moral de la historia realizada.

Sacar el arte de esta esfera, es desnaturalizarlo y áun prostituirlo.

Ni el tiempo, ni la ocasion, ni la índole de esta obra me permiten extenderme más en este género de consideraciones, y por lo tanto, viniendo á mi

particular propósito, diré que las obras de arte, por ideales que se las suponga, una vez lanzadas al torrente de la circulacion, vienen á incorporarse, como otras tantas realidades, al inmenso depósito del progreso humano.

Así se comprende, que don Quijote y Sancho, creaciones ideales de Cervantes, hayan alcanzado una realidad más que histórica, y que muchas gentes incultas se imaginen, que tales personajes han tenido efectiva existencia.

Resulta, pues, que las producciones literarias pueden pintar personajes y tipos ideales ó reales; pero una vez conocidos estos tipos y estos personajes, adquieren una cierta realidad relativa, segun su concepto y ejecucion artística, de modo que los que en su orígen fueron creaciones de la imaginacion ó copias de modelos observados, llegan á sér luégo caractéres imitables é imitados por los demás hombres, y que por lo tanto, pueden ejercer y ejercen en la sociedad un influjo real, efectivo, de indudable eficacia y de inmensas consecuencias en el órden práctico.

El Guzman de Alfarache, por ejemplo, fué un tipo existente, copiado de la realidad, fotografiado si se quiere, y en este sentido puede asegurarse, que el estado de aquella sociedad suministró los elementos primordiales de su concepcion, y de su aparicion en la escena del mundo; pero luégo á su vez influyó poderosamente en el público, de suerte que la que en su principio fué copia de un indivi-

duo, pudo ser más tarde objeto de la imitacion de muchos pícaros.

Hé aquí pues trazada la línea divisoria, entre los antecedentes genesiácos de las producciones literarias y su influjo y consecuencias prácticas en la sociedad y en la historia.

Yo no dudo que esta obra, así como otras de su género hayan podido ejercer un influjo saludable y moralizador en algunas ocasiones, como afirman Ticknor y Lesage; pero tambien es innegable que la descripcion de las aventuras, lances y estafas de estos tipos de la Bribia, habrá producido en otros casos efectos diametralmente contrarios, y esta consideracion puede aplicarse á todos los libros de la misma especie.

Respecto al género sériamente *místico*, diré que no sería justo negar las sublimes bellezas y profundas ideas que resplandecen en algunos dramas de esta clase, como sucede en *El condenado por desconfiado*, de Tirso de Molina, ó sea Fray Gabriel Tellez.

Esta especie de dramas tenía la ventaja de elevar el espíritu del pueblo á las regiones de lo sobrenatural, de lo maravilloso y de lo eterno; y si bien juzgo que éste podia ser un gran elemento de cultura moral, tambien es necesario conceder que en la mayor parte de los casos se fomentaba la torpe credulidad y la funesta supersticion; pues no todos los autores podian compararse en seso y mesura con el insigne Tirso.

Además, este género, tratado por inteligencias preocupadas ó vulgares é imperitas manos, degeneraba fácilmente en el que puede calificarse de *santurron*, el cual tenía el gravísimo inconveniente de fomentar *la camandulería picaresca* de que ya he hablado, dando lugar á que muchos bribones explotasen en su provecho la hipocresía y fanatismo de aquella época.

Pero la lectura más perniciosa de todas era la de los romances de ciego, mediante los cuales adquirían fama y celebridad los más feroces bandidos, familiarizando al pueblo con la noticia y relato de los más espantosos crímenes, y estimulando al mismo tiempo la temeraria osadía de los malhechores, los cuales, por una horrible perversion de ideas y sentimientos, aspiraban con afan á la funesta gloria de verse aplaudidos en un romance, despues de ahorcados.

El influjo y prestigio de los romances dura todavía en el ánimo de los facinerosos, hasta el punto de que no solamente los saben de memoria, los recitan y cantan, sino que tambien consideran que no es bandido de marca ó de pelo en pecho, el que por sus sus fechorías no llega á conseguir que ya se le esté escribiendo su correspondiente romance, cuando se encuentra en capilla, condenado á muerte.

Doloroso, pero necesario es decirlo sin ambajes: durante largos siglos las preocupaciones, las ideas, los sentimientos, la opinion, los ejemplos, la administracion de justicia, la curia, la organizacion

social, y á mayor abundamiento, hasta la misma literatura, han contribuido poderosamente á fomentar por diversas vías el desarrollo del bandolerismo.

Sin duda no pueden suprimirse las manifestaciones precedentes de la historia; pero tambien es cierto que si ésta, como archivo de lo pasado y espejo de lo presente, ha de ser provechosa enseñanza para el porvenir, no puede negarse que hoy es necesario volver en literatura á la más estricta aplicacion de la ley reguladora del arte, el cual consiste en la representacion ideal de la naturaleza y del hombre, con el sentido y mira de obtener el perfeccionamiento físico y moral de la especie humana.

Cumpliendo los escritores con esta soberana ley, ni siquiera sería necesario suscitar la cuestion de la inmoralidad en literatura, supuesto que todas las concepciones serian buenas en su sentido y tendencia moral, ya que no todas llegáran á ser igualmente bellas, á causa de la infinita variedad de ingenios, cuya potencia creadora únicamente de la naturaleza se recibe.

Sólo así podrán prevenirse para lo sucesivo los inmensos males que puede producir en la sociedad lo falso, lo criminal, lo deforme, es decir, una literatura que no tenga su raíz, base y asiento en la verdad, en la virtud y en la belleza.

CAPÍTULO XXVII.

LA SOPA.

La falsa devocion, el fanatismo, la piedad mal entendida y una especie de egoismo espiritual incomprensible, que sólo aspiraba á proveerse de misas y sufragios, perpétuamente garantizados con bienes raíces, habian producido en España, bajo la doble inspiracion de las órdenes monásticas y el clero secular, una monstruosa cantidad de fundaciones, conventos, capellanías, patronatos, aniversarios, memorias y obras pías, que vinieron á dejar la mayor parte del territorio en poder de manos muertas.

A todos estos inconvenientes de la amortizacion eclesiástica, se agregaban los que provenian de la amortizacion civil, vinculaciones y mayorazgos.

Resultaba de aquí, que la agricultura, arte sustentadora de todas las otras, base y cimiento de la subsistencia de las naciones, quedábase reducida á su más mínima expresion, porque la cantidad de prédios rústicos en circulacion era insignificante, y por lo tanto, las tierras habian adquirido los enor-

mes precios que en todas las cosas produce la carencia, y áun así y todo, aquellas mismas fincas no estaban completamente libres de censos, enfiteúsis, laudémios y otras cargas por el estilo.

Pero todavía aquel estado tan precario de la agricultura se agravaba más y más con los injustos y absurdos privilegios de la Mesta, que entre otros censurables y funestísimos abusos, producia el de aplicar á pastos los terrenos más extensos, feraces y productivos de cereáles y otros artículos de absoluta y primera necesidad para la vida humana.

Excusado parece decir que este lamentable abatimiento de la agricultura era la condicion primordial y la causa más eficiente de la nulidad de nuestra industria, y, por lo tanto, de la exigüidad de nuestro comercio; pues sabido es que estas ramas de la actividad social provienen directamente y en respectiva proporcion del manantial primitivo de la agricultura.

Pero la consecuencia más natural y terrible de tal estado de cosas, era el aumento creciente de la despoblacion, pues que á fines del siglo XVII se habian triplicado los conventos, habian emigrado muchas familias, habia crecido el número de los clérigos y multiplicádose las capellanías y otras fundaciones piadosas hasta un extremo inconcebible, calculándose la mengua del vecindario en siete décimas partes, cifra enorme, que á la vez indigna y aterra.

Á todas estas causas de infelicidad, pobreza y

decaimiento, agregábanse las preocupaciones de la época, segun las cuales, como ya en otro lugar he indicado, los oficios mecánicos eran mirados con inesplicable desdén, entre otras causas, por haberlos ejercido los moriscos y judíos, y por lo tanto, la raza vencedora parecia tener á mengua el ocuparse de éllos; y como por otra parte, la agricultura y la industria requerian por su estado abatido muy pocos brazos, la holgazanería era la profesion, por decirlo así, no sólo considerada como más honrosa, sino además inevitable, de la inmensa mayoría de los españoles.

El fanatismo religioso, las falsas y funestas nociones respecto al derecho de propiedad, la legislacion consiguiente que sancionaba aquellos errores, la manía de perpetuar el lustre y nombre de las familias, mediante la fundacion de mayorazgos ó vinculaciones, y por último, la sórdida codicia, la satánica soberbia y el asqueroso egoismo del clero, que en lugar de ser el gran maestro de la sociedad, como en los primitivos tiempos, y considerar que su reino, segun el precepto sublime de Jesús, no era de este mundo (1), sentábase por el contrario á la cabecera del rico moribundo, y aprovechándose de los sombríos terrores de su conciencia, que él fomentaba, desnaturalizando las promesas de un Dios de paz y misericordia con las más feroces amenazas, á fin de arrancarle á la úl-

(1) *Regnum meum non est de hoc mundo.* Evang.

tima hora las más pingües donaciones para el monasterio ó para la fábrica parroquial, en cambio y como compra de la salvacion eterna de su alma; aunque la viuda, los huérfanos y los deudos más cercanos tuviesen al dia siguiente que acudir con su escudilla á la portería del convento, enriquecido con sus propios bienes, á mendigar y recibir el bodrio que la generosidad eclesiástica ofrecia á los mismos, de cuya espantosa indigencia era autor y responsable.

Al clero de aquella época, que de tal manera se conducia, pueden aplicarse con más razon que á nadie aquellos sabidos versos:

El señor Don Juan de Robres,
Con caridad sin igual
Hizo este santo hospital...
Y tambien hizo los pobres.

En mi concepto, la vileza y la criminalidad del bandolero, que en el camino amenaza con su trabuco la bolsa ó la vida del viandante, no pueden compararse jamás con la ruin cobardía, con la diabólica astúcia, con la burla feroz y con la horrible amenaza del infierno, que el monje ó el clérigo hacian al moribundo, abusando de la santa religion y ofreciéndole premios y gloria en la otra vida, en proporcion exacta con los bienes que dejase á la Iglesia en el instante solemne y sagrado de su muerte.

Nunca el bandolerismo en sus variadas é históricas trasformaciones ha podido tomar una forma tan indigna, tan cobarde, tan odiosa, ni cuyas consecuencias fuesen tan disolventes y funestas para la religion, para sus ministros y para la sociedad entera.

Con tales elementos, el lector puede formarse ya la idea de lo que era aquella organizacion social, únicamente favorable para el clero y para la nobleza, y todavía ésta en su mayor parte se hallaba reducida á la precaria situacion de *alimentista*, con respecto á los primogénitos ó mayorazgos.

Desde luégo paso en silencio la horrible perturbacion moral, que semejante sistema introducia en el seno de las familias, promoviendo entre los hermanos rivalidades, celos, ódios, envidias y todas las malas pasiones; que tal es el galardon merecido y la consecuencia obligada que siempre atrae la violacion de las sagradas leyes de la humanidad y de la naturaleza, como acontece todavía entre los hermanos y hermanas de los *hereus* y de las *pubillas* en la liberal é igualitaria Cataluña.

No es extraño, sin embargo, que tales abusos é injusticias se prolonguen en algunas de nuestras provincias, cuando hemos visto pasar por el poder á las parcialidades políticas que más blasonan y alardean de progresivas y regeneradoras, sin que se les haya ocurrido el declarar de un golpe y de una plumada libre la propiedad territorial, coro-

nando asi las generosas aspiraciones de las leyes desamortizadoras que, en tiempos incomparablemente más difíciles, plantearon Mendizabal y sus amigos, con eterna gloria suya y en bien general de la nacion española.

Pero concretándome á las condiciones económicas y medios de vida de los individuos y familias de la muchedumbre en aquella calamitosa época, debo decir que los mismos privilegiados reconocieron la necesidad imprescindible de multiplicar los hospitales y demás establecimientos de beneficencia, si no á impulsos de la ferviente caridad cristiana, que en determinados personajes sería injusto negar, al ménos por la egoista consideracion de que ni éllos mismos habrian podido prolongar su anómala existencia, sin acudir en socorro de aquel mismo pueblo, que llevaba todas las cargas, que sufria todas las vejaciones, y que, sin embargo, les era tan necesario para vivir, como el burro al arriero.

España, pues, era un hospicio inmenso en que los depredadores tenian acogidos á los despojados; y para perpetuar aquel violento estado de cosas, además de numerosos hospitales y refugios, inventaron la sopa diaria, bodrio, guiropa ó bazofia, que se repartia en los conventos, y á la cual se precipitaba famélico y presuroso el pueblo español, como en otro tiempo la envilecida plebe romana acudia al átrio de los patronos para recibir su espórtula diaria.

A toque de campana, y de doce á una, solia repartirse la sopa, y era de ver en aquellos bienhadados tiempos, tan encarecidos como llorados por cierta casta de gentes, cómo á tal hora, por calles y plazas corrian con su escudilla ó puchero mozas desarrapadas, mozos de halda y esportilla, menestrales sin trabajo, militares estropeados, estudiantes con sus manteos y capachas, hidalgos con raidas ropillas, pretendientes desesperados, viejas mendigas, viejos pordioseros, dueñas encubiertas con sus mantos, beatas con sus monjiles, doncellas huérfanas y vergonzantes, campesinos en forzada huelga, lacayos desacomodados, rapaces huidos de sus casas, pajecillos traviesos, jugadores perdidosos, rateros, rufianes, tias, hombres, mujeres, niños, niñas, familias enteras, casi toda la nacion, empobrecida, degradada, ignorante, supersticiosa y haragana, concurria solícita y puntual al pórtico de los monasterios para recibir su pitanza de manos de los que hábilmente se habian apoderado de la mayor parte del territorio, y de los que conocian á fondo el arte satánico de embaucar, oprimir, explotar, embrutecer y fanatizar á la ciega y desventurada muchedumbre.

En torno de la puerta se armaba infernal gritería de riñas, denuestos, reconvenciones, chismes, rencillas, rezos, cantos y lloriquéos, hasta que todos callaban ante el poderoso *quos ego* del robusto donado, que se presentaba radiante y fulgente, precedido de la enorme y humeante cal-

dera, y esgrimiendo con majestuoso ademan su cazo, cual si fuera un régio cetro.

Entónces comenzaba el acto solemne del repartimiento de la sopa, recibiendo cada uno su medida racion ó correspondientes cazadas, segun era para él ó su familia; pues en general el lego conocia personalmente á la diaria clientela, y desde luégo reparaba en los extraños ó forasteros que por primera vez iban á demandar la pitanza; de suerte que, bajo este aspecto, los donados solian ser personajes muy populares y harto influyentes en las masas, como se diria en el actual idioma político, y, por lo tanto, muy á propósito para promover motines y asonadas, como más de una vez sucedió, segun á sus planes convenia, desde los tiempos más remotos hasta el famoso motin de Esquilache, atribuido á los hábiles manejos y secretas excitaciones de los Jesuitas.

Aquel espectáculo no carecia de interés para un observador atento y reflexivo.

Los sopones ó pobres al descubierto, que eran la gran mayoría de los españoles, iban presentando al lego sin reserva sus pucheros ó escudillas, y no pocos sacaban en el acto sus cucharas y se embaulaban al punto el bódrio; pero algunos hidalgos de portante, envueltos en su capa, con espada ceñida, calzas atacadas, botas justas, cuello abierto y sombrero de lado, penetraban más allá de la portería, y en cualquiera rincon del cláustro embucházbanse la sopa, no en publico. sino á lo escon-

dido, y, por lo tanto, segun éllos se imaginaban, con más honor y decoro.

Muchos de aquellos hambrientos hidalgos llevaban la fachenda de su negra honrilla hasta el extremo de hacerles creer á los frailes, que no recibian la sopa bendita por necesidad, sino por devocion, para mostrarse humildes, dar ejemplo y mortificarse así más cruelmente, que si á raíz de la carne llevasen oculto y torturador cilicio.

Tambien solian entrar en el interior de los conventos, para comerse aparte su buena racion, huérfanas de calidad y dueñas muy engalanadas, que por lo visto eran parientes de los padres graves; y de igual modo y con el mismo propósito penetraban con ademan brioso mozallonas del pueblo que, á su vez, estaban emparentadas con los robustos legos ó donados de cerviz taurina, color sanguíneo y rostro fresco y alegre, que estaba muy léjos de manifestar la palidez macilenta del ayuno, de las vigilias, de la penitencia y de las austeridades.

Con harta frecuencia promovíanse tambien alborotos, reyertas y zalagardas entre los sopívoros, á causa de ese pecado capital tan arraigado entre los españoles y cuyas consecuencias son tan funestas en todos sentidos. No me parece necesario decir que hablo de la maldita envidia, que venía á emponzoñar hasta los bocados de aquel miserable bódrio.

Sucedia, pues, que algunos de estómago elástico y demasiado tragones, con muy corteses arengas,

despues de ya repartida la bazofia, demandaban porcion doblada, y áun triplicada, alegando que era para personas virtuosas, nobles é indigentes; pero los sopones, llevados de su mal intencionada rivalidad, seguian, como la sombra al cuerpo, á estos pedigones extraordinarios, los cuales, impelidos á su vez por la impaciencia de su gula ó de su hambre, al volver la primera esquina ó detrás de alguna puerta comenzaban á tragar de lo lindo, y entónces era Troya; pues sobre si era bien hecho engañar por engullir y quitar á otros para llenar la panza propia, se levantaban gritos, y tras los gritos palos, y tras los palos tolondrones y descalabraduras en las pobres cabezas de los gastrónomos pedigüeños, que, á la sombra de séres imaginarios, pretendian soltar todos los pliegues de su estómago y sacar la tripa de mal año.

En tales ocasiones, lo que más indignaba á los sopívoros era que estos hidalgos no se preciaban de ser sopones descarados mondos y lirondos, como sus adversarios los estudiantones de la capacha, que á voz en grito decian que habia sopistas capaces de ser arzobispos y algo más, y no se afrentaban del bódrio como aquellos hidalgüelos petardistas, aventureros y vanidosos, que sin dín alardeaban del dón, siendo á la postre caballeros hebenes, hueros, chanflones, chirles, traspillados, caninos y trapaceros; y á vueltas de estas matracas y otros semejantes requiebros, los sopones públicos daban á oler á los melindrosos y recatados sus

escudillas de madera con tanta prisa y enojo, que les rompian los dientes y las narices, en justo castigo, segun éllos afirmaban, de sus famélicas supercherías en perjuicio del honrado y notorio pobrismo, el cual, arrebatado de entusiasmo, prodigaba sin reserva sus aplausos á las elocuentes y populares diatribas de los estudiantes de la capacha.

Tal era la índole y naturaleza de las ideas y sentimientos morales, que necesariamente habian de predominar en las muchedumbres de esta nacion degradada por sus preocupaciones, por su fanatismo, por su organizacion social, por su estado económico, y sobre todo, por sus funestos hábitos de holgazanería, fomentados cada vez más por aquellas permanentes y lamentables causas de abandono, desidia, ignorancia, supersticion é inmoralidad pública y privada.

Ya he indicado, con la brevedad posible, el orígen de la despoblacion y penuria creciente de España, así como tambien los poderosos motivos que obligaron á las clases privilegiadas á multiplicar, en proporcion de la indigencia pública, las instituciones de beneficencia y á establecer la sopa, cuyo funesto influjo en la indolencia general del país es tan incalculable, como fué desastroso para las buenas costumbres, fortificando indirectamente las seculares concausas del Bandolerismo, que sólo puede encontrar su más eficaz correctivo en los ejemplos de moralidad irreprensibles en las clases

superiores, en la educacion moral de las clases pobres y en la vida ordenada de la familia y del trabajo, única fuente de regeneracion y bienestar posible para los individuos, y de sosiego y prosperidad para los pueblos.

En suma, fanatismo, amortizacion, sopa, holgazanería y Bandolerismo, son en definitiva términos tan necesaria como funestamente correlativos, recíprocos y similares.

¡Los efectos están siempre en proporcion directa con las causas, y los principios erróneos enjendran ineludiblemente deplorables consecuencias!

CAPÍTULO XXVIII.

LOS HIDALGOS DE LA NEGRA HONRILLA.

La rectitud de la conciencia y la honra no están siempre en conforme y perfecta armonía.

El testimonio de la conciencia es completamente interior, y puede suceder que el más justo de los hombres sea calificado de criminal, perseguido como sedicioso y condenado á morir en un suplicio. ¡Tal es la historia de Jesús Nazareno!

La honra es el testimonio exterior que la sociedad tributa á los hombres por sus actos, al parecer virtuosos, y en este sentido, puede concederse que en general la opinion humana concierte con el aprecio debido á la moralidad de los móviles que inspiraron aquellos mismos actos, dignos de estimacion y alabanza.

Pero en absoluto y en realidad de verdad, como suele decirse, ¿qué hombre será capaz de penetrar en los profundos senos de la conciencia de otro con la misma seguridad que en la propia, y juzgar con matemática exactitud la moralidad y desinterés de los motivos que produjeron sus actos exteriores?

Esta ecuacion perfecta es imposible, y precisamente de esta imposibilidad arranca la dolorosa posibilidad de que ya he hablado, respecto á la inmensa injusticia, con que suelen ser tratados por sus contemporáneos los hombres más ilustres y respetables por su virtud ó ciencia.

Ahora bien; los hombres pueden equivocarse gravemente respecto á la índole de las acciones, que merecen honra y fama, y como la fama y la honra, más que en la conciencia propia, se engendran en la opinion ajena, resulta de aquí que muchos actos tenidos por honrados y famosos, acaso fueron dictados y producidos por los móviles más despreciables de la hipocresía y del egoismo.

Quiero decir, que el coeficiente más fundamental de la honra, no radica en la conciencia íntima del agente, sino en el juicio y opinion de los demás hombres.

Existen espíritus satánicamente astutos que consultan las tendencias y circunstancias de aquella opinion y juicio meramente externo, y acomodan su conducta á tales exigencias, produciéndose así ese repugnante mónstruo moral que se llama el hipócrita, cuando se descubre; pero cuyo primoroso refinamiento consiste en ser malvado con habilidad tan profunda que, no solamente nadie lo conozca, sino que todos le tengan por el más virtuoso de los mortales.

La honra, pues, ó sea el juicio moral que los hombres forman respecto al hombre, está sujeta á

infinitos errores y funestísimas preocupaciones.

Tambien existen individuos que, sin ser malvados como el hipócrita, son tan débiles y nécios, que estiman en más la opinion errónea de los otros, que las sinceras y leales inspiraciones de su propia conciencia.

Esta desventurada raza de hombres son constantemente mártires de su error y de su vanidad, y en vez de hacer servir á sus fines, como el verdadero hipócrita, las flaquezas, preocupaciones y debilidades de los demás, son, por el contrario, el juguete, el ludíbrio y las víctimas de los falsos juicios y de las absurdas apreciaciones del mundo.

Tales gentes eran las que fundaban su virtud, honra y valía en su ilustre abolengo y ejecutória, imaginándose locamente que la sangre tenía diversos colores, y que las hazañas de sus antepasados bastaban para llenarlos de gloria, permaneciendo éllos en la oscuridad merecida por su indolencia, cuando no se hacian notar sino por sus vicios.

La honra del mundo, así entendida, era la tiranía más atroz, dañosa é insoportable que jamás pudo inventar el demonio del orgullo.

En efecto, un hidalgo pobre moríase de hambre y no podia pedir socorro á sus amigos, porque su mal entendida honra no le daba el correspondiente permiso para éllo; andaba roto y remendado, pero preferia su desnudez á vestirse con ropas de sus parientes opulentos, pues que ni él las pedia, ni

tampoco las hubiera recibido, porque ésto era deshonra; pasábase todo el dia pensando en sus pergaminos y en las grandezas de sus ascendientes, luciendo la gentileza de su persona por calles y plazas, pero su noble cuna le prohibia el trabajar honradamente para subvenir á sus necesidades, porque ésto hubiera sido mancillar el lustre de su alcurnia; en una palabra, la vida de estos pobres caballeros era una tortura sin límites en que los colocaban las nécias preocupaciones de su fátua y pizmienta honra.

Pero estos mismos hidalgos tan orgullosos por sentir circular en sus venas la noble sangre goda, que á más andar se convertia en aguachirle por carecer del refuerzo y ayuda de una buena tajada y de un valiente trago de lo añejo, además del saludable ejercicio del trabajo, que tanto y tan bien adelgaza y acondiciona la sangre, no consideraban deshonroso, ni ridículo, ni poco digno de su gótica ascendencia el ponerse á coser á la luz de la barata luna los puntos de sus calzas, ó lavar sus pañizuelos, ó almidonar y planchar sus cuellos y á remendar su raida ropilla, hija de unos gregüescos, nieta de una capa, biznieta de un capuz, y en disposicion de hacer de élla, con peregrino ingénio, alguna otra prenda, que resultaria tataranieta del capuz primitivo.

Así vivian estos soberbios descendientes de los godos, ahora trocados en caballeros fantasmas de puro flacos, mal cosidos y peor sustentados, cer-

niendo sus carnes en el invierno por las picaduras del verano, el jubon cual miradores de monjas, y el calzado sostenido á fuerza de tinta, cerote y otros ingeniosos untos, como cuerpo de bruja vieja.

Y todas éstas y otras mayores calamidades llovian á torrentes sobre aquellos nobilísimos hidalgos, sin más razon ni motivo que por no resolverse á dar de mano á sus nécias preocupaciones de mal entendida honra, ocupándose en algun trabajo útil y productivo para sí mismos y para sus semejantes; pero ántes habrian consentido en que los desollasen vivos, que en trabajar para comer, como Dios manda.

La vida, sin embargo, tiene sus imperiosas exigencias, á las cuales no podian ménos de ceder á la postre aquellos infelices hidalgos; pues si la negra honra les prohibia terminantemente dedicarse á un trabajo provechoso, no por eso lograban excusarse de un trabajo más ímprobo é impropio todavía, cual era el de aderezar, zurcir, coser, remendar, lavar, planchar, teñir, ojalear y botonear su atavío en tenguerengues, á la vez que la necesidad de alimentarse, les obligaba á romper y atropellar por todas sus vanidades, acudiendo á la sopa y á las casas de juego para pedir barato, y siendo langosta de banquetes, gaznates de rapiña, panzas al trote, sustos de cenas, y sacabocados de los opulentos señores, abades y prelados, es decir, que por no trabajar, hacian al fin, con descaro

inaudito, lo que al principio ni siquiera hubieran imaginado sin morirse de vergüenza.

Las horrorosas tiranías de las preocupaciones y fatuidades de la negra honrilla se aumentaban y adquirian colosales y funestas proporciones, á causa del ridículo y universal desprecio, con que la mal dirigida opinion miraba á los que se veian reducidos á un estado miserable, á lo cual tambien contribuia en gran manera la literatura festiva de la época, que complacíase en pintar estos tipos con toda la *vis cómica*, á que tales caractéres se prestaban.

Pero fuerza es convenir en que si la ridiculizacion de aquellos hidalgos famélicos, zurcidos y remendados estaba muy justificada en el sentido de su nécia presuncion y arrogantes ínfulas, que tan cómicamente contrastaban con sus mayúsculas y superlativas estrecheces, tambien es imposible desconocer que no es digno ni conveniente burlarse de la miseria, y que tales propensiones, así en la literatura, como en la opinion pública, son siempre en extremo peligrosas para la sociedad, y harto mortificantes y desmoralizadoras para los individuos, que al fin y al cabo, impelidos por su situacion precaria y desesperados por su infortunio, alguna vez inmerecido, se resuelven á precipitarse furiosos por la senda del crímen, en la firme inteligencia, en la íntima conviccion y con la segura esperanza de mejorar ó redimir su triste suerte, mediante la fortuna ó el dinero, allegado

de cualquier modo, toda vez que la sociedad insensata rinde ciego culto al opulento, sin acordarse de los reprobados medios, merced á los cuales suele adquirirse la riqueza.

La máxima inmoral y funestísima, elevada á proverbio, de *tanto vales cuanto tienes*, es seguramente una de las concausas más poderosas del Bandolerismo.

En efecto; cuando los hombres de bien, que fácilmente se conformarian con sus desventuras, si á su honor é ingénio se hiciere la debida justicia, ven por el contrario, que los perversos son más considerados y más bien acogidos por razon de sus riquezas, se indignan al principio y hacen entre sí mil dolorosas reflexiones; pero si luégo el favor llega á preponderar sobre la honra, y la fortuna mal adquirida sobre el verdadero mérito, entónces el corazon abandona los sanos principios de la moral, la corrupcion cunde, y muy pronto, hasta los más virtuosos, vacilan.

La justa estimacion de los buenos ciudadanos es el pábulo más eficaz para que los mejores aspiren á merecer honor y gloria; pero cuando aquella estimacion falta, prodigándose en favor de los malvados, la virtud, cuyo ejercicio es de suyo árido y amargo, sufre y desfallece por la injusticia.

Pero existe otra injusticia más atroz, y tanto, que más bien merece el nombre de infamia social, como sin duda lo es, no ya el que se estimen del mismo modo y como si fuesen iguales la virtud in-

digente y el crímen afortunado, sino el que se prefiera la maldad opulenta y torpe y se desprecie la honradez y el talento sin más razon ni motivo que hallarse acompañados de la pobreza, como si esta misma pobreza no fuese muchas veces causa y orígen de gran virtud en los ciudadanos y de gran prosperidad y valor en las naciones, invencibles y libres cuando pobres, vencidas y esclavas cuando se corrompen por la opulencia.

No en la riqueza consisten los verdaderos bienes de los hombres, cuales son la buena fé, la probidad, el honor bien entendido, el respeto á las leyes, la estimacion debida á los buenos ciudadanos y el amor á la justicia y á la patria.

Jamás se apreciará debidamente á los hombres por la sola consideracion de su fortuna y por la valía artificial, fortuita y de reflejo, que el favor de algunos poderosos pueda comunicarles, porque la sociedad quedará engañada respecto á su verdadero mérito; y este proceder absurdo, compréndase ó nó, será siempre causa de profundas perturbaciones, promoviendo insensatamente y fuera de quicio la ambicion de otros muchos que aspirarán á los más elevados puestos públicos, fiándose, no en sus altas cualidades de honradez y capacidad, sino en aquella misma opulencia y favoritismo, que fueron causa de la elevacion de otros.

El rasgo más característico, la señal más culminante, y la consecuencia más desastrosa de aquellas indicadas perturbaciones, pueden concentrarse

y resumirse en este hecho: que la posesion de los más importantes cargos públicos no es la medida exacta, como debiera serlo, de la valía y merecimientos de los ciudadanos.

Quéjanse frecuentemente los hombres de las injusticias sociales y de las improvisadas é inmerecidas exaltaciones de sujetos pigméos en la inteligencia, más pigméos todavía por su virtud; pero gigantes por su ambicion, osadía y soberbia, sin advertir la contradiccion en que incurren al exhalar tales quejas, supuesto que éllos mismos tienen toda la culpa, bajo el doble aspecto político y social, de semejantes é injustificados encumbramientos.

En efecto; en las relaciones del trato social adviértese una bajeza y abyeccion incalificables respecto á los opulentos ladrones de guante blanco, á quienes todos colman de adulaciones, tanto más serviles y estúpidas, cuanto que no sólo saben que todo lo que tienen es robado, sino que tambien son incapaces de pagar tanta vileza con un vaso de agua, pues que los tales condecorados bandidos suelen remunerar únicamente aquellos servicios, que contribuyen á la realizacion de sus malvados y utilitarios fines.

Si ésto sucede en el órden social, apresurándose todos con indecible bajeza á proporcionar á los grandes y afortunados depredadores todo género de facilidades para que consigan sus más ambiciosas aspiraciones, no es ménos triste y repugnante el espectáculo que á la discreta consideracion se

presenta en el órden político, esto es, en el país electoral, cuyo envilecimiento inconcebible é indigno de la altivez española, suele llegar hasta el extremo de ofrecer á semejantes bandoleros, con asquerosa y nauseabunda solicitud, por un puñado de oro, aquellos mismos sufragios que se atreven á negar á los hombres más ilustres, virtuosos y capaces, tan sólo porque carecen de fortuna, ó porque áun teniéndola, rehusan con razon prestarse á tan ruines y miserables exigencias.

Pero el pueblo español es tan desventurado, que se parece al perro de la fábula, el cual, atravesando el rio, dejó caer en el fondo la tajada de carne que llevaba en la boca por cojer la sombra de la misma carne, porque la vió de mayor tamaño, es decir, que el pueblo es tan ignorante, que no conoce que los que anticipan un cuantioso capital por alcanzar sus sufragios, es porque más tarde se proponen explotar de mil diversos modos aquella credencial que de sus manos reciben, ó es tan corrompido, que consiente semejante tráfico, sin advertir que la utilidad pasajera, de que al principio goza, ha de llorarla despues con lágrimas de sangre.

Resulta, pues, que la sociedad misma, que tan néciamente se queja, es la que por su ignorancia ó corrupcion, ó por ambas cosas juntas, favorece y fomenta el bandolerismo social y político, labrando así, con abyeccion y torpeza indecibles, sus propias cadenas y sus mismas desventuras.

Ahora bien; el hombre está formado de manera,

que nada ansía en tanto grado como la estimacion de sus semejantes, ya pueda servirle ésta para satisfacer los más desinteresados móviles de la más pura gloria, ya para realizar los fines egoistas de su propio y exclusivo engrandecimiento; pero si en este último caso la sociedad fuese digna, moral y severa, como debiera serlo, castigando con su desdén y aversion á los infames, que sólo fiados en su riqueza y en el envilecimiento y estupidez de los demás, alcanzan lo que no merecen, resultaria que tales malvados hasta recordarian con horror la hora en que cedieron á la mala tentacion de hacer fortuna por medios reprobados, supuesto que en lugar de obtener la estimacion anhelada, sólo habrian conseguido perpétua ignominia, indeleble afrenta y universal desprecio; pues no se alaban ni se apetecen las cosas sino por la utilidad que reportan, y como tales maldades y depredaciones sólo se cometen por el interés y por la importancia social que atraen, perdida la esperanza del premio, los malos estímulos cesarian, la consideracion pública estaria dignamente colocada en el verdadero mérito, independiente de la fortuna, y nadie sería tan insensato y corrompido, que se propusiera ser perverso y ladron de balde.

Tal conducta en el trato social, no sólo sería aún más fecunda en resultados que la más severa administracion de justicia, sino que, además de suplirla en muchos casos, revelaria tambien la grandeza moral de la nacion, que es la única grandeza

verdadera y digna de los individuos y de los pueblos.

Por otra parte, no existe en la humanidad una cosa más útil, más positiva, más provechosa ni más infinitamente aplicable á todas las relaciones de la vida que la verdad, que es lo mismo que decir la justicia, y, por lo tanto, cuando los hombres fuesen estimados por sus verdaderas virtudes y por lo que *realmente son en sí*, aparte de las extrañas consideraciones de posicion y fortuna, que nada tienen de esenciales y constitutivas del hombre mismo, la igualdad sería perfecta en justa relacion con las aptitudes y merecimientos, la libertad estaria eficazmente garantizada; y considerados así todos los ciudadanos como iguales en dignidad y riqueza, no les quedaria más camino para aventajarse unos á otros, que la derecha y única senda de la honradez y del talento.

El mayor y más trascendental de los progresos en todas las diversas esferas de la actividad humana consiste, segun ya he indicado, en la plena posesion de la verdad, que es la justicia, es decir, la apreciacion exacta de todas las cosas en lo que realmente son y valen, apreciacion difícil, pero posible, y en la cual estriba la base única del órden moral, social y político de las sociedades humanas.

Por desdicha, las preocupaciones, la opinion popular, los numerosos errores de las diversas clases sociales, el egoismo de los gobernantes, la igno-

rancia de los gobernados, cierta malignidad indefinible en el espíritu humano, y hasta la misma literatura, han concurrido poderosamente, con portentosa energía y durante largos siglos, con un sentido groseramente materialista, á pregonar y encarecer las excelencias de la instable fortuna, al mismo tiempo que á deprimir y ridiculizar á la miseria.

Diríase que el género humano, gimiendo todavía bajo las pesadas y abrumadoras cadenas de la torpe animalidad, apénas ha encontrado en su conciencia la facultad viva y divina de percibir las excelencias y venturas inefables del mundo espiritual, cuyos dones y gozos son tan superiores al tosco mundo de la sensacion, como la fortuna es impotente para adquirirlos, aunque pudiera prodigar por éllos á cada instante los tesoros de Creso.

Sólo así puede explicarse ese peligroso, tenaz, adulador, servil y funestísimo empeño de adular á la fortuna bajo todos aspectos y á todas horas, que tan dolorosamente contrasta con la implacable, permanente, ilimitada y feroz crueldad, con que por todos los medios ha sido combatida ó puesta en ridículo la triste condicion de los miserables, que, en vez de provocar conmiseracion y remedio, sólo ha producido escarnio y risotadas.

No pocas veces he procurado inquirir, mediante prolongadas meditaciones, la verdadera causa de que así en antiguas comedias y libros jocosos, como hasta en la conversacion familiar entre gen-

tes humildes, que nada tenian de ricas, se ponga constantemente en ridículo á la miseria, sin sospechar ni remotamente las antisociales y desastrosas consecuencias que puede traer en el órden moral esta ciega, insensata y burlona censura contra el que no tiene, censura sin entrañas, burla cobarde y chistes sarcásticos, que tal vez inconscientemente, sin pensarlo ni quererlo, vienen á convertirse en una torpe, nécia, grosera, peligrosa é infame apoteósis de la fortuna ó del dinero.

Yo comprenderia sin violencia, bien que sin dejar de censurarlo, porque sería injusto y nada caritativo, el que los opulentos y poderosos se divirtieran á costa de las ridiculeces en que puede hacer incurrir la pobreza; pero no acierto á explicarme que un jorobado se ria de un cojo, como tampoco entiendo que un pelagatos se burle de otro, á no ser por cierta malignidad ingénita en el corazon humano, que sin duda proviene de la soberbia individual, que le hace creer á cada uno que es superior á todos los demás de su esfera.

De cualquier modo, ridiculizar la miseria es *ipso facto* rendir un homenaje injustificado y abyecto á la fortuna, sobre todo, cuando ésta no ha sido adquirida por medios honrosos; pues que en tal caso, el trabajo fecundo y la constante y útil actividad merecen respeto y alabanza.

Hé aquí lo que estaban muy léjos de comprender aquellos presuntuosos hidalgos, los cuales se imaginaban que la nobleza consistia en no traba-

jar, á no ser en la guerra, de suerte que todos éllos eran tan ineptos para ocuparse de cualquiera profesion útil á la sociedad, como quisquillosos y pendencieros, considerando en todos los actos de la vida que la mejor razon era la espada.

Esta preocupacion tan extendida como funesta, produjo muy lamentables consecuencias, y hasta una faz nueva en la historia del Bandolerismo, segun tendré ocasion de exponer en su lugar oportuno.

En un país cuyos habitantes, merced á la prolongada lucha con los sarracenos, podian considerarse casi todos nobles por las heróicas hazañas de sus mayores, habríase necesitado que la mayor parte de los españoles fuese á la guerra, si habian de ocuparse en la única profesion, que no juzgaban indigna ó deshonrosa, aparte los cargos de la Administracion pública y de la Magistratura.

Pero ésto era absolutamente imposible por muchas razones, y entre otras, porque la nacion hubiera quedado despoblada y sin cultivo, ya de suyo insuficiente, y además porque ni se necesitaban tantos soldados, ni el erario público hubiera podido sostenerlos.

Así, pues, no restaba más arbitrio á los *Hidalgos de la negra honrilla* que resignarse á ser víctimas de sus preocupaciones, á romper malamente con éllas y parar en estafadores, ó dedicarse buenamente á un trabajo cualquiera, lo cual habria sido lo más racional y honrado; pero tan acertada

resolucion no cabia en el ánimo de aquellos infelices caballeros.

Causa verdaderamente asombro, y es fenómeno muy digno de notarse, el poderoso influjo que la sociedad ó los errores comunes ejercen sobre el espíritu y conducta de los individuos, áun cuando éstos alguna vez reconozcan su falsedad ó peligro.

¡Tal y tan inevitable es la tiranía de las preocupaciones sociales sobre los hombres!

La negra honrilla, es cierto, podia ser en muchos casos, áun en medio de los errores admitidos, una barrera útil para impedir que los hidalgos, por aflictiva y miserable que fuese su situacion, cometiesen actos indignos ó que rebajasen su carácter; y en este concepto, no vacilo en afirmar que siempre era preferible la negra honrilla al descaro, á la desvergüenza, ó falta de toda consideracion ó miramiento.

Por desgracia, la negra honrilla, como la misma locucion lo indica, si bien llevaba implícito el concepto de honra, se aplicaba en la mayor parte de los casos á objetos, actos y cosas, ó triviales é insignificantes, ó peligrosos y funestos, y siempre absurdos y mortificadores para los desventurados, que por tal puntillo de honor se veian constreñidos á hacer, ó dejar de hacer, muchas cosas, que en ningun modo podian justificarse ante la razon, la verdad, la justicia y la conveniencia.

Ya me parece haber indicado suficientemente que la honra puede ser *falsa* bajo distintos aspectos,

porque el testimonio externo de los hombres no se encuentre de acuerdo, ya con la verdad de los móviles morales, que produjeron los actos, ya porque estos mismos actos y su elogio no se ajusten á la *verdadera* nocion de la virtud y de la honra.

Pues bien; ésto era lo que sucedia casi siempre con las preocupaciones de la negra honrilla, que insensatamente obligaban á los pobres hidalgos á hacer contínuos y titánicos esfuerzos por un *bien* parecer *mal* entendido, para mostrarse ricos, siendo pobres; para ofrecer á otros proteccion cerca de personajes y encumbrados deudos, necesitándola éllos más que nadie; para presentarse flamantes, limpios y almidonados, sin tener una blanca que gastar en lavandera; para lucir trajes y galas, no poseyendo más que andrajos; para aparecer algunos dias en coche ante sus amigos y conocidos, á costa de su estómago; para pasear la calle de alguna dama á caballo y seguidos de su correspondiente paje, dando á entender que no eran alquilados, sino suyos propios, cuando apénas tenian zapatos; para asistir constantemente al corral de las comedias, pavoneándose y alternando con las principales damas y caballeros, cuando muchas veces aún estaban en ayunas; y finalmente, para vivir muriendo, perseguidos de acreedores, llenos de miseria, consumidos de cuidados, hartos de hambre, atosigados en todos sentidos por su grande abundancia de escasez, echando más cálculos que Alfragáno sobre las probabilidades de la vida y

muerte de algunos parientes ricos, consultando astrólogos y gitanas que les predijesen opulencias para el porvenir; empeñando á veces hasta los sagrados pergaminos de la ejecutoria, y cavilando, trazando, trabajando y sudando para sostener con infinitas é inconcebibles tramoyas, petardos, fingimientos, disfraces é invenciones, la perpétua mentira, embrollo, apariencia, relumbron y fantasmagoría de su miserable y camaleónica existencia.

Pero más tarde ó más temprano, y en proporcion de las apreturas, que sin cesar aumentaban, el instinto belicoso aparecia, y llegaba por fin el crítico y trágico momento en que echándose el alma atrás, no veian más solucion para el complicado conjunto y laberinto de cuestiones, deudas y compromisos, en que la negra honrilla, y su destino más negro todavía, los colocaban, que la punta ó el filo de su acero para pinchar y cortar de una vez todas sus cuentas, ahogando en sangre, si era necesario, crédito, acreedores, privaciones, miramientos, reparos, aprensiones, dificultades, exigencias y preocupaciones de alcurnia, hidalguería, nobleza, honor, honra y honrilla.

Desde aquel momento solemne, y que rara vez dejaba de presentarse, el *Hidalgo de la negra honrilla* no se convertia seguramente en un hombre trabajador ó laborioso, porque ésto era de todo punto imposible; pero en cambio libre ya de sus primitivas y añejas preocupaciones, declaraba la

guerra con inquebrantable resolucion á la sociedad entera, y ya no retrocedia, ni ante la lucha, ni el combate, ni el latrocinio, ni la estafa, ni el hurto, ni tampoco ante la publicidad de su miseria, hasta este intante decisivo con tanto trabajo y tan cuidadosamente ocultada.

Entónces el *Hidalgo de la Negra honrilla* se trasformaba, como por ensalmo y sin apelacion, en *Caballero de Industria.*

CAPÍTULO XXIX.

LOS CABALLEROS DE INDUSTRIA.

El pensamiento culminante, la idea fundamental que dirigia todos los pasos y conducta del Hidalgo de la Negra honrilla, era que nadie supiese su absoluta carencia de medios para vivir, porque *el no tener* se consideraba como deshonroso.

Esta pretension absurda é imposible por una parte, y la inevitable necesidad de subsistir por otra, constituian ineludiblemente y de consuno la enojosa y crítica situacion de aquellas desventuradas gentes, así como tambien el martirio perpétuo de su trabajosa existencia.

Pero cuando el infeliz hidalgo reconocia la imposibilidad absoluta de sostener la comedia de su aparente bienestar por mucho tiempo, salia bruscamente de sus angustias y desesperacion, convirtiéndose de pronto, como ya he indicado, en Caballero de Industria.

En esta nueva faz de su destino y de su vida adoptaba un lema y norte de conducta diametralmente opuesto al que ántes le habia guiado y pro-

ducido las más dolorosas privaciones, es decir, que si ántes se esforzaba por ocultar á todo trance su miseria, guardando el bien parecer y todo linaje de miramientos para no perjudicar á su reputacion y buen nombre, ahora le importaba muy poco todo cuanto de él se pensase y dijese, con tal de no carecer, no sólo de lo necesario á la vida, sino tambien de todo aquello que pudiera hacerla cómoda y agradable, con los goces y refinamientos de la ostentacion y del lujo.

El nuevo caballero de Industria, cansado ya de ser honrado y no tener, lo cual le producia deshonra sin merecerla, preocupábase ante todo de tener y gastar á sus anchas, viniera de donde viniere, supuesto que las inconcebibles y funestas preocupaciones de la sociedad le proclamaban honrado cuando tenía, es decir, en el momento en que faltaba á los severos deberes de su honra por aparecer rico y lleno de abundancia y conveniencias.

Es verdad, que á la postre solian descubrirse por la justicia todos sus artificios, engaños y embelecos para aparentar lo que no eran, viniendo á parar en galeotes, y alguna vez en la horca; pero tambien es innegable que durante largo tiempo la sociedad los habia acogido en su seno con toda especie de consideraciones en la época de sus prosperidades, además de que no pocos de aquellos caballeros de Industria, á fuerza de ingénio, habilidad y suerte, la cual para todo se necesita, solian llegar á ser personajes de importancia.

El camino más ordinario y expedito que los tales caballeros adoptaban para adquirir cuantiosa fortuna, á veces con inaudita rapidez, era el de la *fullería*, que no ejercitaban como vulgares sollastrones en inmundos mandrachos, sino en las casas y entre la gente de forma, como entónces se decia, ó de buen tono, como ahora se dice.

Los Caballeros de Industria formaban tambien una especie de hermandad ó cofradía, muy semejante en su régimen interior al de los demás círculos, ya mencionados, de la plebeya ó villana Picaresca.

Así, pues, el iniciado recibia entre éllos las correspondientes lecciones de tretas y floréos usados en la que se llamaba buena y culta sociedad, comunicándoles tambien otros sutíles y provechosos advertimientos relativamente al porte, modales y conducta que debian seguir con las damas principales y ricas herederas, de cuyo trato, familiaridad, flaquezas, trivialidades é indiscreciones acostumbraban sacar gran partido y fruto para sus odiosos intentos, que eran siempre los de apoderarse de lo ajeno por medio de la estafa y del petardismo.

En muchas ocasiones sus galantéos les servian admirablemente para sus fines; pues que se dedicaban con grande asiduidad y esmero á requerir de amores á nobles damas, cuyos maridos estaban ausentes en la guerra, ó á respetables viudas, á quienes levantaban de cascos con sus requiebros y

en cuyas casas reuníanse tertulias, á que asistian las personas más ilustres y distinguidas, y excusado parece decir, que en tales reuniones los Caballeros de Industria hallaban modo y coyuntura de que se entablase juego para desollar sin compasion á opulentos indianos y ricos magnates, cuyos doblones pasaban á sus escarcelas con facilidad increible y rapidez milagrosa.

Y como la bella mitad del género humano era entónces, como lo es ahora y lo será siempre, ciega idólatra y adoradora de los brillantes éxitos, resultaba de aquí el que la buena fortuna del ganancioso era la comidilla de los contertulios y tambien de matronas y doncellas, las cuales echaban el ojo al venturoso caballero, que solia ser muy galante y bien portado, además de bien nacido, marcándole para sus adentros, las unas por su yerno y las otras por su esposo.

El Caballero de Industria, cuya corrupcion é inmoralidad corria parejas con la de los más empedernidos criminales en cuanto á la esencia, se distinguia de aquéllos, sin embargo, de una manera profunda y extraordinaria en cuanto á las *buenas formas,* frase funestísima que siempre ha servido de pasaporte en la sociedad para encubrir los más infames vicios, bajo las apariencias deslumbradoras, si no de la virtud, al ménos de la simpatía, del agrado, de la discrecion y de las conveniencias sociales.

En sustancia, el Caballero de Industria era un

criminal tan repugnante como cualquiera otro, y áun más digno de aversion y censura que otro cualquiera, atendida su educacion y clase; pero tenía especialísimo cuidado en imponer un cierto sello de hidalguismo y nobleza, por decirlo así, á todos sus actos, estafas y latrocinios, disfrazándolos y vistiéndoles con el que pudiera llamarse traje de caballero.

Compréndese fácilmente esta extraña y singular tendencia en una sociedad organizada bajo el punto de vista de la diversidad de clases, y entre las cuales era tan exclusivo y absoluto el predominio de la nobleza ó aristocracia.

La consecuencia natural de este principio era, y no podia ménos de ser, el que se implantase y tuviese su éco y resonancia correlativos y paralógicos hasta en las regiones de la Picaresca.

En una palabra; las diferencias sociales llegaban hasta el extremo de revelarse tambien, áun en las manifestaciones del crímen, de suerte que el Caballero de Industria, á pesar de sus transgresiones morales, permanecia caballero siempre, ó por lo ménos, abrigaba esta pretension, atendido el orgullo nobiliario que en aquella época predominaba, hasta el punto de creerse que nó las acciones, sino la sangre, constituia la superioridad del hombre.

Así, pues, los Caballeros de Industria conservaban costumbres caballerescas, particularmente cuando se trataba de la reputacion y honor de las

damas; pues en corrillos, casas de conversacion, tertulias, corrales de comedias y en todas partes, salian á su defensa contra los maldicientes, áun cuando no las conociesen, retándolos y riñendo con éllos para castigar sus calumnias y presunciones.

Sucedia, pues, que con harta frecuencia los tales caballeros recibian los más expresivos testimonios de agradecimiento por parte de aquellas damas defendidas, proporcionándose de este modo simpatías y proteccion en donde ménos podian esperarlo, y á donde más podia convenirles.

Esta conducta era en éllos característica y general, como que provenia de una máxima ó regla constantemente profesada y prescrita por la comunidad de aquellos industriosos caballeros.

Pero en otros casos se constituian en campeones del honor del bello sexo, nó desinteresada y espontáneamente, sino con el plan preconcebido de relacionarse y hacerse aceptos y agradables á determinadas damas ó doncellas, cuya estimacion y benevolencia deseaban captarse para realizar sus diversos fines.

La mayor parte de los Caballeros de Industria vivian á costa de sus relaciones amorosas con viejas ó feas ricas, sin perjuicio de las entradas, ganancias y garbéos, que por otros medios pudieran adquirirse; pero si ésto sucedia con los caballeros mozos, los de edad provecta se ocupaban en trazar los más complicados y hábiles planes para llevar á

cima cuantiosas estafas en beneficio de los cofrades, que se prestaban recíproco auxilio, unos con sus consejos y experiencia, y otros secundando admirablemente la ejecucion de sus proyectos.

Los más experimentados aconsejaban á los jóvenes que por todos los medios imaginables se apoderasen de los secretos de las familias de sus damas, y sobre datos de tan mala ley, fraguaban despues las más diabólicas trazas y combinaciones para realizar de comun acuerdo las más lucrativas estafas.

Por tan inícuos y reprobados medios solian proporcionarse otras veces las que pudieran calificarse de estafas permanentes, las cuales equivalian á pensiones fijas sobre secretos, que les pagaban, ya esposas culpables, amenazadas por los tales Caballeros de Industria de que descubririan sus infidelidades á sus maridos; ya ricas y apasionadas herederas, por cuyos balcones habian visto descolgarse á deshora al favorecido amante; ya opulentos caballeros que habian cometido algun crímen, cuyo secreto éllos poseian; en suma, se valian de los más ingeniosos y endiablados ardides para sorprender todos los misterios de los hogares, utilizando tambien con arte indecible el amor, las pasiones, los vicios, la codicia ó imprevision de inexpertos pajecillos, de lenguaraces lacayos, viejos rodrigones y dueñas quintañonas que, por una caricia, eran capaces de consentir que prendiesen fuego á la casa de sus amos.

El trato con las gentes de calidad, que les proporcionaban su porte, nacimiento y amoríos, contribuia en gran manera á facilitarles los medios y el crédito suficientes para dar con éxito seguro sablazos, como hoy se dice, á diestro y á siniestro, á las personas más acaudaladas y espléndidas, las cuales por maravilla dejaban de caer en el lazo, pues que los Caballeros de Industria, con las más corteses razones y bajo los más plausibles pretextos, sabian aprovechar admirablemente la ocasion de hacer sus estafadoras demandas en momentos y circunstancias, en que los explotados no podian buenamente negarse á sus pedigonas exigencias, sin la nota de mezquinos y tacaños.

Tambien, haciendo alarde de sus encumbradas y poderosas relaciones, solian explotar á los incautos pretendientes de cargos y oficios públicos, que les pagaban sus pomposos y prometidos favores, los cuales podian cumplir algunas veces, si bien otras quedábase aplazada su realizacion para las calendas griegas.

Y así como de ordinario solian enriquecerse robando con el juego, así tambien llegaban con harta frecuencia á ser personajes de valía, mediante su matrimonio con nobles y ricas doncellas, empleando á veces los más inícuos medios para conseguirlo, y valiéndose bajo mil distintos conceptos del auxilio, concurso y ayuda de sus cofrades, á quienes más tarde favorecian desde su alta posicion en todas ocasiones y especialmente en los percances y

tropiezos que su peligrosa industria les acarreaba.

En resúmen, la vida, hechos, milagros, hazañas sonsacas y embestimientos de los tales industriosos caballeros era la ocupacion maligna, constante, y para éllos en extremo productiva, de fingir negocios muy lucrativos, ofreciendo el oro y el moro en cambio de ciertos anticipos; inventar patrañas y embustes lisonjeros para doncelluecas y viejas apasionadas de otros, cuyas gratas mentiras pagaban á buen precio; granjearse la confianza de principales damas, siendo los confidentes y defensores de sus enredos y tramoyas, que éllos de mil modos explotaban; contar grandezas pasadas y mayores esperanzas futuras, que les abrian las escarcelas de los aváros; tramar importantes hurtos contra sastres, mercaderes y joyeros; trazar ingeniosas invenciones sobre historias verdaderas y por éllos averiguadas, en virtud de las cuales sustituian, como presentes, á personas que se hallaban en países muy distantes ó que allí habian muerto, á fin de recoger herencias y pegar petardos de toda especie; aderezar famosas espadas de célebres personajes moros y cristianos, que vendian por gran favor y en cantidad exorbitante á los anticuarios de la época, ó á necios y recien heredados barbilindos, que sin conocer la plepa y engañifa las pagaban gozosos como si éllas solas matasen á los enemigos; y finalmente, ponian en ejecucion cuantos ardides pueden soñar el deseo y la codicia de apoderarse de lo ajeno, despellejando sin contempla-

cion alguna á cuantos cogian por su banda, de cualquiera clase, condicion y estado que fuesen, nobles y plebeyos, ricos y pobres, eclesiásticos y seglares.

El rasgo más característico del Caballero de Industria consistia en que todas sus estafas, engaños, astúcias, marrullerías y áun otras mayores maldades eran de tal índole y naturaleza, que ni los mismos perjudicados se decidian á recurrir á la justicia para su castigo, ya porque no siempre podian presentar las correspondientes pruebas, ya tambien porque les repugnaba delatar y perseguir á personas con las cuales habian vivido largo tiempo en íntimo consorcio, y á quienes habian tratado como á buenos y cariñosos amigos.

Por otra parte, los tales Caballeros solian ser consumados espadachines y poseian el arte maravilloso de trasformar y convertir, merced á los más hábiles y agudos sofismas, todas las cuestiones de sus estaferías y rapacidades en delicadísimas cuestiones de honor, que debian decidirse por los filos de la espada, y ante semejantes argumentos se retraian muchos, que se resignaban mejor á callar que á batirse, cuando de todas maneras, dada la administracion de justicia en aquéllos tiempos, no habian de recobrar lo perdido.

A mayor abundamiento, casi todas sus estafas estaban revestidas de tales formas y hechas con tan singular gracia y donaire, que hasta los mismos burlados se reian algunas veces de su simplicidad,

admirando al mismo tiempo la sutileza, ingénio y buena sombra de sus engañadores.

El Caballero de Industria era un producto en que por iguales partes entraban la situacion particular de los individuos y las condiciones generales de la sociedad en que aparecia.

Las preocupaciones nobiliarias, la educacion á lo caballero, el hábito desde la niñez de las comodidades y del lujo, y la total carencia de patrimonio de los segundones por una parte, y por otra, la opinion admitida en la sociedad de que era deshonroso que cierta clase de personas se dedicasen al trabajo y á oficios mecánicos, producian de consuno este tipo caballeresco-petardista, que nada tenía de útil, estimable ni apetecible.

A este linaje de preocupaciones uníase otra no ménos funesta y censurable, como lo es la de que no merecen grande severidad, represion ni castigo ciertas maldades, que no llegan hasta el punto de crímenes sangrientos, y que suelen calificarse con el benévolo nombre de calaveradas de mozos, extravíos juveniles, travesuras disculpables, sin advertir que en general tan falsos principios acaban por tener los más desastrosos fines.

Así sucedia que por tales caminos, si algunos llegaban á ser personajes importantes, muchos tambien, mancillando su nombre y su familia, espiraban en un suplicio; y cuando mejor librados salian, pasaban largos años remando en las galeras del rey, porque no todos, una vez colocados en la

resbaladiza pendiente del crímen, acertaban á contenerse en aquellos precisos límites, tan fáciles de franquear, en que el ingenio, el donaire, la travesura y las buenas formas suelen hallar gracia ante la sociedad para no conducirlos inexorablemente ante los tribunales.

No conozco, sin embargo, un género de indulgencia que sea más funesto para los individuos, para la sociedad misma y para aumentar las concausas del Bandolerismo que ésta benévola disposicion tan extendida, tan injusta y tan peligrosa que en todos se advierte, para disculpar lo que es en sí *moralmente malo*, tan sólo porque logra encubrirse, á fuerza de inteligencia y artificio, con la máscara de eso que se ha dado en llamar *buenas formas sociales*.

Por desdicha, la desoladora raza de los Caballeros de Industria se ha trasformado; pero aún no se ha extinguido en nuestros bienhadados tiempos; ántes bien ha crecido y progresado con portentosa rapidez y abundancia, como tendré ocasion de probar en el trascurso de los ORÍGENES DEL BANDOLERISMO.

CAPÍTULO XXX.

ANTECEDENTES Y CONSECUENCIAS.

Ya he dicho que las consecuencias de las causas históricas son más trascendentales y persistentes de lo que en general se piensa, y siguen ejerciendo su poderoso influjo en las sucesivas generaciones, áun sin que éllas se aperciban siempre, mediante el claro conocimiento de los hechos, del orígen verdadero de infinitos hábitos, tradiciones, usos, costumbres, propensiones y tendencias, que les imprimen un carácter moral determinado.

Todos los actos humanos, ya se refieran al bien, ya se relacionen con el mal, entrañan consecuencias necesariamente adversas ó favorables para el desarrollo moral de la especie, porque tal es la inexorable ley de la solidaridad humana.

Y son tan evidentes y de tan extraordinaria amplitud mis afirmaciones, que no ya sólo en el órden moral se verifica el cumplimiento de la enunciada ley, sino que tambien se realiza en el órden fisiológico, supuesto que fatalmente, sin culpa, sin quererlo, sin pensarlo ni merecerlo, el hijo recibe del

padre condiciones físicas más ó ménos ventajosas, y que en gran parte provienen del uso y del abuso que éste ó sus ascendientes hicieron de su libre albedrío, contrayendo por su propia voluntad vicios y enfermedades, que jamás hubieran padecido sin aquéllas transgresiones.

Así sucede frecuentemente que aparecen dolencias hereditarias en nuestros contemporáneos, cuya causa y orígen proviene de tiempos remotos y de generaciones precedentes.

Pues si ésto acontece hasta en el órden físico, nadie podrá desconocer, á no estar privado de sentido comun, que la situacion moral presente arranca sin falencia del pasado, así como tambien la futura ha de ser forzosamente generada por los elementos de la situacion actual, mediante esa otra ley de continuidad en el espacio, de sucesion en el tiempo y de série dialéctica en el órden intelectual, que produce á la vez la variedad y la unidad en el curso majestuoso del Universo.

Ahora bien; la concienzuda investigacion de los elementos morales que predominan en nuestra época, ó sea de los orígenes del Bandolerismo, sería de todo punto imposible ó irrealizable en toda su extension y plenitud, sin remontarse á las causas primitivas, que no por aparecer más distantes ó remotas, son ménos verdaderas, poderosas y eficaces.

Los espíritus poco reflexivos y en extremo superficiales, que tanto abundan en esta época, no

comprenderán de seguro, que se necesite la acumulacion de tan variados é infinitos datos y preliminares, como he tenido el honor de someter al juicio público para la más cumplida solucion del árduo y dificilísimo problema que me he propuesto, cual es la cabal y completa indagacion de los diversos y múltiples orígenes de ese cáncer social que tanto crece, que con tan funesta rapidez se extiende, y cuyos inauditos y terribles estragos amenazan hoy corroer y destruir á la sociedad española.

Pero yo abrigo la íntima conviccion de que los hombres reflexivos y verdaderamente ilustrados, harán justicia á mis esfuerzos, y comprenderán tambien que para realizar mi propósito, se requeria el más atento y prolijo estudio de las diferentes razas que han poblado nuestro suelo; de sus condiciones físicas y morales, ó sea de su complexion, aptitudes, costumbres, carácter é instituciones; de las consecuencias fisiológicas, geniales, belicosas, consuetudinarias, comerciales, progresivas y civilizadoras; de sus invasiones, luchas, alianzas, mezcla y enlace con las anteriores razas; y por último, de sus hábitos, género de vida, instintos, civilizaciones, ideas predominantes, condicionalidad jurídica, trasformaciones sociales, sentimientos distintivos, rasgos salientes, virtualidades constantes, fiereza natural, propensiones, usos y tendencias en sus relaciones con el bandolerismo, cuyos orígenes históricos intento exami-

nar, y cuya completa investigacion constituye, por decirlo así, el objetivo primordial y el concepto culminante de mi empresa en esta parte de la obra.

Todos estos numerosos y diversos coeficientes, eran de todo punto necesarios para determinar con la debida exactitud los múltiples elementos etnológicos, morales, consuetudinarios, jurídicos y sociales, que como otras tantas causas históricas, contribuyeron á enjendrar y constituir la nacionalidad española, que tan vigorosa y pujante apareció ya en la época de los reyes católicos, los cuales si no pudieron anular completamente las consecuencias desastrosas del bandolerismo político de los reyes y de la nobleza, durante regencias arbitrarias y turbulentas minorías, porque tal empresa hubiera sido humanamente imposible, consiguieron al ménos, mediante la oportuna y bien entendida reorganizacion de la Santa Hermandad, oponer un poderoso dique al bandolerismo bajo todas sus formas, ya erigido en sistema por los magnates que desde sus castillos, por medio de sus hombres de armas, habian regularizado con metódica fijeza sus rapaces exacciones; ya practicado por sus vasallos, á imitacion de sus señores, en poblaciones, campos y encrucijadas; ya en fin, por las feroces cuadrillas de los almogávares, monfíes y golfines.

Pero uno de los fenómenos más importantes y dignos de consideracion que ofrece la historia en

sus fastos, consiste en la tenaz persistencia con que reaparecen las cuestiones sociales, despues que ya se juzgaban definitivamente resueltas, y tomando nuevas é inesperadas formas como Protéo, vienen á ser el sarcasmo de los gobiernos, la desesperacion de los pensadores y el espectro aterrador de la conciencia humana que, ansiosa del bien, encuéntrase tristemente burlada en sus generosas aspiraciones, viendo por todas partes con inesplicable angustia retoñar aquellos mismos males, que en su placentera ilusion habia imaginado con gozo para siempre y de una vez extinguidos.

En efecto; inténtase abolir la antigua esclavitud bajo la inspiracion cristiana, pero renace en forma de servidumbre; el siervo de la gleba recobra al fin su libertad preciada, mas otra servidumbre, tanto y más horrorosa que la primera, reaparece bajo la forma del pauperismo; y acaso un dia, segun los pesimistas lo entienden, cuando la ciencia social haya creido haber resuelto satisfactoriamente el problema, renacerá éste como el fénix de sus cenizas trasformado, es cierto, pero con el mismo doloroso contenido; pues que al pobre de fortuna seguirá el pobre de inteligencia, de fuerzas, facultades ó dotes, como si fuese necesario que exista siempre en el seno de la especie humana una cierta cantidad de mal relativa y proporcionalmente idéntica, para el mejor cumplimiento de su misterioso destino.

Así tambien sucedió con los generosos esfuerzos

de los reyes católicos para moralizar la sociedad de su tiempo, premiando la virtud y el mérito, castigando el crímen y persiguiendo al bandolerismo belicoso hasta en sus más inaccesibles y recónditas guaridas; pero hé aquí que ante aquella enérgica y perseverante represion, el mal cambia de forma, lucha como puede, busca en la sombra nuevos y poderosos auxiliares, y léjos de extinguirse por completo, reaparece con más profundas raíces y más enriquecido que ántes, pues sin perder su tendencia belicosa ni haber depuesto las armas, se ostenta más ubícuo y frecuente que nunca, ayudado de la complicidad, séquito y organizacion de los numerosos y diversos círculos de la Picaresca y de la Hampa.

El bandolerismo se extendió tanto, y afectó tan variadas é insospechables formas, que llegó á explotarse hasta el sentimiento religioso por los hermanos de la Camándula, miéntras que los Beatos de la Cabrilla abrigaron absurdas y aterradoras pretensiones de elevar el bandolerismo á la altura de una doctrina social, aspirando con inaudita insensatez á ejercerlo en el sentido de las máximas del cristianismo, é imaginándose que el robar solamente la mitad á cada uno de los caminantes, pudiera ser la mejor manera de acreditar y difundir sus peregrinas teorías y donosas prácticas, respecto á la fraternidad cristiana.

En cuanto á la organizacion social de nuestro país, respecto á la propiedad territorial, á la con-

dicion de las personas, á la diferencia de clases, al desprecio del trabajo y á otras no ménos funestísimas preocupaciones de la mal entendida honra, que, además de la sopa de los conventos, fomentaban con dolorosa eficacia la más punible holgazanería, y, por lo tanto, una de las concausas más activas y permanentes del bandolerismo en España, ya he indicado las naturales y obligadas consecuencias que tal sistema y tales preocupaciones debian producir en la sociedad, promoviendo las vanidades, martirios y desesperacion de los Hidalgos de la Negra honrilla, que á la postre llegaban al último grado de corrupcion moral, convirtiéndose en esa especie particular de criminales que, afectando buenas formas, aparecen honrados, cubriéndose con la máscara de caballeros, y que no sin exactitud se les designaba entónces, como ahora, con el significativo título de Caballeros de Industria.

La especie, como ya he indicado, ha sufrido todas las trasformaciones propias de la época moderna; pero se ha multiplicado con tan desastrosa fecundidad, que hoy más que nunca merecen los tales tipos el más cuidadoso exámen, porque nunca más que hoy es por extremo difícil, por no decir imposible, el trazar *exteriormente* la línea divisoria que con seguridad y exactitud separa y distingue al honrado y cumplido caballero de este otro petardo social y viviente, que se llama el Caballero de Industria.

De lo dicho se deduce que todas las trasformaciones del bandolerismo han propendido á revestirse de formas sociales, cada vez más y mejor cubiertas con el barniz de una cultura y moralidad aparentes que, no sólo proporcionan las ventajas de mayor impunidad por las indebidas consideraciones que han solido y suelen guardarse para con esta casta de industriosos caballeros, sino que tambien facilitan útiles relaciones en el trato social para acudir en auxilio de criminales de más baja laya, que de ordinario les sirven de instrumento.

Y era muy natural que así sucediese, teniendo en cuenta las extraviadas opiniones que en materias de conducta y actos morales solía y suele profesar generalmente la sociedad en el trato comun de la vida.

En efecto, miéntras que se denunciaba, perseguia y castigaba con inexorable severidad á un ladronzuelo rústico, andrajoso y sin apoyo, nadie, por el contrario, acusaba, por las razones ya indicadas, á los Caballeros de Industria, por más que en algunas ocasiones fuese de grande importancia la cuantía de sus estafas y despojos.

Sin duda el poder público y la legislacion han tratado de prevenir progresivamente y al mismo compás los males que provienen del bandolerismo bajo todas sus faces; pero como la autoridad y la ley pierden gran parte de su fuerza y eficacia, cuando la sociedad permanece impasible ó indiferente y no la secunda siempre, en todas partes y

con decision y brío, resulta de aquí la perturbacion más profunda, esencial y funesta que pueda imaginarse para fomentar, ¿qué digo? para proteger abiertamente al bandolerismo como á otra cualquiera industria, porque tal es el horroroso efecto que produce esa nunca bastantemente censurada indulgencia que la sociedad dispensa á los malvados, bajo el fútil y repulsivo pretexto de que aquéllos se cubren con las buenas formas de educacion esmerada, trato ameno, ingénio chispeante y ocurrencias felicísimas, oportunas y llenas de picor, gracia y donaire.

Discuten muchos, y con plausible intencion se proponen escogitar las leyes más esquisitas, precavidas y áun crueles para concluir de una vez con la plaga del bandolerismo, sin advertir que las mejores leyes no son más que letra muerta cuando la actividad y el celo de gobernantes, gobernados, funcionarios y agentes no vivifican su accion y sentido, aplicándolas con la rapidez del rayo, despues de haber perseguido sin tregua ni descanso y por todos los medios concebibles á los criminales, quienes temen ante todo y en primer término á la persecucion, es decir, á la captura; y luégo más tarde, y en segundo lugar, viene el temor á la ley, temor que disminuye en gran manera por rigorosa que sea la legislacion, cuando nadie los persigue, lo cual para éllos significa la *impunidad*.

El poder público debe hacer mucho en este sentido, si bien por desdicha ni él ni sus delegados

hacen siempre todo lo que deben y pueden; más justo es decir tambien que la sociedad, que tanto se alarma y grita censurando la indolencia ó lenidad de las autoridades, es la misma que ya con sus preocupaciones, ya con sus temores, viene á favorecer, bajo mil diversos aspectos, la salvacion é impunidad de los criminales.

Pero, repito, que entre todas las protecciones, alentamientos, complicidades, estímulos y favores que por diferentes causas recibe el bandolerismo, ningun auxilio y fomento puede competir en importancia con la desastrosa benevolencia que la sociedad concede á los opulentos malvados, así como tambien á los criminales de toda especie, con tal que usen guante blanco, esto es, que cubran su podredumbre moral y su delincuencia bajo los signos meramente exteriores de las que se llaman buenas formas sociales.

Esta peligrosa y altamente culpable benevolencia por parte de la sociedad, ha sido la causa más poderosa de que en sus más dorados y suntuosos salones se precipiten en tropel muchos condecorados bandidos, y de que al mismo tiempo la innumerable turbamulta de los Caballeros de Industria pulule por donde quiera satisfecha, impune y con aspecto de personas decentes, dignas y engalanadas con el traje de los hombres de bien, cuando sólo deberian llevar la vestimenta del presidiario.

Ahora se comprenderá perfectamente mi justificada insistencia sobre este punto capitalísimo de

mis censuras, supuesto que merced á tales preocupaciones y tan insensata conducta, la sociedad misma ha preparado y abierto al bandolerismo las más anchas vías para que penetre en su seno y la corrompa con su aliento emponzoñado, dilatándose así de dia en dia y con intensidad tan creciente como alarmante, esa inmunda lepra moral que la infecta y empodrece hasta la médula en todas direcciones, y que á más andar la consume y la devora.

Por su parte, los criminales de todas castas, condiciones y posicion han comprendido á las mil maravillas que ésta injustificada benevolencia de la sociedad constituye, respecto á éllos, la condicion más favorable para obtener casi siempre, no solamente la impunidad más completa, sino tambien la consideracion, distinciones, agasajos, influjo y valía en la sociedad, cuyo sentido es tan ruin, servil y abyecto, que dispensa todos aquéllos favores y homenajes, únicamente á las pomposas apariencias, al oro y á la fortuna.

Tal ha sido la causa principal de que los Caballeros de Industria de todas clases y matices se hayan multiplicado tan maravillosamente, y de que el bandolerismo haya procurado á todo trance revestir esta forma social de la levita y el guante, en la seguridad de que éste procedimiento podia serle muy útil y provechoso, así para cometer sus rapiñas, como para amañar y conseguir impunidad, estimacion ó aplauso.

Esta última trasformacion del bandolerismo es tan evidente y notoria, que ya hasta los facinerosos que cometen sus crímenes en los campos ó caminos, ó secuestros en las poblaciones, rarísima vez dejan de ser dóciles y ciegos instrumentos de otros bandidos de levita que los dirigen y aconsejan en la sombra, que reciben la mejor parte de sus provechos, y que los protegen, poniendo en juego todas sus numerosas y eficaces influencias para sacarlos avante en sus apreturas.

Ya he trazado la série sucesiva de las trasformaciones históricas del Bandolerismo; pero, en honor de la verdad, debo decir que en ningun tiempo ha afectado en la sociedad española una forma tan ámplia, funesta y peligrosa, ni tampoco ha echado tan profundas y extensas raíces como en la época presente.

La trascendencia incalculable de este hecho salta á la vista, y por lo tanto, no requiere explicacion más minuciosa, limitándome á hacer constar que la tolerancia en todos sentidos social, gubernativo, político, judicial y privado ha producido este otro hecho, no ménos corruptor y lamentable que el anteriormente denunciado, á saber: que la sociedad ha perdido el sentido moral hasta el extremo de que vive y alterna sin reparo alguno con los más odiosos criminales, aplaudiendo sus éxitos, secundando sus miras, recibiendo sus inspiraciones y corrompiéndose élla misma, merced á su bajeza indecible y á éste inmundo contacto.

Es verdad que de vez en cuando y por una de las más insignes contradicciones que registra la historia, esta misma sociedad pone el grito en el cielo, se alarma y truena contra el bandolerismo, sin recordar que sus quejas y escarcéos son completamente infundados ó ridículos, atendido su criterio moral é insensata conducta.

La sociedad, pues, en la época presente, en el estado actual de la conciencia pública y en medio de los estímulos y favores, que élla misma dispensa sin pudor al crímen afortunado, no tiene derecho alguno para quejarse; ántes bien, debe hundir con resignacion la frente en el lodo que élla misma ha producido con su abyeccion y amasado con sus propias manos.

Que no se queje, pues, ó que sea digna, severa y adusta para con los malvados, entendiendo de una vez para siempre que sus favores, su proteccion, su ayuda y sus respetos debe guardarlos para el hombre de bien, aunque se halle en la pobreza, y tratar con el desdén que se merece al malvado, aunque sea opulento, en la seguridad de que semejante conducta, no sólo sería saludable, salvadora y grandiosa en el órden moral, sino tambien el más eficaz, enérgico é irresistible complemento del poder judicial y del respeto práctico al espíritu de las leyes.

El lastimoso y universal desconocimiento de esta verdad inconcusa, ó lo que yo más creo, su culpable olvido, es la consecuencia natural de los enuncia-

dos antecedentes, á la vez que la condicion primera y la causa más poderosa de que el bandolerismo haya crecido tanto, haya penetrado con tanta fuerza en las más profundas entrañas de la sociedad y haya producido en élla la desesperada situacion moral en que actualmente se encuentra.

CAPÍTULO XXXI.

ESTADO MORAL DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA.

Nunca se repetirá bastante que á donde llega la opinion, censura y desvío de la sociedad, jamás puede llegar el fallo y sentencia de los tribunales, porque la jurisdiccion de éstos se encuentra limitada por las prescripciones positivas de las leyes; en tanto que el juicio moral de aquélla puede penetrar hasta en los actos más íntimos de la vida.

Pero este juicio moral, cuya eficacia en buen ó mal sentido existe siempre, produciendo las más sorprendentes y sesudas máximas de conducta, á la vez que infinitas preocupaciones sociales, cuyo pernicioso influjo ya he señalado bajo diversos aspectos, es necesario que se ajuste al concepto de la verdad moral en todas las manifestaciones humanas en el órden práctico, si ha de ejercer una influencia saludable entre los hombres.

El recto conocimiento de la verdad y su aplicacion sincera á los actos de la vida, produce la discreta conducta, así como el error, engendra la preocupacion funesta y la conducta insensata.

Excusado parece repetir que la verdad moral, como todas las ideas absolutas de la razon, se revela tambien á la conciencia bajo la forma de sentimiento, y en este sentido se habla con exactitud perfecta del sentimiento de lo justo, de lo bueno, de lo bello y de lo verdadero; pues de otro modo la mayoría de los hombres, no bien preparada para la ciencia, estaria excluida de la práctica de la virtud, es decir, de su carácter fundamentalmente humano, que consiste en su atributo de ser moral, inteligente y libre.

Es necesario, pues, que esos errores comunes, llamados vulgarmente preocupaciones sociales, se rectifiquen con sujecion á las exigencias de la verdad ó del sentido moral; pues que en este apartamiento ó desvío consiste la desventura y corrupcion de individuos y sociedades.

En tal concepto, el estado moral en que actualmente se encuentra la sociedad española, necesitaria una rectificacion importantísima, respecto á la idea cardinal del bien, ajustando al mismo tiempo su conducta práctica, á las inspiraciones morales de este principio.

Ahora bien; los errores comunes son el natural y forzoso resultado de ideas erróneas dominantes; y como las ideas encuentran necesariamente su éco y resonancia en los sentimientos y en la conducta de la vida práctica, surge de aquí, que la presente sociedad española arrastra una vida por extremo valetudinaria en sentido moral, como que

es la obligada resultante y consecuencia de ideas falsas ó errores morales.

Tarea harto difícil es la determinacion acertada de las infinitas concausas que han venido á corromper la sociedad, hasta el punto de que, nó solo el bandolerismo parezca ya un atributo inherente á élla, sino que tambien se advierta, como una consecuencia inevitable, la más espantosa corrupcion en todas las esferas y manifestaciones de su vida.

Los resultados prácticos de las ideas actualmente dominantes, hace ya tiempo que se están experimentando por todos, y es necesario estar ciegos ó profundamente corrompidos, para no ver la magnitud del mal, ó no alarmarse por sus crecientes estragos.

En efecto, al presente el honor consiste, no en las acciones virtuosas, no en los grandes beneficios prestados á la patria ó al bien comun por el saber y acertada gestion de los más eminentes ciudadanos, sino en poseer pingües fortunas y ocupar altos puestos para no hacer absolutamente nada útil y beneficioso á los intereses generales del país; y la virtud, la ciencia, la gloria, la buena fama y la probidad, no se estiman en sí mismas, porque sólo conducen al trabajo y á la pobreza y no á los goces materiales, ni á la adquisicion de medios para satisfacerlos; en una palabra, hoy el ideal supremo, la aspiracion universal y el objetivo único para todos, consiste en adquirir,

tener, gastar y gozar, sin preocuparse de que los medios para conseguirlo, sean ó nó dignos y honrosos, y como éstos son más difíciles ó lentos, se prefieren naturalmente los más fáciles, es decir, los más reprobados y criminales.

Todos los medios son buenos con tal de alcanzar los fines, es la máxima dominante, la sentencia generalmente profesada.

Busca el artista la gloria; y si gime en la miseria, léjos de ser un objeto de angustia ó de proteccion generosa, es la burla y escarnio de los que sólo aspiran, como se dice hoy, á *lo positivo*, esto es, á tener y gozar. ¿Para qué sirve el arte?

Anhela el sabio filósofo en su miserable tugurio la gloria inmortal y los inefables goces de la ciencia; pero todo el mundo le mira con desprecio y se rie de sus pretensiones, porque no ha conseguido cubrir su desnudez, ni satisfacer su hambre. ¿Para qué sirve la ciencia?

Consume su vida el literato para difundir entre sus semejantes los civilizadores sentimientos de lo bueno y de lo bello, y para honrar á su patria con las producciones de su ingenio; pero nadie premia su trabajo honrado, comprando siquiera sus obras, porque no son un artículo de vanidad ó lujo, ni tampoco nadie le ayuda, ni gasta el tiempo en leer *espiritualidades* que tan léjos están de *lo positivo*, resultando de aquí la constante repeticion de esa triste historia del génio maltratado en vida, y cuya personificacion más dolorosa, para eterna mengüa

de España, es el inmortal Cervantes, que se muere de hambre, y á quien despues se le consagran estátuas y pomposos aniversarios. ¡Oh sarcasmo! ¿Para qué sirve la literatura?

Vive en apartado retiro algun eminente repúblico que procuró ilustrar su entendimiento con toda la suma de saber posible, con el noble propósito de hacer el bien de sus conciudadanos, lo cual realizó en la medida de sus fuerzas desde los más altos puestos; pero al verle retraido en su honrosa pobreza, careciendo de lo que la exigente sociedad reclama para alternar en élla, léjos de ser objeto de la pública estimacion y del respeto de los particulares, todos, por el contrario, se mofan de su probidad y le califican de bruto, porque no fué un vil concusionario, y no supo aprovechar la suerte y crearse una fortuna. ¿Para qué sirve la integridad?

Muy fácil me sería prolongar esta dolorosa enumeracion, poniendo de relieve las virtudes, sacrificios, humillaciones y amarguras de los mejores ciudadanos, con tanta ligereza, desvergüenza y cinismo criticados, ofendidos y despreciados por los más despreciables, que constituyen la mayoría de este país tan desmoralizado y envilecido, como sería capaz de ser noble, grande y generoso, con sólo quererlo.

Las censuras de la sociedad, léjos de tener un sentido moralizador, propenden por el contrario, á desanimar y corromper á los pocos que todavía

manifiestan amor al bien y respeto á la moral; pues nada es más frecuente que motejar de torpes, imbéciles ó ineptos al comerciante que no supo retirarse á tiempo, robando á sus acreedores, por medio de una quiebra fraudulenta, ó al fabricante que se arruina por no querer adulterar los géneros ó explotar los operarios, aumentando las horas de trabajo y disminuyendo la retribucion, á fin de hacer pronto, con la sangre de éstos, gran fortuna, mediante una competencia de mala ley; en una palabra, la sociedad califica de nécios y estúpidos á todos los que prefieren la honradez á una ganancia criminal en todas las profesiones, artes y oficios.

Por mi parte, confieso que estos juicios y tales censuras, tan frecuentes en el trato de hoy, me producen un efecto desgarrador y una indignacion semejante á la que inspiran esas madres desnaturalizadas, última, repugnante y asquerosa personificacion de la vileza humana, que tienen la inconcebible avilantez de aconsejar la corrupcion á sus hijas.

¡Tal es hoy el sentido de la sociedad corrompida, madrastra para sus más nobles y virtuosos hijos, y madre solícita y cariñosa para los malvados!

Ahora bien; el arte ha decaido, merced al grosero materialismo de la época, y si no se advirtiesen algunos salvadores síntomas de regeneracion, pudiera creerse que el sentimiento y la nocion dignificante, consoladora y sublime del ideal se habia

perdido entre los hombres; la ciencia ó la filosofía, por la misma causa, es desestimada, como una abstraccion vacía que no produce nada positivo ni tangible, y si produce algo, es la inquietud interior y la miseria efectiva de alguno que otro monomaniáco; la literatura, por igual motivo, es despreciada ó no comprendida, si con sujecion á su verdadera índole, aspira á representar un mundo más bello y más poético que el de la realidad tosca y prosáica, y sólo encuentra estúpidos aplausos cuando sus groseras y sensuales inspiraciones lisonjean el sensualismo dominante; y la política, por idéntica razon, léjos de profundizar en los abismos morales de la conciencia y de la sociedad, promoviendo en todas direcciones el bien público y las reformas sazonadas y útiles para todos, encuéntrase reducida á vergonzosos pandillajes y estrechos y exclusivos intereses de partidos, á la par que limitada en su ruin bajeza al arte vil, astuto y egoista de negociar diestramente las propias conveniencias, buscando con ánsia hidrópica por todas partes la fortuna, en cuyas áras se sacrifica todo lo más respetable, honor, decoro, dignidad, y lo que es más terrible y criminal todavía, la prosperidad comun y la honra de la patria.

La desmoralizacion cunde y se extiende por todas las esferas sociales con rapidez increible y pujanza creciente; de modo que por todas partes dominan la mala fé y el insaciable afán del lúcro ilícito, así en la industria y en el comercio, como

en las artes y oficios; así en las profesiones, como en la Curia, en la Administracion pública, en las Empresas, Compañías, Sociedades de crédito, y, finalmente, en todos los servicios, tratos, contratos y relaciones de la vida.

¿Y cuál es la causa de tan doloroso y universal desvío de las prescripciones morales?

Ya he indicado que el objetivo único en la sociedad presente es adquirir, tener, gastar y gozar; pero esta general tendencia hácia el más refinado sensualismo proviene de muy diversas y complicadas causas, cuyo análisis y exposicion requiere estudio perseverante y metódico procedimiento.

Ante todo, es necesario convenir en que la misma concepcion divina que produjo el sér y carácter humano, entraña en su propia esencialidad dos elementos antitéticos, opuestos, contradictorios y que constituyen la condicion necesaria de perpétua lucha, como son la idea y la forma, el espíritu y la materia, el cuerpo y el alma, resumidos en unidad viviente, de cuya antítesis, lucha y unificacion surgen á la par todas esas maravillas que se llaman libre albedrío, conciencia, entendimiento, sensualidad, pasion, sacrificio, egoismo, razon, virtud, crímen, abatimiento, soberbia, hombre.

Este dualismo es el que constituye á la vez la felicidad suprema y la suprema angustia, la ansiedad infinita y la infinita saciedad, la inconmensurable grandeza y la inconmensurable pequeñez del hombre, que con la frente en el cielo aspira á

la sublime espiritualidad divina, y con los piés en el abismo no acierta á desprenderse del fango de la animalidad terrestre.

La animalidad, pues, conduce al goce, á la sensacion, al placer y á todas las fruiciones y deleites de la carne, en oposicion á las puras y desinteresadas aspiraciones del espíritu, más allá del espacio y del tiempo.

De lo dicho se deduce que el ánsia de poseer para conseguir los goces y las deleitaciones de la materia radica en la misma naturaleza del hombre, que, como la misteriosa estátua del antiguo dios Término, aparece en los linderos y confines del mundo del espíritu y del mundo de la materia, que él abarca en su conciencia y resume en su organismo.

Así, pues, la animalidad es el orígen de la concupiscencia, es decir, el verdadero pecado original.

Combatir y dominar esta propension ha sido siempre el objetivo de todas las religiones, así como tambien los moralistas de todos tiempos y países han hecho consistir la virtud en el triunfo del espíritu sobre la materia, de la abnegacion sobre el interés y de la razon sobre las pasiones.

Pero si bien es cierto que el predominio de los goces sênsibles revela el poderío natural de los instintos animales, tambien es innegable que la perfeccion moral del hombre consiste y estriba en dominar y someter estas fuerzas ciegas é inconscientes á su razon y á su conciencia.

La série de los triunfos del sér moral sobre aquellos obstáculos es el dinamómetro, por decirlo así, de la cantidad de progreso de buena ley, que ha obtenido una sociedad cualquiera en sus evoluciones históricas, políticas y sociales.

En honor de la verdad debo decir que el cristianismo ha combatido la tendencia sensualista con tal energía y perseverancia, que llegó á producir la glorificacion de la tendencia opuesta, cual fué el ascetismo.

Durante cierto período de la Edad media, trabóse una lucha por extremo feroz y encarnizada entre el espíritu y la carne, el alma y el cuerpo, las pompas del mundo temporal y las delicias del mundo eterno.

En la Tebaida, en el monte Carmelo, en el monte Casino, en el Athos, en el Monserrat, en África, en Asia, en Europa y por todas partes, veíanse anacoretas, ermitaños y solitarios que, renunciando á los placeres del mundo, se consagraban á la vida espiritual, sustentándose de frutos silvestres, orando dia y noche, y macerando su cuerpo con asperísimas penitencias y prolongados ayunos y privaciones, como si aquellos ascetas hubiesen recibido el providencial encargo de enseñar á los mortales lo poco que el hombre necesita para vivir luengos años, cuando sabe conformarse con las sencillas prescripciones de la naturaleza, ennoblecida y santificada por la inocencia ó por la virtud del espíritu, en cuyo altar se sacrificaba el cuerpo.

Es verdad que á la sazon hubo en Europa tal carestía, que un modio de trigo costaba sesenta sueldos de oro, y llegóse hasta el horroroso extremo, como sucedió en Turno, de venderse carne humana en los mercados.

La guerra, la peste y el hambre parecian recorrer la tierra como génios maléficos para destruir de una vez el linaje humano.

Entónces adquirió crédito la opinion esparcida por aquel tiempo respecto á que el fin del mundo tendria lugar el año mil, y creíase ver una profecía exacta de este cataclismo en el Evangelio, á la par que se recordaban con espanto las doctrinas de la secta de los *Milenarios*, que en los primeros siglos de la Iglesia habian predicado el reino milenario de Cristo.

Esta opinion habia difundido por la tierra los sombríos pavores del Juicio final, y merced á la profunda ignorancia y supersticion de aquella época, todas las gentes creyeron que el fin del mundo á más andar se acercaba, y que el último dia del tenebroso siglo x sería irremisiblemente el tremendo *dies iræ, dies illa*, en que el cielo sería como un lago de sangre y la tierra un montoncillo de pavesas.

Bajo esta apocalíptica impresion, ni se labraban los campos, ni se cultivaban las ciencias ni las artes, ni tampoco nadie se preocupaba de allegar fortuna; ántes bien todos acudian en tropel á los santuarios más devotos, vestíanse de cilicio, con-

fesábanse unos á otros, hacian penitencia y suplicaban á Dios que tuviese misericordia de su pueblo, que de un momento á otro debia comparecer en masa ante su presencia.

La adversidad es la maestra más elocuente de individuos y sociedades, ó en otros términos, el dolor espiritualiza al hombre, en tanto que la prosperidad le ata con más fuertes lazos al mundo sensible, á los goces animales.

Ahora bien; con la rapidez y brevedad posible he presentado frente á frente el ascetismo de la Edad media y el sensualismo de la Edad presente.

La historia demuestra bien á las claras las desastrosas consecuencias morales, políticas y sociales que en sí entraña el ascetismo, así como tambien apelo confiadamente á la historia, cuyos juicios definitivos confirmarán la exactitud de mis asertos relativamente á las desastrosas consecuencias morales, políticas y sociales que en sí entraña el predominio actual del sensualismo.

Diríase que la humanidad procede en su marcha por movimientos diametralmente exclusivos, en vez de caminar en la série sucesiva y serena de las ideas, á la par que en la síntesis más ámplia y comprensiva de todas éllas, generando así una conducta omnilateral y armónica, y una historia más rica en proporciones, más racional y en perfecta equidistancia de todos los extremos, de todos los exclusivismos y de todas las exageraciones, que por sus mismos errores son peligrosas, y por sus

mismas injusticias son siempre funestas, al mismo tiempo que contraproducentes para los fines propuestos y apetecidos, áun cuando éstos sean en sí mismos justos, provechosos, necesarios y civilizadores.

El ascetismo, bajo el punto de vista moral, con sus mortificaciones, ayunos, cilicios y aislamientos, sólo enjendra desertores de la humanidad, que, merced á un absurdo y místico egoismo, imponen el capital de sus maceraciones en la tierra, con la única mira de cobrar sus réditos en el cielo, sustrayéndose así á todas las taréas y trabajos fecundos de la vida, bajo aquellas mismas condiciones de espíritu, materia, lucha, triunfo y mérito, que á la voluntad divina plúgo imponer en la creacion y existencia del sér y carácter humano.

Si el cuerpo debe ser considerado como el templo del alma (1), dicho se está que mutilarlo, como Orígenes y Ambrosio de Morales, para conservar su pureza, ó debilitarlo y destruirlo con inmoderados ayunos é indiscretas mortificaciones, equivale á un lento suicidio y á un horrible atentado contra las leyes y condiciones impuestas por Dios al hombre sobre la tierra; sin que por ésto yo niegue la conveniencia y necesidad de ciertas racionalísimas abstenciones, inspiradas por la misma naturaleza y reconocidas por la ciencia higiénica; pero nótese bien el carácter diametralmente opuesto de las

(1) San Juan.—Evangelio.

abstenciones indicadas, que léjos de contribuir á la debilitacion del cuerpo, se justifican precisamente, porque contribuyen á la conservacion del templo del alma.

En resúmen, diré que el ascetismo, ansioso de ganar el cielo por la virtud, que consiste en triunfar de la tentacion, fracasa lastimosamente en su empresa desde el punto y hora que se propone anular ó suprimir las causas y áun los órganos de la tentacion misma, supuesto que al suprimir la tentacion, suprime *ipso facto* la virtud, y por consiguiente la gloria de la lucha y del merecimiento.

Pero si tales son las consecuencias del ascetismo en el órden moral y religioso, no son ménos desastrosas y contrarias á la naturaleza en el órden político, es decir, en el concepto y organizacion jurídica de la sociedad, referente á los deberes y derechos de los asociados.

En efecto; el asceta, embebecido *única* y *exclusivamente* en sus místicas aspiraciones, no se preocupa en ninguna manera de los negocios públicos, que él califica de mundanos y peligrosos; y desde luégo se comprende que semejante abdicacion y desprendimiento del mundo envuelve el tácito y humilde consentimiento de todas las tiranías, la violacion de todos los derechos, el olvido de todos los deberes y la más completa y antihumanitaria indiferencia respecto á la práctica de la justicia ó de la injusticia, durante la vida humana sobre la tierra.

Todavía más calamitosas, si es posible, fueron

las consecuencias del ascetismo en el órden social, supuesto que considerando la vida en este planeta como el plazo concedido para ganar el cielo, no por el trabajo, ni por la práctica de todas las virtudes cívicas entre los hombres, ni por la cultura intelectual, ni por el progreso de la civilizacion, sino mediante el ayuno, la penitencia y una perpétua plegaria, claro está que el asceta, pretendiendo escaparse de todas las laboriosas evoluciones, taréas, empresas, necesidades, fatigas, luchas y contrariedades de la vida que la Providencia ha impuesto á la humanidad en su peregrinacion terrestre, miraba y debia mirar con el más absoluto desprecio, y áun con ódio y escándalo, el libre exámen del dogma, el estudio de las ciencias naturales, la cultura de las artes, el cultivo de los campos, el progreso de la industria y de la mecánica, los adelantos de la química, la explotacion de las minas, la astronomía, la náutica, el comercio, las letras, la historia y todos cuantos conocimientos han contribuido á crear ese estado tan diferente del natural y primitivo, que se llama *civilizacion*, cuyo ideal consiste en la feliz armonía entre los intereses morales y los materiales, dualismo sublime, ecuacion maravillosa que con sus obstáculos, triunfos y méritos revelan á la par la grandeza de Dios y la dignidad del hombre.

En suma, el ascetismo, aspirando á mortificar ó suprimir uno de los términos ó coeficientes de la naturaleza humana, sólo consigue perturbarla,

disminuirla y apartarla de su verdadera mision sobre la tierra, sin advertir que el cuerpo es la condicion indispensable para que el espíritu se manifieste y opere en y sobre la naturaleza, siendo así el cuerpo la medida de nuestro sér, el punto del universo en que nuestra voluntad puede realizarse más inmediatamente y el instrumento, mediante el cual ejecutamos en el órden físico lo que el espíritu concibe y ordena, es decir, que la conjuncion del cuerpo y del espíritu es absolutamente necesaria para que el hombre realice sus magníficas, incesantes y sorprendentes conquistas sobre la naturaleza.

En sentido inverso, el materialismo parece haberse propuesto la supresion del otro término espíritu, glorificando exclusivamente el cuerpo y sus goces animales; pero sus consecuencias prácticas no son ménos funestas y perturbadoras.

Las negaciones del materialismo, sensualismo y positivismo, más ó ménos variadas en la forma, pero idénticas en el fondo, son tan importantes, capitales y funestas en el órden moral, que comienzan por negarlo, cualesquiera que sean las precauciones y reticencias de sus mantenedores, supuesto que el órden moral no puede ni áun siquiera concebirse sin la existencia de ámbos términos, espíritu y materia ó razon y sensibilidad, cuya antítesis engendra, como ya he indicado, la lucha, el libre albedrío, la responsabilidad y el mérito.

En efecto, no habria órden moral ni virtud desde el momento en que desapareciese el combate entre

las seductoras solicitaciones de la sensibilidad y del apetito, y los severos preceptos de la razon y del deber; combate absolutamente necesario para que en él intervenga la fuerza ó el hábito de obrar con sujecion á las exigencias del bien, en lo cual consiste la virtud.

Pero desde el momento en que se establece, como afirman todas estas escuelas con más ó ménos valentía y franqueza, que no existe diferencia alguna *intrínseca* entre el bien y el mal, y que el orígen de estas nociones se halla únicamente en el placer y en el dolor, dicho se está, que el órden moral queda destruido, y no resta otro código posible que el del más egoista utilitarismo, segun el cual, la ley de la conducta debe ser, buscar incesantemente y por todas partes todo lo que nos sea placentero, evitando á la vez, con exquisito cuidado, todas las impresiones dolorosas.

Ya he apuntado, que el ánsia de poseer para gozar tiene su raíz en la misma naturaleza del hombre, cuyo elemento sensible es la condicion indispensable para que el espíritu influya en la naturaleza y adquiera mérito en el órden moral; pero aquí espira la razon suficiente del elemento sensible ó sea el cuerpo; y sería absurdo pensar que el fin, objeto y mision del cuerpo, es el predominio de la animalidad sobre el espíritu, cuando precisamente su razon de existencia consiste en ser la causa y condicion de la libertad y de la grandeza moral del hombre.

Los materialistas, sin embargo, perturban profundamente las condiciones y armonía de la naturaleza humana, desconociendo la verdadera finalidad del cuerpo y negando tambien la existencia del alma, de cuya trascendentalísima negacion resulta, no ya el predominio de la animalidad sobre el espíritu, sino la terminante afirmacion y apoteósis de la animalidad, como único y sólo elemento constitutivo del hombre.

Ahora bien; negada la existencia de Dios, la vida futura, la inmortalidad del alma, la diferencia intrínseca entre las acciones buenas ó malas; y negado tambien, por consiguiente, el espíritu y el órden moral, dejo á la consideracion de mis lectores el espantoso vacío que semejantes doctrinas producen en la conciencia humana y las aterradoras consecuencias que de éllas se desprenden para el órden práctico en la sociedad presente.

Bajo el deletéreo influjo de tales errores el sacrificio es una estupidez, el amor un negocio, la amistad una mentira, el honor un quijotismo, la probidad un interés, la patria una mina, la buena fé una torpeza, la virtud una cuestion de temperamento, la dicha suprema los goces materiales, la única divinidad el oro, la vida un libro de cuentas y la muerte un sueño eterno.

En el órden político la accion y consecuencias del materialismo son funestísimas; y si no han llegado á destruir por completo las bases de la sociedad, ha consistido en que la conciencia pública les ha

opuesto una barrera insuperable, pues que si tal sistema prevaleciese absolutamente fiel á sus doctrinas, deberia comenzar por abolir los tribunales de justicia, porque tal debe ser, en el órden político, la consecuencia lógica y obligada de sus principios fundamentales respecto á la indistincion del bien y del mal. Y como consecuencia forzosa de este mismo principio, resulta que tal sistema no entraña contenido sustancial alguno que pueda ser objeto de una afirmacion programática de gobierno; pues aunque Hobbes afirma que el poder público tiene facultades ilimitadas, haciéndose así el apologista de todos los tiranos y de todas las tiranías, no por eso deja de cometer una inconsecuencia injustificable, porque la recta deduccion de su principio, léjos de conducir al absolutismo, debió llevarle á la negacion absoluta de todo gobierno.

En efecto, la ley generadora de la bien entendida autoridad pública y de la institucion jurídica del Estado es el bien comun, fundado en la garantía de los derechos de todos; pero como el concepto de bien en la acepcion moral y jurídica es una palabra vacía de sentido para los maestros y apóstoles de tan disolvente doctrina, resulta que, si hubieran de ser consecuentes con su principio, su mision gubernamental sería completamente nula, pues quien no admite distincion moral en las acciones humanas, no tiene *ipso facto*, ni puede, ni debe tener autoridad legítima ni para dirigir la sociedad, ni criterio para determinar lo que es digno de pre-

mio ni de castigo, porque admitida la *indistincion* fundamental que éllos pregonan, ¿quién ni cómo pudiera tener facultad, ni criterio, ni espíritu, ni entendimiento para *distinguir* lo bueno de lo malo? Al materialismo, como á todas sus escuelas similares, no les resta en política si no quieren contradecirse, más recurso que proclamar abiertamente la *an-arquia*, es decir, el *no-gobierno*.

Despues de estas reflexiones, fácilmente se comprenderán las horrorosas consecuencias que el entronizamiento de estas doctrinas en la gobernacion del Estado pudiera acarrear á las naciones.

Supongamos, por ejemplo, que en las circunstancias más críticas y en medio de los más graves conflictos en que un país puede encontrarse, cuando las facciones de más contradictorias tendencias dividen á los ciudadanos, que para sostener sus opuestos principios recurren á la insurreccion en armas, al incendio, al saqueo y á la guerra civil, se encuentra el poder en manos de políticos de esta escuela y que á todo trance quieren permanecer consecuentes con sus principios materialistas. ¿Qué deberian hacer en tan crítica situacion?

El sentido comun de la generalidad de los ciudadanos, al ver cometerse atentados, violencias y atropellos de toda especie, esperarian con la más completa confianza que el gobierno adoptase las más enérgicas y eficaces medidas y resoluciones para prevenir y castigar tamaños males y delitos, proveyendo así á la seguridad de las personas, á la

garantía de la propiedad, al cumplimiento de las leyes y al imperio de la justicia.

Pero el sentido comun quedaria extraordinariamente atónito y defraudado en sus racionales esperanzas al ver que el tal gobierno, en tan gravísimas circunstancias, permanecia cruzado de brazos, dejando hacer á cada individuo y á cada faccion lo que más le acomodase, sin que en su augusta impasibilidad se le ocurriese adoptar la más mínima resolucion para reprimir ó castigar á los rebeldes, ni para proteger contra sus iras á las víctimas de sus violencias ó atropellos.

Sin embargo, por más que el país en masa se escandalizase ante semejante actitud y conducta por parte del gobierno, fuerza es convenir en que los tales políticos habrian procedido con la más estricta lealtad á sus principios, en virtud de los cuales, éllos no podian saber qué acciones eran las buenas, cuáles eran las malas, ni quiénes tenian ó nó razon en la contienda.

Y otro tanto pudiera decirse, no ya de los conflictos generales y públicos, sino tambien de los actos privados de los funcionarios en los diversos departamentos gubernamentales, pues áun cuando malversasen los fondos del Tesoro y cometiesen todo género de inmoralidades, sus respectivos jefes no estarian autorizados para poner coto á sus dilapidaciones, ni aplicarles el condigno castigo; ántes bien, es muy posible que acudiesen presurosos á defender en el Parlamento con su grandilo-

cuencia á los mismos ladrones que habian tenido la honra de cometer sus latrocinios á su sombra, durante el período de su administracion, por más que éllos personalmente no hubiesen cometido abusos ni depredaciones, no por virtud, que ésta no se admite, sino por su temperamento que no los habria impulsado á tener tentaciones, apetitos ni codicia. Y téngase en cuenta que he planteado la suposicion en los términos más benévolos para los políticos de semejante laya, pues que lo corriente y natural, dados tales principios, es que su política sea un verdadero tráfico para negociar su propia conveniencia y satisfacer la sed insaciable de goces materiales, que hoy tanto domina en la sociedad presente.

Ahora bien; si el asceta, suprimiendo la materia, era un desertor de la humanidad, el materialista, suprimiendo el espíritu, es un animal inmundo y cenagoso. En ambos casos se turba igualmente el órden, se rompe la armonía y se menoscaba la perfeccion del hombre, la cual consiste en la plena totalidad de los elementos necesarios para su existencia y para su vida.

El asceta vive muriendo; el materialista se revuelca exclusivamente en el fango de su animalidad; pero ninguno de los dos obtiene la magnífica armonía de la verdadera vida humana.

El asceta, artificialmente éspiritado, *existe;* el materialista, voluntariamente embrutecido, *vive;* pero el hombre completo, á igual distancia del

ascetismo y del materialismo, *existe y vive* en armoniosa, ordenada y perfecta comunicacion con el espíritu y con la naturaleza.

Tal es mi criterio inmutable en todas estas importantísimas cuestiones, criterio único y seguro, que ya el lector conoce bajo otros aspectos; pues así como relativamente al individualismo de la raza germánica, en oposicion con el colectivismo de la raza latina, manifesté que la mision más elevada de la ciencia y de los gobernantes consiste en favorecer por todos los medios posibles la realizacion de la síntesis armónica de ambos términos antitéticos, hasta producir *la más perfecta coexistencia del individuo con la sociedad*, así tambien en esta cuestion mis reflexiones se encaminan, como siempre, á censurar el exclusivismo, á reprobar la injusticia y á promover y proclamar *la perfecta ecuacion entre todas las direcciones científicas del espíritu humano*, probando que no le atañe al materialismo el jactarse como autor de los adelantos de las ciencias positivas, revindicando los fueros de la *unidad* de la ciencia, y demostrando, por último, que el espíritu es el que sabe y entiende, áun en las artes mecánicas, y que por consiguiente el materialismo, que lo niega y suprime, no tiene derecho á vanagloriarse él sólo, como con ridícula frecuencia lo hace, de aquellos progresos, pues áun cuando pertenecieran únicamente á su iniciativa y actividad, todavía sería injustificada tal presuncion en semejante sistema, que si ha de ser consecuente con su doctrina,

está fundamentalmente desautorizado para reclamar la más mínima participacion en ningun género de ciencia, porque ésta no es producto ni resultante de la materia que siente, sino del espíritu que conoce.

Quede, pues, asentado que todas las ciencias, artes y oficios, como todas las profesiones, taréas y trabajos honrados, contribuyen en proporcion respectiva y en su natural y coordinada jerarquía, á la lenta, sucesiva y maravillosa creacion de ese estado moral interno y de ese bienestar exterior, cuya ecuacion perfecta y cabal armonía es y debe ser el brillante ideal de la civilizacion completa, bajo su doble aspecto.

Pero esta ecuacion ofrece gravísimas dificultades en su realizacion histórica; y ántes de llegar á élla, es necesario merecerla en virtud de incesantes y heróicos esfuerzos, en obsequio á la perfeccion moral, porque la falta de bien entendida y sana cultura y de buena y generosa voluntad, ofrece mayores obstáculos aún que las deficiencias que todavía puedan notarse en las mejoras materiales para conseguir un dia esa constitucion esencial y definitiva de las naciones, que debe abarcar, bajo el punto de vista económico, político y social, todos los elementos y condiciones primordiales de la naturaleza humana.

Entre tanto, habrá sido forzoso atravesar una dolorosa y prolongada série de estados imperfectos, deficientes é intermedios, en que alternativa-

mente predominarán, segun tiempos, lugares y gobernantes, al vário impulso de esas misteriosas corrientes de la opinion y de las ideas, ya el entusiasmo exclusivo por los intereses morales, ya la fiebre abrasadora por los intereses materiales, toda vez que no siempre, como ya he dicho, la sociedad camina por medio de ordenados, comprensivos y armónicos movimientos.

En tal estado enfermizo se encuentra la sociedad presente, quiero decir, que todos los males que actualmente nos aquejan, provienen de esa funesta y desastrosa desarmonía entre nuestro estado íntimo y merecimiento moral, y nuestras ventajas y conquistas materiales.

Todas las escuelas materialistas, y por consiguiente ateistas, que hoy tan lastimosamente predominan é influyen en la sociedad, han contribuido con lamentable poderío y eficacia á difundir por todas las clases ese afanoso anhelo de goces sensuales, que es á la par el carácter distintivo de nuestra época, y la cancerosa llaga que corrompe é inficiona todos los corazones y todas las conciencias.

Ciertamente las desventuras y males de la sociedad contemporánea, no consisten de un modo absoluto en los adelantos materiales, sino en su exclusivismo, desarmonía ó falta de equilibrio, así como tampoco puede con razon asegurarse que la corrupcion moral que por todas partes se advierte, proceda necesaria y precisamente de la instruccion científica, sino de su constante desacuerdo con la

educacion moral, que es y debe ser su preciso y saludable complemento.

Para que se comprenda bien el distinto matiz que atribuyo á la instruccion y á la educacion, diré que hay entre ambas la misma diferencia que existe entre la ciencia y la sabiduría, esto es, que la primera se refiere en general al conocimiento de todos los objetos exteriores que á nuestra contemplacion se ofrecen, en tanto que la segunda se refiere más particularmente al conocimiento de nosotros mismos, y á la conducta moral de la vida.

Así, pues, no conozco, por espantable que sea, un mónstruo en la naturaleza física, más horrendo y repugnante, que esa monstruosidad moral producida por una gran suma de instruccion científica, por una gran cantidad de inteligencia y á la vez por una profunda perversion, por la total carencia de ideas y sentimientos morales, con todas las sensaciones frenéticas de la animalidad, con todos los apetitos insaciables de los sentidos, con todas las enérgicas propensiones hácia el mal, sin ningun freno, lastre ni dique en la conciencia, y sin ningun impulso generoso hácia el bien, el deber, la virtud y el sacrificio.

No hay un horror comparable al que debe inspirar la instruccion delincuente, la ciencia culpable, la filosofía atéa, el hombre, en fin, despojándose de sus más bellos y nobles atributos, escarneciendo sarcásticamente al espíritu, glorificando bestialmente la materia, proclamando que el ideal

de la vida es el perpétuo goce de los sentidos; y todo ésto para tener la satisfaccion de trasformarse á sus anchas en animal, abdicando su carácter y majestad de hombre.

Pues esta monstruosidad, este horror, esta espantosa obcecacion, este inconcebible contrasentido, es lo que se presenta por todas partes á los ojos del observador atento, imparcial y reflexivo, que contempla y estudia con patriótico afan y generoso intento el estado moral de la sociedad presente.

Adquirir y tener, no importa por qué medios; gastar y gozar siempre y á toda costa; considerar la utilidad de las cosas materiales y positivas como el supremo y único ideal; aturdirse con la sensacion y el deleite, como si fueran la sólida realidad de la vida; y finalmente, medir con ansiedad cobarde, repulsiva y estúpida en la vejez, en la enfermedad ó en el temor perpétuo de la muerte, las pulsaciones del corazon, porque todo concluye aquí sin remedio, pues muerto el perro se acabó la rabia, tales son las aspiraciones, deseos, desventuras, inquietudes, ideas, sentimientos, doctrinas, creencias, incredulidades y causas que han corrompido y desmoralizado á la sociedad hasta el punto de que ya no le resta más recurso que disolverse ó regenerarse.

El resultado más funesto y terrible de esta general desercion de los principios morales consiste en la más antipática é inaudita reconcentracion de todos y de cada uno en su propio interés utilitario,

produciéndose así de hecho, aunque parezca que todos siguen viviendo juntos en el mismo suelo, el desvío más absoluto, el más completo aislamiento, la division social más espantosa, la verdadera disolucion, que no estriba en la presencia y aglomeracion material de los individuos, sino en esa repugnante ausencia y apartamiento moral del hombre para con el hombre, que se llama *el egoismo.*

A la torpe y grosera sensualidad y molicie, que hoy por todas partes domina y triunfa, se añaden la inhumana codicia, la ambicion insensata, la empleomanía, enemiga del trabajo fecundo; la imprevisora desidia, justa causa de merecida indigencia; y por último, la ociosidad, madre de todos los vicios, y principalmente del fraude, camino carretero del Bandolerismo, y cuyos estragos son incalculablemente horrorosos, envileciendo todas las profesiones, rebajando todos los caractéres y esterilizando el gérmen de todas las virtudes privadas y sociales.

Tal es el estado de profunda, alarmante y aterradora inmoralidad en que actualmente se encuentra la sociedad española, y por lo tanto, hoy más que nunca es necesaria y urgentísima una rehabilitacion moral en todos sentidos y esferas, porque hoy más que nunca el brutal egoismo, la gula de goces carnales, la animalidad, la materia, el estómago, el vientre, la béstia, en fin, amenaza tragarse al hombre.

INDICE.

ORÍGENES DEL BANDOLERISMO.

Págs.